

The background of the cover is a vibrant, stylized illustration of tropical foliage. It features large, green, heart-shaped leaves with prominent veins, some with natural-looking holes. Interspersed among the leaves are several hibiscus flowers. One is a bright orange color at the top center, and another is a bright pink color at the bottom center. A third pink flower is partially visible on the right edge. The flowers have five petals and a central yellow stamen with a row of orange anthers. The overall style is flat and graphic, with a light cream background.

Magnolia's Paradise

Araceli F. Rovira

MAGNOLIA'S PARADISE

Araceli F. Rovira

PRIMERA EDICIÓN: Barcelona. Mayo 2020.

Todos los derechos reservados.

© Araceli F. Rovira, 2020.

Safe Creative: 2004273793483

De la imagen de la cubierta y contracubierta: Freepik.

Del diseño de la cubierta: © Araceli F. Rovira

Quedan reservados todos los derechos y rigurosamente prohibidas, la reproducción total o parcial de esta obra, en ninguna forma ni en ningún medio, bajo las sanciones establecidas por ley.

A Vinyet,
por darme la fuerza necesaria para llegar a la luna.

Contenido

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[EPÍLOGO](#)

[GLOSARIO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[MI PRIMERA NOVELA](#)

—Bienvenidos y bienvenidas a la isla de Kauai y, por supuesto, bienvenidos al Magnolia's Paradise. Les agradecemos sinceramente que hayan escogido este destino para pasar sus vacaciones. Es un placer tenerlos como invitados y, de corazón, esperamos que tengan una bonita estancia. Todo el equipo de este gran resort y yo, personalmente, nos dedicaremos a hacer que su alojamiento sea lo más agradable y relajante posible, atendiendo a sus necesidades y consiguiendo así que vivan una gran experiencia en nuestro maravilloso hotel. Primero de todo haremos un recorrido por las instalaciones y al terminar, volveremos aquí para entregarles la llave de su habitación. Esperamos que todo sea de su agrado y si tienen alguna duda, no tengan reparo en contactar conmigo. Por cierto, mi nombre es Camelia.

Una vez más repetía aquellas palabras guardadas a fuego en mi memoria. Era lunes, día bastante ajetreado, considerando que era cuando llegaban los nuevos huéspedes a la isla. Mi trabajo era recibirlos como merecían, enseñarles las instalaciones —cosa que me ocupaba toda la mañana, debido a que el resort contaba con muchísimo terreno— para finalmente acompañarlos a sus magníficas habitaciones.

El Magnolia's Paradise recibía, en su mayoría, la visita de recién casados. Si, ya sabéis, ese tipo de parejas que acaban de dar el sí quiero en alguna parte del mundo, sin ninguna razón aparente —al menos yo no había sido capaz de encontrarla—. En fin, la cuestión era que decidían celebrarlo en una isla perdida en medio de la nada. Rectifico, una isla preciosa en medio de la nada. A mi favor diré que la clientela era muy agradecida, ya que acostumbraban a vestir una sonrisa permanente en sus rostros por todo lo acontecido los últimos días y les fascinaba todo lo que nuestro resort les ofrecía: champán en las habitaciones, pétalos de rosa encima de las camas, cestas de frutas exóticas recién extraídas del árbol y un largo etcétera de cosas románticas. En cuanto al humor de los huéspedes —intentando no generalizar, claro está—, podíamos encontrar de todo: clientes insatisfechos, tiquismiquis, orgullosos, así como clientes alegres, divertidos e interesantes. Cada persona era un mundo y el Magnolia's intentaba, en todo momento, adaptarse a cada necesidad, siempre y cuando entrara dentro de nuestras posibilidades, las cuales eran infinitas.

Esa mañana me levanté enérgica, sonriente y con ganas de empezar un nuevo día. La luz se filtraba por las ventanas de mi habitación, bien pronto como cada mañana, atravesando las cortinas y dándole la calidez que tanto esperaba a esas horas. Después de una ducha rápida, dónde sólo me enjaboné el cuerpo, me acerqué al armario y me vestí con el uniforme del hotel: falda larga con estampado de flores, camiseta blanca de tirantes finos y unas sencillas sandalias rojas que combinaban a la perfección. En cuanto al peinado, me decanté por una trenza ladeada, cómoda y práctica para afrontar el día, acompañándolo de un coletero rosa. Aunque no acostumbraba a maquillarme, la energía de aquella mañana me empujó a hacerlo, por lo que me apliqué rímel en las pestañas y brillo de labios, quedando satisfecha con el resultado.

La mañana seguía su curso. Todo iba según lo previsto. Los nuevos clientes llegaban sobre las once de la mañana y tenía el tiempo justo para pasar por recepción, echarle un vistazo a los nombres

de dichos huéspedes y revisar tareas pendientes. El trato personalizado era uno de los puntos fuertes del hotel, por lo que era necesario que me lo tomara como merecía, con mucha seriedad. Y lo hacía. Ese trabajo lo era todo para mí, siempre lo había sido. Además, disfrutaba de él, aunque mi mente se empeñara en boicotearme y recordarme que había vida más allá de aquel trozo de tierra rodeado de un inmenso mar. Tenía sueños, como la mayoría. Aspiraciones que por el momento veía imposibles de cumplir, puesto que las circunstancias no eran las más adecuadas. Mi día a día no admitía demasiados cambios y debía aceptarlo.

Siguiendo con mi rutina, me acerqué al restaurante donde servíamos los desayunos. Mi padre insistía en que hiciera uso del servicio, que ocupara una mesa como los huéspedes, pero yo prefería entrar en la cocina y ver el ajetreo que reinaba allí. Yo misma me preparaba una infusión de frutos del bosque —que por cierto, me encantaba— y cogía alguna pieza de fruta. Eso la mayoría de los días, porque si olía a bollería, estaba perdida. Y si encima llevaba chocolate, mi autocontrol se volvía nulo.

La melodía de mi teléfono móvil sonó, devolviéndome a la realidad.

—Dime papá.

—¿Lo tienes todo listo? —Cada mañana la misma llamada acompañada de una misma respuesta.

—Claro papá, como siempre.

—¿Has mirado ya la lista de los clientes? —preguntó despertando mi atención.

—Estoy en ello. ¿Hay algo que deba saber?

—Sí, hay una cosita. ¿Te has fijado en la pareja que se apellida Cox? —Eché un vistazo a la lista y los encontré.

—Sí, Matthew y Bárbara Cox. ¿Qué pasa con ellos?

—De verdad hija mía, hay que explicártelo todo. Ni que vivieras en una isla. —Me hizo reír. Se le notaba tenso, pero se permitió el lujo de relajarse, aunque fuera solo un segundo—. Matthew es el hijo de Matthew Cox, uno de los hombres más ricos de Canadá. He leído en el periódico que Matthew padre está decidido a traspasar la dirección de la empresa a su hijo cuando éste vuelva de su luna de miel.

—Papá, ¿has estado leyendo la prensa rosa? —pregunté, sabiendo que la pregunta era negativa.

—¿Qué graciosa eres! En ocasiones, me sorprendes —contestó en tono sarcástico—. Céntrate, por favor.

—Está bien, dime que más tengo que saber sobre los multimillonarios Cox.

—Nada más. Solamente que hay que tratarlos como si fueran reyes, ofrecerles todo lo que podamos y, evidentemente, asignarles la mejor habitación.

—Entendido. Ahora mismo hablaré con los recepcionistas para que les asignen la habitación Paradise y yo misma me encargaré de que todo lo que les ofrezcamos sea de su agrado. Pero tranquilízate papá, siguen siendo personas.

—Sí, son personas. Pero una buena opinión de este tipo de personas, puede reportarnos muchos beneficios. En cambio, si una pequeña cosa sale mal, esta isla se hunde. —A veces se ponía muy dramático—. Yo mismo iré a presentarme a la hora de la cena, espero que tú hagas lo mismo cuando los recibas. Recuerda, trato personalizado.

Le colgué. ¿Clientes preferenciales? Teníamos la suerte de contar con muchos de ellos, no hacía falta ponernos más nerviosos de lo necesario. Entendía perfectamente que mi padre quisiera tener un trato particular con ese tipo de clientela, pero dentro de unos límites. Pensé en él. Continuamente vivía ese tipo de situaciones con mucho estrés y bajo mi punto de vista, debía relajarse. Opté por hacerle una visita más tarde, para tranquilizarlo y de paso recordarle que podía confiar en mí, aunque

fuera innecesario. Nunca le había fallado. Él era el director general y dueño del Magnolia's Paradise, pero a efectos prácticos, yo era la que me encargaba de que todo funcionara correctamente y, hasta el momento, siempre había sido así.

Eché un vistazo a mi reloj de pulsera y emprendí mi camino hacia la entrada del hotel. El autocar debía estar a punto de aparecer con los nuevos clientes a bordo, preparados para sus idílicas vacaciones. Por un momento, imaginé el olor que debía reinar el interior del vehículo, así como a... amor. Sonrisas de complicidad, alianzas brillantes recién estrenadas. Moví mi cabeza rápidamente borrando así la imagen que yo misma había creado y que no disfrutaba en absoluto. Iba distraída, centrada en mis pensamientos, cuando de repente algo llamó mi atención.

Miré hacia delante, focalizando —dado que mi mirada seguía perdida después de aquella visión— y mis ojos se abrieron como platos. Si bien era cierto que en ocasiones me mostraba intransigente, la situación me pareció una buena manera de recordarlo. Sin dudar, me dispuse a actuar, haciendo uso de la parte más oscura de mi carácter.

—Perdone que le moleste, ¿usted no se ha dado cuenta de que aquí no se puede fumar? Hay sitios habilitados para ello —espeté de malas maneras al hombre que tenía frente a mí. Mis brazos en jarra acompañaban mis palabras, ilustrando así mis pensamientos.

—¿Perdona? —contestó con tono condescendiente, cosa que me disgustó. Miró a ambos lados sin fijarse realmente, poniendo a prueba mi paciencia para finalmente responder:

—Yo no veo ningún cartel que lo indique.

—Mire, si se fija bien, puede ver dos desde esta distancia. —Respiré profundamente y continué con mi sermón al ver que no hacía el mínimo esfuerzo por complacer mi demanda—. ¿Le importaría apagar el cigarro? —Lo intenté decir con toda la amabilidad del mundo junto a la sonrisa falsa que utilizaba para estas ocasiones, pero consiguió desesperarme.

—¿Le importaría a usted dejarme en paz? —Boquiabierta. Así es como me quedé. No esperaba esa reacción y mi ego cayó en picado.

No conocía a aquel impresentable, de lo contrario, estaba segura de que me hubiera acordado. Metro ochenta y cinco, moreno, con un atractivo muy visible, que a juzgar por sus pintas, podía asegurar que no era un huésped del hotel. Supuse —ilusa de mí— que era el conductor del autocar. Camisa parcialmente desabrochada, pantalón beige, chanclas ridículas y, por supuesto, la arrogancia que le caracterizaba, acabaron de confirmar mi hipótesis. Convencida, le garanticé:

—Informaré sobre su actitud a dirección, así que vaya haciéndose a la idea de perder su querido trabajo. —Me fui con la cabeza bien alta, pasando por delante de él sin ni siquiera volver la cabeza.

Quizá me había pasado. Podría haber sido un poco más comprensiva, más tolerante, pero el incumplimiento de algunas normas no podía dejarlas pasar. No quería, en realidad. Y esa actitud... ¿Quién se había creído que era para hablarme de ese modo? Mi ego era demasiado grande para tolerarlo. Fue curioso ver su cara de asombro tras mi comentario, pero no replicó. Me escrutó fijamente a través de sus ojos grises, tratando de decirme algo, para finalmente no pronunciar ni una sola palabra. Lo preferí, en vista de que mis respuestas ingeniosas tenían un límite y el susodicho parecía haberme arrebatado las últimas.

Traté de olvidar el pequeño incidente. Ya me encargaría más tarde de comunicárselo a mi padre, por lo que me encaminé de nuevo hacia mi destino. El autocar ya estaba allí —entendí que por eso el conductor disfrutaba de su pequeño descanso, totalmente inapropiado a mi parecer— y un grupo numeroso, de unas veinticinco personas, se hallaba esperando en el hall del hotel.

La reacción de los huéspedes tras mi discurso fue la esperada. Agradecía sus sonrisas como respuesta y su gran predisposición a seguirme allá donde yo les guiara. Trabajar así era un placer.

Junto a mis compañeras de la recepción, repartimos collares típicos hawaianos. Siempre les encantaba.

—No se preocupen por el equipaje. En un rato, mis compañeros se encargarán de hacerles llegar sus pertenencias directamente a sus habitaciones. Por lo tanto, si quieren acompa... —Mi discurso fue interrumpido por una voz estridente.

—¡Señorita! —Ojeé rápidamente en busca de la dueña de semejante pitido, concediéndome así la oportunidad de observar la cara de los demás huéspedes, mostrándose tan sorprendidos como yo.

De repente, encontré el foco de distracción. Una mujer rubia, mediana estatura, de medidas perfectas —como tantas veces nos habían hecho creer—, se acercaba directamente hacia mí y le acompañaba su cara de pocos amigos. <<¿Qué mosca le habrá picado?>>, pensé. No podía tener ya una queja, ¡si aún no habíamos empezado la visita! Forcé mi mejor sonrisa —reflejando amabilidad por fuera y rabia por dentro— y erguí la espalda, lista para recibir el primer escarmiento.

—¿Perdone, pretende dejar mis maletas aquí? —Señaló con seguridad a la zona donde se encontraba el equipaje, custodiado por uno de los botones del hotel—. Quizá las pertenencias de los demás no tengan mucho valor, pero le puedo asegurar que cada pequeña cosa que hay en mi equipaje triplica lo que usted pueda llegar a cobrar en un mes. —¡*Boom!* Clara, directa y sin una pizca de filtro. ¡Fabuloso! Las caras de sorpresa de los allí presentes era todo un poema, y la mía reflejaba un verso acorde.

—Como puede comprobar, mi compañero vela por la seguridad de todo el equipaje. A su debido momento, sus pertenencias serán llevadas a sus habitaciones, tal y como acabo de comentar.

—Me parece muy bien lo que tenga que decir, señorita... —buscó con rapidez la chapa con mi nombre— Camelia, pero le digo que quiero que mis maletas sean llevadas ahora mismo a mi habitación. Es más, yo misma esperaré a que llame a alguien para que venga a recogerlas.

Podría haberle comunicado que así eran las normas, o podría incluso haberme encarado y responderle un par de frescas. Pero no lo hice. Respiré hondo y decidí no entrar en conflicto. No por falta de ganas, claro está. Me hubiera encantado partirle la cara a la tetona de Malibú, sabiendo que el público me hubiera vitoreado. Pero desistí, simplemente porque no merecía la pena.

—Está bien. ¿Podría decirme su nombre? —Lo pregunté por puro protocolo, pero creí estar segura de saber de quién se trataba.

—Bárbara Cox —evidentemente—. No tarde mucho en llamar, porque estoy realmente cansada después del viaje. Ese autocar no está hecho para mí. Ya lo hablaremos en dos semanas, pero no pienso volver a subir ahí para regresar al aeropuerto.

Me dirigí a los demás con una mirada de disculpa y cogí el walkie-talkie para poder comunicarme con alguno de mis compañeros. Me alejé un poco para que *miss voy de diva* no pudiera escucharme.

—Cam al habla. —Esperé, haciendo uso de la poca paciencia que me quedaba—. ¿Hay alguien por ahí? ¡Os necesito!

—Dime *mijita*. —Roberto fue el primero en responder.

—Roberto, necesito que vengas cagando leches. Tenemos a una ricachona con ganas de tocar las narices. —Me reí de lo surrealista de la situación—. Ah y, trae paciencia, por aquí no vamos sobrados.

La respuesta no se hizo esperar.

—¿Qué pasa, *amaneció con el moño viraó*? Ya me encargaré yo de quitarle el mal humor a la señora, por eso no te preocupes —contestó Roberto, con una pizca de humor—. Ya sabes que tengo mis técnicas.

Roberto era un seductor nato. Cubano hasta la médula. Su arrollador carácter conquistaba tanto a hombres como a mujeres. Perspicaz, atractivo y con un desparpajo propio de alguien que ha vivido mucho, conseguía conectar con la gente de un modo admirable. Personalmente, no había sucumbido a sus encantos, aunque continuara regalándome el oído de vez en cuando. Su acento aún lo delataba y era inevitable escuchar algunas expresiones típicas de su tierra, pero bien es cierto que había conseguido adaptarse al habla de aquella isla en medio del océano.

—Por una vez, estoy de acuerdo con tus métodos —alegué convencida—, a ver si así calmas a la bestia.

Oí una risa antes de desconectar el aparato. Más tranquila, me acerqué a Bárbara.

—Ahora mismo viene mi compañero para hacerse cargo de sus maletas. —Sonreí, una vez más, aguantando estoicamente la situación.

Respiré hondo tres veces y me acerqué al grupo. Pude darme cuenta de que la señora Cox venía sola, no había rastro de su marido. <<No me extraña, a esta mujer no hay quien la aguante>>, pensé. Me entretuve hablando con los demás presentes hasta que apareció Roberto a mi rescate.

—Aquí me tienes, mi *ambia* —susurró—. ¿Dónde está mi futura víctima? —Le propiné tal codazo por el comentario, que tuve que disimular las ganas de reír que me habían entrado.

—Señora Cox —me dirigí a ella con una sonrisa bien grande—. Roberto la ayudará con sus cosas. Él mismo se encargará de acompañarla a su habitación. Por cierto, ¿dónde está su marido, el señor Cox? —¿Curiosidad?

—La verdad es que no lo sé. Pero estoy demasiado cansada para buscarlo. Si lo ven, le dicen que estoy en la habitación descansando. —Se dirigió a Roberto con una sonrisa descarada—. ¿Nos vamos?

Una vez se marcharon, me centré en el grupo y les agradecí la espera. Como era de imaginar, todos habían estado entretenidos con el espectáculo de aquella mujer, sin percatarse del tiempo que había pasado. Les pedí que me acompañaran y empezamos el tour por las instalaciones del hotel. Era muy gratificante ver las caras de sorpresa de los clientes al pasear por las distintas zonas de aquel magnífico lugar. Era mi casa y todavía había días en los que no dejaba de asombrarme la magia que allí se desprendía.

En la preciosa isla en la que vivía, la naturaleza se mezclaba con la tranquilidad, el aire era puro y el ambiente cálido. Conocía cada pequeño rincón de la zona, las cuevas más oscuras, las palmeras más altas y la arena más fina. Y aunque una parte de mí se sintiera atrapada en medio del océano,

otra me recordaba que en ningún otro sitio podría conseguir aquella libertad.

Pasé todo el día atendiendo al grupo de huéspedes recién llegados. Había resultado ser un grupo muy interesante de personas que venían de diferentes partes del mundo y me entretuve escuchando sus historias. Me reí en más de una ocasión por sus ocurrencias. Disfrutaba de mi labor. Conocer personas nuevas: saber de dónde venían, de qué trabajaban, cuáles eran sus costumbres. Tuve suerte de no volver a oír a la señora Cox, así como tampoco pudimos descubrir dónde estaba su flamante marido. Aunque, sinceramente, la curiosidad me estaba matando. ¿Dónde se habría metido?

Eran las cuatro de la tarde cuando entraba en mi pequeña morada y me estiraba en la cama, deseando descansar un rato antes de la primera cena. Disfrutaba de mi actividad diaria, pero mi cuerpo pedía a gritos algunos minutos diarios de relax. Decidí poner una alarma en el despertador por miedo a dormirme más de lo convenido y cerré los ojos, sabiendo que morfeo vendría rápido a buscarme.

Me desperté sobresaltada, desorientada. Había tenido un sueño de lo más extraño, el cual no lograba entender. Como protagonista aparecía el conductor de autobús que me había encontrado fumando aquella mañana, delante de mí, con un pequeño detalle... ¡No llevaba ropa! Recordaba haberme quedado sin respiración, admirando al individuo que tenía en frente. Esperaba su acercamiento, como si ya nos conociéramos, como si pudiera haber algo entre nosotros dos. Moví la cabeza con desesperación. ¿Qué demonios había sido eso? ¿Ahora soñaba con cualquiera? ¡Genial! Mi cuerpo necesitaba un poco de marcha, a ese ritmo iba camino de marchitarse.

Media hora después ya estaba lista para entrar en el comedor del hotel. Era un espacio muy luminoso, decorado con un gusto exquisito. Tenía un gran bufé libre en el centro, de forma circular, dónde sus comensales podían decidir llenar sus platos tantas veces como quisieran. Podía parecer un malgasto de comida, pero las cantidades estaban bien estudiadas. Era un servicio muy rentable; beneficioso para los huéspedes como para la empresa. La comida que ofrecía el restaurante, era de muy buena calidad. Ensaladas, entrantes, pescados, carnes, así como comidas sin gluten, opciones vegetarianas y veganas. Adaptado a todos los clientes y a todos los gustos, el equipo de cocina ya se encargaba de ello.

Al entrar, me percaté de que mi padre ya estaba listo y preparado para ubicar a los clientes en sus mesas. Parecía más joven de lo que era, la vestimenta que solía llevar le hacía realmente atractivo. Eso era al menos lo que decían todas las mujeres que llegaban al hotel, un soltero de oro. Aunque más bien era un viudo de oro.

—¿Listo? —Le sorprendí apareciendo por detrás.

—Cariño, ya es la hora. —Se acercó y me besó en la frente, repitiendo el mismo acto diario—. ¡Manos a la obra!

Como un ritual, nos colocamos en la entrada del salón-comedor y saludamos a los primeros clientes en entrar. Nos íbamos turnando para colocar a los comensales en sus mesas y les ofrecíamos la carta de vinos para que pudieran ir escogiendo. Veinte minutos más tarde, el ritmo de entrada había menguado y nos dedicamos a pasar por las mesas al servicio de nuestros invitados.

—Camelia, por favor, acércate a la mesa de los señores Cox y llévalas esta botella de regalo. — Me giré en su dirección e hice una mueca. ¿Por qué no podía hacerlo él? Como si hubiera leído mis pensamientos, me contestó:

—Yo ya he ido a presentarme y les he dicho que tú misma irías a hacer lo mismo. Recuerda quienes són.

—Sí, lo sé. ¡Unos maleducados! Al menos la mujer lo es, al señor Cox aún no he tenido el gusto de conocerlo —dije irónicamente, claro está, puesto que tenía tantas ganas de conocerle como de

tragarme un puercoespín. Aun así, la pizca de curiosidad me mantenía expectante.

—Cariño, ten un poco de respeto. —<<¡Qué paciencia!>>, pensé.

—Papá, sabes que estoy bromeando. —¿Lo sabía, no? O quizá, tampoco bromeaba del todo—. Ahora mismo les llevo esta divina botella de parte de nuestro hotel.

Le dediqué una sonrisa a mi padre y me encaminé a la mesa de mis nuevos clientes favoritos, léase la ironía. Mientras me acercaba a la mesa en la que estaban sentados, podía ver a Bárbara Cox de cara, maquillada con un gusto exquisito y con un vestido rojo que llamaba mucho la atención. Parecía recién salida de una fiesta de Hollywood, con su pase VIP en el escote. Delante de ella, estaba sentado el señor Cox. De espalda ancha y pelo negro, imaginé que se parecería a *Ken*, para ir a juego con su maravillosa *Barbie*. Tal y como marcaba el protocolo, con una sonrisa en mis labios, me dirigí a ellos con una amabilidad exagerada.

—Señora y Señor Cox, les traigo esta bote... —y me quedé muda, sin una sola palabra que acudiera a mis labios y tan bloqueada que mi mente no era capaz de continuar una frase tan fácil como lo era aquella.

Era él. El señor estúpido del autobús, el fumador maleducado que me había encontrado por la mañana, el mismo que aparecía desnudo en mi sueño.

—¿Decía? —me instó a continuar el hombre, con una sonrisa de oreja a oreja, irónica por supuesto y, mirándome fijamente. La mirada de su acompañante era altiva y, sentía que cada vez, me iba haciendo más pequeña.

—Esto... Les decía que les traigo esta botella de parte de nuestro hotel. Por... —¡Qué complicado era! El escrutinio del señor Cox me estaba poniendo realmente nerviosa. ¡Qué ridículo había hecho horas atrás!

—Señorita Camelia, déjese de rollos y traiga la botella —contestó por fin aquella horrible mujer, salvándome del apuro—. No sé qué mosca le ha picado, pero descanse un poco, se la ve un poco cansada.

Me retiré de la mesa forzando una sonrisa, una de las más complicadas hasta el momento y me escapé al baño más cercano. ¡Había metido la pata hasta el fondo! El señor Cox, aspirante a multimillonario, era el mismo al que había amenazado con despedir aquella mañana, ¡pensándome que era el conductor del autobús! ¿Cómo había podido creer que era un simple conductor? Esos pantalones beige de pinza deberían haberlo delatado.

No paraba de dar vueltas dentro del baño, de una pared a otra. ¡Qué estúpida me sentía! Seguro que él estaría ahora riéndose del comentario que había hecho por la mañana. ¡Qué vergüenza! ¡Cómo odiaba a aquel hombre! Me lavé la cara con agua fría para despejar mi rabia, sabiendo que no podía estar escondida eternamente y, cuando me disponía a salir del servicio, la puerta se abrió y apareció otra vez. Él.

—Perdone, ¿qué hace aquí? Este es el baño de mujeres —espeté muy altiva, creciéndome.

El señor Cox cerró la puerta al entrar y se apoyó en ella, provocándome con sus movimientos. Su sonrisa era arrebatadora, eso no podía negarlo, y sus ojos... Me miraba muy concentrado, sin decir nada.

—Tengo que salir, estoy trabajando. —Intenté hacerme un hueco para salir, pero él no me lo permitió.

—¿Ya no vas a despedirme? —<<¡Menudo idiota!>>, pensé—. La amenaza de esta mañana parecía muy seria.

—Muy gracioso. Pensé que era el conductor del autobús. Jamás imaginé que un cliente de tal reputación fueratan maleducado. —Me harté de tanta tontería, si él estaba jugando, yo no pensaba

quedarme atrás.

—Tienes toda la razón. No debí contestarte como lo hice y de verdad que lo siento, pero estabas tan divertida con esa cara tan seria —hizo una pausa, acercándose—. Mira, como ahora, tienes el ceño fruncido.

—Perdone, pero debo salir del servicio. Mi padre me estará buscando —dije segura, ocultando los nervios que corrían por mis venas.

—Déjame compensarte por mi respuesta maleducada. Y no me hables de usted, por favor, que todavía somos jóvenes. Soy Matt —anunció tendiéndome la mano. Por mi parte, ni siquiera moví un dedo por devolverle el saludo. ¿Qué clase de broma era esa?— Déjame compensarte, preciosa.

—¿Cómo dices? —Mi cara parecía un poema.

—Lo que oyes. Queda conmigo esta noche y te enseñaré que soy más simpático de lo que parezco.

La carcajada salió de mis profundidades, como un volcán en plena erupción. ¿Me estaba vacilando?

—Creo que no lo entiende. O quizá la que no entiende nada soy yo. Esta conversación no tiene ningún sentido, así que, si me disculpa, debo volver al trabajo.

Salí de allí empujándolo hacia un lado. Sinceramente, me parecía surrealista, una broma orquestada por el peor de los villanos. A mis veintiocho años, nunca había presenciado tal espectáculo. ¡Qué descarado era! Quizá creía que debido a su estatus podía conseguir lo que quisiera, pero nada más lejos de la verdad. No estaba dispuesta a soportar tal nivel de chulería. Los nervios me habían mostrado demasiado vulnerable, pero no pensaba caer en la trampa, no le consentiría reírse de mí.

Cuando llegué de nuevo al comedor, mi padre me estaba buscando, tal y como me temía.

—Camelia, ¿dónde estabas? Tenemos mucha faena por aquí.

—Lo siento papá. La verdad es que no me encuentro muy bien, por eso estaba en el baño refrescándome la cara. Pero ya mismo me pongo a ello, no te preocupes —debió notar mi sofoco, porque no comentó nada al respecto.

—Está bien. Si afloja la faena, podrás irte antes. Pero sabes cómo son los lunes.

—Sí, lo sé. —Aunque aquel parecía un lunes bastante distinto a los demás.

Cerramos el salón-comedor un poco más tarde de las doce de la noche. Todos necesitábamos descansar y yo, la primera. Había sido un día realmente duro, intenso y agotador y no veía la ocasión de estirarme en la cama.

Tranquilamente, respirando el aire fresco de la noche, anduve de camino a mi casa. Vivía en una cabaña en las inmediaciones del resort, aunque alejada de las instalaciones principales del hotel, lo que me permitía ir andando cómodamente. Vivía allí desde los dieciocho años. Hasta esa época, había vivido con mi padre y mi madre en su casa, mucho más grande y espaciosa que la que ahora ocupaba, pero en el instante en el que ella falleció, sentí que necesitaba vivir mi propio proceso y dejar que mi padre viviera su propio duelo. Nuestra relación era muy buena en aquel entonces, pero hay veces que debemos aprender a vivir con nosotros mismos y eso es lo que decidí. Independizarme, en la medida de lo posible, considerando que aquel modo de vida tampoco me permitía hacerlo libremente.

Cuando estaba a punto de llegar al lago que había frente a mi casa, me asusté. Alguien me esperaba.

—¿Ya has terminado tu turno por hoy? —preguntó el hombre ojos grises. ¿Otra vez él allí? ¿Por qué no me dejaba en paz? Creí haberlo dejado claro.

—No creo que sea adecuado que me persiga, señor Cox —objeté con tranquilidad.

—Llámame Matt, por favor. Así se dirigen a mi padre y, créeme, no nos parecemos en nada. — Me pareció ver un destello de tristeza en su expresión, pero no le di importancia. A fin de cuentas, no lo conocía de nada.

—Usted sigue siendo cliente del hotel y, creo que tutearnos no sería una gran idea. Si me disculpa, me gustaría ir a descansar. —Intenté seguir mi camino, pero rápidamente Matt se interpuso.

—Hemos empezado con mal pie y, reconozco que tengo parte de culpa. —¿Parte? Yo diría toda —.¿Crees que podrías darme otra oportunidad?

Mientras lo decía, sus ojos estaban concentrados en la míos y sinceramente, me quedé sin palabras. Aquello complicó más las cosas, al menos, así lo sentí.

—Y tutéame, por favor, hablar de usted se me hace raro, muy raro.

Respiré hondo. La luz de una de las farolas que había encendidas iluminaba el rostro de Matt. Reparé entonces en la profundidad de su mirada, en todo lo que lograba transmitirme sin apenas decir una palabra, una realidad hasta ahora desconocida para mí. Se podían decir muchas cosas con los ojos y, por primera vez, lo descubrí. Estábamos inmersos en una conversación, una íntima y llena de secretos. Estaba segura de que nunca antes había visto un brillantez similar, una expresión tan viva que estuviera dirigida a mí. La intensidad me abrumó de tal manera que rompí rápidamente la magia que parecía reinar entre nosotros.

—Sigue pareciéndome fuera de lugar —espeté con decisión.

—A mí no me lo parece —afirmó Matt, sincero y tranquilo—. Simplemente quiero poder hablar con alguien normal y salir un poco de esta locura de vida que llevo. ¿Tan loco es?

¿Me parecía mal? Aún no había podido formarme una opinión sobre ello. Había una parte de mí, la más profesional, que consideraba que la propuesta no tenía ningún sentido. Pero la otra parte... La otra parte no sabía que pensar. ¿Tenía algo de malo tutearle? Probablemente no. ¡Quizá estaba siendo inflexible, qué sé yo! La cuestión era, ¿me apetecía o no hablar con él? ¿Podía saltarme el protocolo y disfrutar de una conversación normal? La situación, en su conjunto, me estaba sobrepasando y me agobié.

—Mira, Matt. Creo que estoy demasiado cansada para entender qué es lo que pretendes. Quizá mañana, con otra perspectiva, lo veo todo diferente.

—Está bien —asintió—. Siento el exceso de confianza, de verdad, espero no haberte asustado. Al menos, no era esa mi intención.

—¿Puedo saber cuál era tu intención? —pregunté curiosa, relajándome.

—Conocer a alguien distinto, hablar, divertirme, sin más pretensión.

—Entiendo.

Nos quedamos en silencio. Mi mente se debatía entre lo que quería y lo que debía hacer, entre dejarme llevar o hacer lo correcto. Creía en las palabras de Matt, pero algo me empujaba hacia el sentido contrario. Echando a un lado mis pensamientos, respiré hondo y dije:

—Está bien. Soy Camelia. —Le tendí la mano, esperando a que él me la estrechara.

—Soy Matt —respondió con un apretón de manos y una sonrisa sincera.

Suerte que estaba oscuro, porque de otra manera, Matt habría notado como mis mejillas se ponían coloradas.

—¿Tienes mucha prisa? —preguntó Matt invitándome a tomar asiento en una de las piedras que había alrededor del lago.

—La verdad es que sí. Hoy estoy bastante cansada. —Era cierto, el día había sido muy largo y la sucesión de emociones me había dejado exhausta—. Ha sido un día realmente largo y mañana me espera más de lo mismo. —Decidí ser sincera, mi cuerpo no se sostenía en pie.

—Entiendo. —Matt mantuvo el silencio unos segundos para después continuar—. ¿Te apetece que mañana volvamos a vernos aquí a la misma hora? —Su inocente mirada volvió a descolocarme.

No supe responder. Francamente, aquello se me antojaba de lo más extraño. Se suponía que ese hombre estaba allí de vacaciones, descansando de su rutina, viviendo una nueva etapa de su historia. Y en cambio, me transmitía otra cosa muy distinta. Parecía querer huir, alejarse de lo que fuera que le había traído a la isla. Sin filtros, las palabras brotaron repentinamente de mi boca.

—¿No te parece un tanto rara esta situación? Estás aquí de luna de miel y me estás proponiendo volver a vernos. —Levantó sus manos, recordándome que no había segundas intenciones—. Si, si, sé que no hay segundas intenciones, me ha quedado claro.

La cara de Matt hizo una mueca que me descolocó.

—Verás... Es más complicado de lo que parece.

—Perdóname, no quería entrometerme.

—No te preocupes, no me molesta que lo preguntes. De hecho, cualquier día puedo aburrirte con mi historia, pero hoy dejaré que vayas a descansar. ¿Te parece?

Sonreí como respuesta, ya que agradecía un poco de tregua esa noche.

—Aunque, antes de irte, me gustaría pedirte un favor.

—¿Un favor, dices?

—Sí, un favor. —Pareció que Matt buscaba las palabras adecuadas, quizá buscando no asustarme de nuevo, cosa que agradecí en silencio.

—Me gustaría pedirte que seas mi amiga durante estas vacaciones —lo acompañó con una sonrisa inocente—. Si, sé que suena de lo más raro, pero para mí tiene mucho sentido. Mi vida es más complicada de lo que puede parecer y, no tengo tiempo para descansar ni divertirme, al menos no sin presiones. Así que mi petición es esa, ser amigos durante estas dos semanas. Eres joven, conoces la zona y, me pareces una chica divertida, sencilla y real. Me encantará poder disfrutar de tu compañía y que me enseñes mil rincones escondidos de esta isla. Y así, podré olvidar un poco de lo que me espera a la vuelta.

¿En qué momento me había metido en este marrón? Se me antojaba difícil tomar una decisión. No sabía ni qué decir ni qué pensar. Jamás me había encontrado en tales circunstancias y, aunque me parecía chocante, una parte de mí deseaba decirle que sí, que sería su amiga el tiempo que necesitara. Total, ¿a quién podría dañar? Podría ser divertido. Pero una vez más, las dudas venían a mí como un vendaval, recordándome que aquello no era buena idea.

—¿Qué me dices, Camelia? ¿Lo harás?

Me sorprendí pensando que hasta ese momento, nadie había expresado su deseo de pasar tiempo conmigo. Ciertamente era que cualquier otra persona le hubiera servido, pero allí estaba yo, protagonizando aquel encuentro de lo más inverosímil. ¿Qué tenía de malo lo que me estaba pidiendo? Parecía no haber nada más detrás, nada oculto en la propuesta. Era, simple y llanamente, un chico con ganas de hablar, de vivir, de alejarse de su realidad, al menos por una vez. Necesitaba una amiga, una compañera con quien hablar esos días y yo conocía la isla como si fuera mi propia casa. De hecho, lo era. ¿Qué podía perder? Seguía teniendo mis dudas, sobre todo relacionadas con la señora Cox, pero incluso así, decidí tirarme a la piscina y hacer, por una vez, algo atrevido y opuesto a lo que estaba acostumbrada, algo que me podía llenar de vitalidad a mí también.

Había tomado una decisión.

—Está bien. Veremos qué podemos hacer.

La respuesta le sirvió. Su sonrisa sincera y llena de agradecimiento, así me lo demostró. Los acontecimientos del día habían dado un vuelco de ciento ochenta grados y me costaría ubicarme, me conocía. Pero sentí que había aportado mi granito de arena para que aquel chico fuera un poco más feliz. Así que le devolví la sonrisa, sincera y confiada.

—Buenas noches, Camelia —pronunció ofreciéndome su mano para despedirse. Sin dudarlo, alargué la mía y respondí:

—Buenas noches, Matt.

Empecé el camino que me llevaba a casa, dejándolo detrás y con la certeza de que seguía mirándome. Durante la noche soñaría con él, de eso estaba más que segura. Me parecía una locura y a su vez, me parecía lo más emocionante que me había pasado en años. En aquella isla, no tenía la oportunidad de conocer tan personalmente a personas que vivieran entornos tan dispares al mío, pero en este caso, se me estaba presentando una oportunidad. Y pensaba aprovecharla.

Me estiré en la cama y dejándome llevar por los recuerdos de la conversación que habíamos compartido, me quedé dormida en segundos.

Efectivamente, soñé con sus ojos grises. No estaba acostumbrada a tener sueños eróticos, pero entre la siesta del día anterior y la noche que acababa de pasar, mi cuerpo parecía estar despertando. ¡En qué maldito momento apareció Matt! Y eso teniendo en cuenta que la primera impresión fue totalmente contradictoria.

Empecé el día con energía, aunque más bien podría definirse como excitación. Deseaba volver a verlo. ¡Una auténtica locura, vaya! Pero me había sentido tan a gusto hablando con él, que intentaba obligarme a pensar que no había nada de malo en ello. Hice mis rutinas como cada mañana y me dispuse a pasear por las instalaciones para así poder conversar con los demás huéspedes. Como cada día a la misma hora, sonó mi teléfono.

—Hola papá.

—Cariño, ¿ya te encuentras mejor? —preguntó Jack, mi padre, con preocupación. ¡Ni me acordaba de la indisposición que me inventé la noche anterior! Carraspeé y disimulé como pude.

—Sí papá, creo que fue cansancio. Pero no te preocupes, ya estoy bien.

—Me alegro —supe que lo decía de corazón—. Tienes que estar bien porque es una semana muy intensa, ¿recuerdas? Hay muchas actividades preparadas y tienes que estar lista para todas ellas.

—Sí papá, me acuerdo.

—Perfecto. Nos vemos a la hora de comer. ¡Pasáte por las instalaciones a hablar con los clientes!

—No es necesario que me repitas cada día lo que tengo que hacer, lo tengo bastante claro. — <<Llevo haciéndolo toda mi vida>>, pensé—. No te preocupes, todo saldrá bien. ¡Como siempre!

Reconozco que el tono de mi voz no fue el más adecuado, pero estaba cansada de aquella actitud, constantemente parecía dudar de mi compromiso. Al colgar, sentí un poco de rabia. Estaba comprometida al cien por cien con el hotel, de hecho, mis días estaban centrados en el Magnolia's.

Sabía que fuera de la isla, había un mundo por descubrir. Deseaba conocer otros lugares, otras realidades, otra gente, pero todavía no había encontrado el momento idóneo para contarle a mi padre cuáles eran mis deseos. Desde que mi madre falleció, veía a mi padre muy débil emocionalmente y sentía la necesidad de quedarme por él, no podía abandonarlo. Pero como es evidente, estaba dejando mis deseos apartados por miedo a decepcionarle, evitando que pudiera sufrir por mi culpa, protegiéndolo como si lo necesitara.

De todas maneras, no tenía derecho a echarle nada en cara, porque mi padre no sabía que me sentía así. Jamás había tenido el valor de decírselo. Aun así, me dolía que no confiara en mí, que no supiera a ciencia cierta que lo daba todo por nuestro hotel, como si no estuviera obligada a ello.

Pasé la mañana atendiendo a los clientes. Me acerqué a la piscina, a las pistas de tenis, al spa y a las zonas del bar. Charlaba con ellos, les preguntaba si todo era de su agrado e incluso, les preguntaba qué tal había ido su enlace. Tiempo atrás, descubrí que a todos los recién casados les encanta hablar de su boda y, aunque a mi no me hiciera especial ilusión saber todos los detalles, me encantaba poder revivir el día con ellos. Escuchar las palabras que utilizaban, ver las sonrisas que mostraban, sus miradas. En fin, era divertido vivirlo así, al fin y al cabo, yo no pensaba casarme. Primero debía encontrar a alguien y en aquella isla, era bastante improbable.

Inevitablemente, la imagen de Matt volvió a venirme a la cabeza. ¡Qué tontería! Sería la novedad, hacía tiempo que nadie se interesaba por mí, sea cuál fuere la intención. Reparé en que no lo había visto en toda la mañana, ni a él ni a su flamante mujer. Seguramente estarían retozando en la habitación. <<Uy sí, que situación tan complicada>>, me dije mentalmente.

Con un poco de mal humor, cosa que no solía pasarme, fui directa a la cocina a ojear qué había para comer. Me apetecía algo rico, algo que me hiciera olvidar las estupideces que aparecían en mi cabeza. Por el camino, me encontré con Roberto, uno de mis mejores amigos. El mismo que me había ayudado a deshacerme de Barbie Malibú.

—*Asere ¿qué bolá?* —Roberto se acercó y me abrazó con efusividad—. Mi preciosa Camelia. ¿Dónde te metiste? Te eché de menos esta mañana por la recepción.

—¿Dónde quieres que esté! Saludando a todos nuestros clientes. Parece mentira que te sorprenda, si es lo único que hago —véase cierto resquemor.

—No te quejes tanto mi reina, que al menos no tuviste que lidiar con la Barbie de ayer. ¡Menuda está hecha! —Roberto siempre me hacía reír.

—¿Es verdad! ¿Cómo fue? —pregunté toda curiosa. No había vuelto a pensar en el escándalo que montó.

—Pues le faltó poco para desnudarse. Pero yo soy hombre de una sola mujer.

—Mira que eres pesado. ¡Ni soy tu mujer ni pienso serlo! —Nuestra confianza era tal que podía hacer comentarios de ese tipo sin herirle—. Espabila y si te apetece la Barbie, como tú la llamas, lánzate como un animal en celo. —No sé por qué lo dije, o quizá sí, pero intenté no darle demasiada importancia.

—¿Qué pena, Camelia mía! Tú y yo podríamos ser tan felices... Imagínate, Robertitos pequeños correteando por esta isla. —Me puse a reír, acompañándolo—. Pero ahora que lo dices, quizá me pase por su apartamento para *echar un palo*.

—¿Hace falta decirlo así? No puedo creer que hagas esos comentarios. —La verdad es que era muy divertido hablar con Roberto, pero cuando se le iba de las manos, me escandalizaba con sus comentarios—. Si vas a verla, asegúrate de que no está con su maridito, a ver si la vas a liar.

—Uy, yo no vi a esa mujer muy preocupada por su marido. Creo que cada uno va por su lado, al menos, eso noté cuando me estaba engatusando. Debería haber sido más débil y no pensar tanto en ti.

—¡Déjate de tonterías! Céntrate en trabajar, que para eso te paga mi padre.

Me acerqué a él, le planté un beso en la mejilla y seguí mi camino hacia la cocina. Conocía a Roberto desde siempre. Nací y me crié en el Magnolia's y él vino con su familia a trabajar cuando solamente era un crío. Nos llevábamos un par de años, por lo que siempre habíamos jugado juntos. Ahora bromeaba diciéndome que quería casarse conmigo y me parecía divertido, pero hubo una época en la que sus proposiciones eran reales, un tiempo en el que intenté planteármelo seriamente, pero no se puede forzar algo que no existe.

Al llegar a la cocina, me encontré con Olina, a la que inconscientemente andaba buscando. Era una mujer muy calmada que llevaba trabajando en nuestro hotel desde que yo era una niña. Era una amiga de mi madre y desde que ella nos había dejado, había cuidado de mí como si fuera su propia hija. Era de la familia, los eventos importantes siempre los celebrábamos con ella.

—Bonita, ¿estás bien? —no me sorprendió su pregunta. Únicamente con mirarme, ya sabía perfectamente como me encontraba y lo debió notar.

—Sí —mentí.

—Sabes que no puedes engañarme, pequeña. ¿Qué ha pasado?

—Es solo que, estoy un poco cansada de que mi padre no confíe en mí. Cada día tiene que llamarme para recordarme lo que tengo que hacer, como si no lo supiera. —Me percaté del tono de mi voz, en lugar de una queja adulta parecía una rabieta de niña pequeña.

—Confía más en ti que en cualquier otra persona. ¿Lo sabes, verdad? —asentí, esperando a que continuara su discurso—. Quizá es solo una excusa para hablar contigo cada mañana, o quizá es porque es consciente de que te tiene demasiado anclada aquí y una parte de él tiene miedo de que te vayas.

—Pero sabe que yo no voy a irme a ninguna parte.

—No, sabe que no te irías por él, que es distinto. Pero también sabe que llegará el momento de que quieras vivir, de que quieras volar y sabe que no podrá impedírtelo.

Me sorprendieron mucho sus palabras. No había hablado de mis sueños con mi padre, pero parecía que Jack no era tonto y sabía perfectamente como me sentía. Abracé a Olina agradeciéndole sus palabras y le sonreí. Con solo tocarme, conseguía apaciguar mis nervios.

Después de comer, de abrazar a mi padre con mucho cariño y de charlar con mis compañeros de cocina, me encaminé hacia mi casa a descansar un rato. La siesta era uno de mis mayores placeres y una de mis rutinas favoritas, así que no había nada que pudiera impedirla. O al menos, eso era lo que creía hasta ese momento, en el que oí una voz pronunciar mi nombre.

—¡Camelia! —cada vez oía más cerca el tono de su voz—. ¡Espera!

Al girarme, allí estaba Matt. Venía hacia mí con paso decidido.

—¡Ay, hola Matt! —Intenté sonar despreocupada, como si su saludo no me hubiera pillado por sorpresa. Aunque, una cosa es lo que intentas demostrar y otra muy distinta lo que tu cuerpo refleja.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—Voy a casa a descansar un rato. —Mi siesta diaria me estaba esperando.

—¡Oh, qué pena! —manifestó aderezando un poco su voz, para que sonara triste—. Había pensado que podíamos hacer algo divertido. No sé exactamente qué, pero quizá podrías enseñarme la isla, llevarme a conocer escondites secretos... —Esperé a que terminara su monólogo, aunque ya veía claramente sus intenciones—. Pero entiendo que estés cansada y que quieras ir a hacer la siesta. No, no te preocupes, ya me iré al bar y me quedaré solo, esperando a que se haga la hora de cenar. De verdad, no sufras por mí, estaré bien —acompañó sus últimas palabras con un suspiro fingido, lo que provocó una carcajada en mí.

—¿En serio? —dije entre risas—. ¿Este discurso te ha servido alguna vez? —Matt se unió a mí y reímos como dos amigos que hace tiempo que se conocen.

—No lo había intentado antes, tú has sido mi conejillo de indias.

Sinceramente, fue una conversación de lo más divertida. Matt intentaba acercarse a mí y aunque yo seguía levantando muros, nuestras carcajadas habían rebajado un poco la altura de estos. ¿Me apetecía perder mi siesta y pasar un rato con él? Si, absolutamente. ¿Creía que era una buena idea? No, no lo era. Había una vocecita en mi cabeza que me recordaba que estaba casado y que era un huésped del hotel, dos pequeños detalles a tener en cuenta.

—Yo... —No sabía como poner palabras a mis pensamientos—. La verdad es que me siento un poco violenta con esta situación. Se me hace bastante extraño todo esto. —Me quedé callada, esperando una respuesta por su parte.

—Entiendo lo que quieres decir —declaró comprensivamente—. Pero no te estoy proponiendo nada raro. Quiero decir, ¿no pueden dos amigos ir de paseo? Si lo piensas, es la cosa más normal del mundo.

—Supongo que sí.

—De todas maneras, si no te apetece, no te preocupes. ¡De verdad! —Lo acompañó con una sonrisa que me dio a entender que esta vez lo decía en serio, ya no había rastro de la manipulación.

Mi silencio era palpable. ¡Malditos prejuicios! Me aterraba que mi padre pudiera enterarse y malinterpretar la situación. Aunque para variar, estaba adelantándose a los acontecimientos. Me apetecía probar y Matt supo leerme, lo vi claro.

—Camelia, solo digo que si desaparezco o me pasa algo, espero que no llegues a sentirte culpable por ello. La verdad es que no estoy acostumbrado a tanta naturaleza y, además, tengo una orientación terrible. —Aguanté estoicamente sin sonreír, me costó sobremanera—. Pero soy valiente,

sí, lo haré solo —acompañó el comentario con un gesto de valentía, con el puño cerrado y con determinación en el rostro.

—Menudo teatro estás montando —dije toda seria, siguiendo su juego, aunque no fui capaz de durar más de cinco segundos, teniendo en cuenta que los dos empezamos a reír sin control—. No sabía que eras actor, ¡deberías haberme avisado!

Tras su intervención, pude observar que además de guapo, Matt parecía realmente simpático. Me percaté de su sonrisa pícaro antes de añadir:

—Pero, ¿ha funcionado?

—¡Qué remedio! —protesté—. No podría vivir con la culpa si te perdieras por esta isla.

—¡Genial! Mis dotes artísticas han dado su fruto. Creo que lo usaré más a menudo. —Acompañó el comentario con una gran sonrisa de granuja. ¡Menudo era! Estaba viviendo una situación surrealista, pero debía relajar la mente y disfrutar, ya me centraría más adelante en los dolores de cabeza—. Entonces, ¿se te ocurre algún plan divertido?

No lo dudé. Había un plan, mi preferido. Y lo quise compartir con él.

—Sí, déjame a mí —dije con misterio—. Nos vemos en la playa, donde están las rocas, en media hora.

—¡Sí, señora! —pronunció imitando el saludo militar. ¡Qué ganas de guasa tenía el colega!— ¿Tengo que llevar algo?

—El bañador y ganas de pasártelo bien. Las aventuras son mi fuerte.

Y con una sonrisa triunfadora, giré sobre mis talones y me dirigí a casa. Tenía poco tiempo para ponerme el bikini y preparar una mochila con todo lo necesario: toalla, crema solar y algo de merienda. Y sobre todo, debía prepararme mentalmente para poder disfrutar de la tarde, dejando a un lado las preocupaciones, los miedos y las inseguridades. ¡Preparada para vivir!

Una vez estuvo lista la mochila, en la cual metí más cosas de las necesarias, fui hacia la playa, pero no al punto donde había quedado con Matt. Antes necesitaba hacer algo importante.

—¡Camelia, bonita! ¡Cuántos días sin verte! ¡Mucha faena por el hotel?

—¡Hola Miguel! ¿Tú que crees? —comenté con chulería—. Últimamente, ¡no paramos!

—Es lo que tiene ser la hija del jefe. ¡Pringas como nadie! —Qué razón tenía—. ¿Y qué te trae por aquí? ¡Hacía tiempo que no venías!

—Muy a mi pesar.

—Vienes a por una de estas, ¿verdad?

Como si pudiera leerme el pensamiento, Miguel entendió perfectamente que era lo que quería. Desde jovencita, uno de mis pasatiempos favoritos eran las motos acuáticas. Cuando era pequeña, mi padre me enseñó a manejarlas y desde entonces, no podía imaginar un transporte mejor. Disfrutaba cabalgando las olas, sintiendo la velocidad en mi cara y descubriendo parajes escondidos en aquella magnífica isla.

—¿Cómo lo has sabido? —Compartimos unas risas, porque era evidente que Miguel me había visto por allí en más de una ocasión con el mismo objetivo, así que no había motivo para sorprenderse.

Miguel me preparó una de ellas.

—¡En un rato te la devuelvo! —Sonreí y me acordé que me faltaba algo—. ¡Miguel, se me olvidaba! ¡Necesito otro chaleco!

—¿Has engañado a alguien para que te acompañe esta vez?

—¡Cómo lo sabes!

—Aquí tienes. —Lo lanzó y lo pude coger al vuelo—. ¡Disfrutad mucho y no le des mucha caña,

no queremos que nadie se asuste! —Y acto seguido me guiñó un ojo. Podría decirse que todos los que trabajaban conmigo en el Magnolia's y por sus alrededores, eran como mi familia y la confianza que existía era extraordinaria. En ese sentido, me sentía muy afortunada.

Dándole gas, empecé poco a poco a relajarme y a disfrutar de esa experiencia que tanto me gustaba. Dejé que el aire me golpeará la cara suavemente, que el agua rozara mi piel y que el sol me acariciara. La felicidad que sentía era palpable, no obstante, iba acompañada de nervios, porque por primera vez, iba a compartir mi aventura con alguien más.

A lo lejos vi a Matt, esperándome cerca de las rocas, donde habíamos quedado. Caminaba inquieto de un lado a otro, buscándome. Sonreí sin poder evitarlo. Cómo habían cambiado las cosas en tan solo dos días...

Poco a poco me fui acercando a la orilla, pero él seguía sin verme.

—¿Esperas a alguien? —grité desde la orilla.

No tengo palabras para describir la sonrisa que Matt me dedicó. Sincera, única y toda para mí. Mi corazón dio un vuelco, provocando que durante unos segundos me olvidara de respirar. ¡Menuda sensación! Inspiré profundamente, quitándome los nervios de encima y moví la mano enérgicamente, invitándolo a venir hacia donde yo estaba. Cuando llegó, se quedó sorprendido observando la moto.

—¿Y esto?

—Es una moto de agua —comenté extrañada.

—¡No me digas! ¡No me había dado cuenta! —contestó siguiéndome el juego—. No esperaba esta sorpresa.

—Se nota que aún no me conoces —repliqué fanfarrona—. ¿Piensas subir?

Le lancé el chaleco salvavidas. Me miró con expresión divertida y por un segundo, tuve la sensación de que su mirada iba directamente a mis labios. Volví en mí cuando sentí el contacto de su cuerpo detrás del mio, acomodándose en la moto y cogiéndose a mi cintura. En el instante en que lo hizo, un escalofrío nos recorrió a los dos por igual —como pude descubrir tiempo después— aunque evidentemente ninguno de los dos dijo nada.

—¿Preparado?

—Pero, ¿sabes llevar tú sola este cacharro? —expresó Matt con un tono de burla.

Como respuesta a ese comentario machista, decidí jugar un poco con él.

—No, la verdad es que la primera vez que la cojo. Pensé que no sería tan complicado. —Empecé a acelerar y a desacelerar como si fuera la primera vez que manejaba una moto acuática. Moví el manillar bruscamente varias veces, provocando pérdidas de equilibrio y pareciendo así que íbamos a caer al agua.

—Esto... Camelia, oye, podemos hacer otra cosa. —La duda quedaba claramente reflejada en su voz—. Podemos ir a pasear por la playa. Si no te sientes cómoda con la moto, podemos...

—¡Pero qué dices! —le interrumpí—, ahora que parece que ya la controlo, ¿quieres bajar? No pensé que fueras tan miedica.

—¿Yo? ¿Miedica? Lo que me faltaba por oír. —Comprobé que a gallito no lo ganaba nadie.

—¡Cógete fuerte! —grité.

Aceleré con fuerza, dejando las tonterías a un lado. Me levanté ligeramente del asiento y, me dejé llevar, disfrutando de la magia que nos envolvía. Estaba compartiendo uno de mis hobbies favoritos con él, un hombre al que acababa de conocer. Mi corazón latía a una velocidad escandalosa y, aunque una parte de mí era consciente de que solo era un conocido, un amigo cualquiera, la ilusión crecía esperanzada en mi interior. Pude notar como Matt se agarraba cada vez más fuerte, pero no de manera brusca, más bien al contrario, con decisión y seguridad, siguiendo mis movimientos.

—¡Vaya mentirosa estás hecha! —gritó Matt cerca de mi oído.

Entendí que se refería a mi manera de pilotar aquel cachivache que teníamos bajo nuestros cuerpos. Sí, sabía manejarla y me daba una libertad que apenas podía expresar con palabras.

Veinte minutos más tarde, desaceleré vigilando no hacer ningún movimiento brusco y frené la moto acuática.

—¿Qué te parece? —pregunté con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Un plan divertido?

—Tengo que decir que me has dejado totalmente sorprendido. ¡Te creía más aburrida! —respondí con un codazo en las costillas—. ¡Ay! ¡Está bien, está bien!

—¿Entonces?

—Me parece un plan estupendo —susurró—, gracias.

—¿Habías montado alguna vez en una moto acuática? —pregunté queriendo saber más sobre él.

—¡Nunca! Mi vida es bastante más aburrida que la tuya, por lo que parece. No tengo demasiado tiempo para disfrutar.

—¡Oh! Pobre niño rico. ¡Qué complicada existencia! —Quise picarle un poco y lo conseguí.

—¿Niño rico? ¡Tendrás valor! —En un movimiento rápido y sin que fuera consciente, desató la cuerda de seguridad atada en mi muñeca y me lanzó al agua, dejándome totalmente desarmada.

—¡Serás capullo! —grité al salir a la superficie.

—Para que veas que con niños ricos no se juega.

—Tienes razón, tienes razón —mientras pronunciaba esas palabras, mi mente maquinaba una venganza—. Ayúdame a subir de nuevo. Por favor. —Puse mi mejor cara de rendición, con la intención de ablandar su corazoncito y aprovechar la distracción para devolverle la jugada.

—Está bien, vamos. Coge mi mano.

Se inclinó hacia mí, ofreciéndome su mano derecha. Cuando Matt cogió mi mano —eludiendo por completo el escalofrío que volví a sentir—, apoyé uno de mis pies sobre la base de la moto y al empujar con todas mis fuerzas, logré que Matt cayera al agua de golpe, salpicándolo todo y consiguiendo así mi venganza.

—¡No me lo puedo creer! —espetó Matt al sacar su cabeza del agua. La movió de un lado a otro, para apartar su pelo de la cara—. Esto ha sido un golpe bajo, no sé si voy a poder perdonártelo.

Se acercó a mí y empezó a salpicarme agua, impidiendo que pudiera abrir mis ojos. Las risas que provocó entre nosotros quedaron grabadas a fuego, conscientes de que jamás olvidaríamos ese momento. Mis nervios habían desaparecido, así como mis prejuicios y mis inseguridades, por lo que me relajé, acariciando aquel instante tan cercano a la felicidad. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con alguien y Matt estaba ofreciéndome una gran oportunidad; pasar juntas aquellas dos semanas, como amigos, descubriendo mil rincones y compartiendo confidencias. Una vez más, quise repetirme que no había nada de malo en ello, solo dos personas conociéndose, pero mi corazón parecía tener otros planes y empezaba a despertar.

—¡Se hace tarde! Debemos volver —comenté mirando mi reloj sumergible.

—¡Claro, vamos!

Matt subió primero y me ofreció su mano. Podría haber subido sola, pero me aproveché, me apetecía volver a sentir su contacto entre mis dedos.

—Gracias.

—Te toca volver al trabajo, ¿verdad?

—Sí, en breve es la hora de la cena —comenté animada—, y no quiero llegar tarde. Mi padre me espera.

—Así que tu padre es el director, ¿verdad?

—Sí, lo es. Pero aunque tenga enchufe, no puedo faltar a mis horarios. —Mi sentido de la responsabilidad tampoco me lo permitía—. ¡Así que, agárrate fuerte!

—¡Sí, señora! —pronunció de nuevo—. Pero prométeme que un día me dejarás llevar una moto de estas, me encantaría probarlo.

—Me lo pensaré —aseguré, convencida de que lo haría. Noté de nuevo como sus brazos rodeaban mi cintura y soplé. Iba a ser más difícil de lo que creía.

Disfrutamos de la vuelta. Tanto Matt como yo, llevábamos una sonrisa incrustada en la cara, como si la velocidad hubiera moldeado nuestros rostros a su antojo.

Francamente, las horas me habían pasado volando. Lo había pasado bien, muy bien. La sensación de libertad, la quietud del mar, él: una buena combinación. Las risas, las bromas y los instantes mágicos, contribuyeron a que me sintiera afortunada y provocaron en Matt un semblante calmado que hasta ese día no había mostrado. Sonreí, yo era la responsable. Además, durante aquellas horas, había conseguido olvidarme de la situación tan extraña que estaba viviendo y, que a su vez, tan normal me parecía. Habíamos disfrutado como dos personas que se conocen de toda la vida, dos amigos íntimos que disfrutan en compañía del otro, sin más. Nada oculto, nada detrás, nada de segundas intenciones. ¿Verdad?

Volví de mi ensoñación cuando oí de nuevo su voz.

—Camelia, ¿me oyes?

—Perdón —sonreí—, estaba en otro lugar.

—Ay Camelia, dónde tendrás la cabeza —bromeó.

—No quieras saberlo —repliqué misteriosa.

Ya habíamos devuelto la moto y estábamos de camino a mi casa. Íbamos el uno al lado del otro, cuando de repente Matt se detuvo y se colocó frente a mí. Me pilló desprevenida. Estaba más cerca de lo que debería, aunque demasiado lejos para lo que a mí me hubiera gustado.

—Te decía que gracias por esta maravillosa tarde, ha sido... —Matt se quedó en silencio, haciendo crecer los nervios en mi estómago—, especial.

¿Especial? Para mí también lo había sido. De hecho, había marcado un antes y un después, aunque todavía no fuera consciente de ello. La sensación de bienestar que me había embargado minutos atrás, quedaría eternamente guardada en un rincón al que acudiría cada vez que un bache se interpusiera en mi camino, aunque acabara convirtiéndose en un terreno de lo más accidentado.

—Esta mañana no imaginaba pasar una tarde tan divertida. ¡Me ha encantado montar en moto acuática! ¡Ya quiero repetir!

—Me alegro, entonces —expresé lo más sincera posible.

—Qué suerte que nos hayamos encontrado en el bar hace unas horas. No sé que hubiera sido de mí sin ti. —Menudo halagador estaba hecho.

—No será para tanto, algún plan te habrías buscado.

Sorprendiéndome y cortándome el paso de nuevo, se acercó a mi oído y me habló:

—Pero seguro que no hubiera sido tan increíble como este. Gracias una vez más.

No pude más que sonrojarme. Dándose cuenta de mi silencio, se apartó para que pudiéramos seguir caminando y, esta vez, lo hicimos en silencio. Me acompañó a casa y una vez allí nos despedimos con un adiós tímido y silencioso, consiguiendo tiempo para así asimilar todo lo que habíamos vivido.

Al entrar en casa, cerré la puerta y me quedé apoyada en ella. Mil pensamientos se arremolinaban en mi cabeza y no tenía claro el cariz que estaban tomando. Todas aquellas sensaciones me hacían sentir bien, más que bien, cosa que no me dejaba demasiado tranquila. Casi sin tiempo de descansar,

me di una ducha rápida con agua fría para así poder desprenderme del calor de mi cuerpo. Me puse el conjunto de trabajo y salí disparada hacia el comedor, en vista de que quedaban pocos minutos para la apertura.

—Cariño, ¿cómo ha ido el día? —preguntó mi padre.

—Muy bien papá, mejor de lo que hubiera esperado esta mañana.

Y automáticamente, la sonrisa se instaló en mi cara. Había pasado una tarde fantástica, eso debía reconocerlo, y me emocioné pensando que solo había pasado un día y que nos quedaban casi dos semanas por delante. Aunque para ser sincera, la dualidad de mis pensamientos me agotaba. Quería poder gozar de todo sin tener la culpa encima, acechándome a cada segundo, pero las dudas iban y venían, tal como lo hacían las olas del mar.

Me concentré en el trabajo. Clientes por aquí y por allá, las bebidas, la cocina y no me di cuenta hasta el cierre que él no había aparecido. Ni él ni su mujer. Un reflejo de decepción se asomó a mi sonrisa. Quizá tampoco me hubiera emocionado verlo allí cenando con su mujer, pero quizá una sonrisa suya me hubiera hecho mantener el humor.

Me desperté cansada. Había dormido como un tronco, pues la tarde anterior no había podido descansar, pero me levanté como si me hubiera pasado un camión por encima. Además, el madrugón no ayudaba.

Miércoles. Día de excursión. Desde el hotel, se organizaban salidas a diferentes puntos de la isla y en esa ocasión, me tocaba ser la guía. Cambié mi atuendo diario y me vestí acorde con la salida: pantalones cortos, camiseta de tirantes con el bikini debajo y unas zapatillas de agua. La expedición era todo un éxito; los clientes se apuntaban sin dudar y no era para menos.

Antes de ir hacia recepción, me acerqué a casa de mi padre, quería saludarlo. Sabía que estaría despierto, siempre había sido muy madrugador.

—¡Papá! ¿Cómo estás?

—Bien cariño. ¿Tú estás bien? —preguntó con duda en la voz.

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo? ¿Pasa algo?

—Sí. Bueno, no —respondió confundido—. En realidad, ayer hablé con Olina y me comentó que quizá te estaba agobiando demasiado. ¿Tú sabes que confío en ti, verdad?

Así que Olina había hablado con mi padre... ¡Qué mujer! Entendía sus razones, pero aún no estaba preparada para iniciar aquella conversación, por lo que desvié la atención y mentí.

—¡Claro papá! No te preocupes. Todo va bien.

Me dio un abrazo cálido que recibí con ganas. No siempre había sido así, pero aquel estrujón me llenó de energía, lo cual agradecí. La muerte de mi madre fue un duro golpe para nosotros. Ella era nuestra ancla, tan entera, tan presente. Y ya no estaba. A raíz de aquel desgraciado capítulo de nuestras vidas, el vínculo que me unía a mi padre había cambiado y debíamos adaptarnos a una nueva relación. Nos costó tiempo, no lo negaré, pero lo conseguimos tras mucho esfuerzo por ambas partes.

Aun así, en ese mismo instante, algo parecía no encajar.

—¡Me voy! Hoy toca escapada por la Napali Coast. ¡Deséame suerte!

—¡Suerte cariño! Irá genial.

Llegué al hall del hotel a las siete y media de la mañana. Me acerqué a Malia, la recepcionista, para pedirle la lista de clientes que se habían apuntado a la excursión y así poder llevar el control de asistencias. Con lista en mano, ojeé el número de parejas que allí esperaban y advertí que todavía faltaban dos personas por llegar.

—Gracias a todos por venir y por ser tan puntuales. En unos instantes nos pondremos en marcha, pero antes necesito comprobar que están todos aquí.

Nombré uno por uno a los inscritos esperando su confirmación, hasta que me atasqué en el penúltimo nombre que había allí escrito. Con dificultad en la voz, dije:

—¿Matthew y Bárbara Cox? —pregunté por puro protocolo, porque allí no estaban. Me acerqué de nuevo a Malia para informar de la baja de los dos clientes, cuando de repente...

—¡Ya estamos aquí!

El corazón empezó a latirme rápido, más de lo que hubiera deseado. Quise mostrarme entera, por lo que respiré hondo un par de veces y me di la vuelta. Allí estaban ellos, plantados ante mis narices. Matt y Bárbara. Ella con cara de pocos amigos. Él, con una sonrisa sincera, brillante, ilusionada.

—¿Nos vamos? —espetó la mujer probando mi paciencia.

Lo era. Era paciente. De las que más. Pero Bárbara Cox, quizá por motivos que iban más allá del propio carácter, me sacaba de quicio. Debía hacer grandes esfuerzos para poder mirarla y no soltarle una fresca. Pero como con todo cliente, era necesario que mi actitud no se viera influenciada por mis emociones. ¡Menudo día me esperaba!

—¡Claro! —Sonreí falsamente—. Les entrego, por parejas, una bolsa impermeable para sus pertenencias, así evitamos que se moje cualquier objeto de valor.

Repartí las bolsas y me separé un poco de la multitud. Aquello era una prueba, lo veía claro. Iba a ser más difícil de lo que hubiera podido sospechar. Además de que no me caía bien esa mujer, resultaba ser, nada más y nada menos, que la mujer de Matt, el hombre que había resultado ser tan.. especial. Cogí aire y me dirigí de nuevo a ellos:

—Está bien, es momento de irse. Subiremos primero a la furgoneta todos juntos e iremos en dirección al puerto. Allí, Miguel nos espera con una zódiac para llevarnos a la parte más bonita de la isla. ¿Listos?

Todos me siguieron hacia la furgoneta y fueron subiendo. Casualmente, Matt se sentó de copiloto. ¡Qué oportuno!

—¿Qué tal? —preguntó él con actitud relajada.

—Bien. Muy bien.

Me centré en la carretera y en los parajes que íbamos atravesando. Cada zona la acompañaba de una pequeña explicación, entreteniéndolos a los huéspedes y permitiéndoles conocer un poco mejor la isla. Les hablaba sobre los paisajes verdes que estaba acostumbrada a ver, pero que para los foráneos, podía ser algo muy llamativo.

—Camelia —preguntó una de las pasajeras—. ¿Es normal encontrar tantos gallos en esta isla? Me he fijado que en todas partes hay gallos campando a sus anchas por cualquier camino. ¡Incluso en el hotel!

—¡Sí, es verdad! —expresó la mayoría del pasaje, mirándose entre sí.

—Resulta que sí, que es lo normal. —Sonreí. Entendía que para los demás podía ser un tanto curioso, pero yo estaba más que acostumbrada—. Hay quienes afirman que un huracán en 1992 provocó un cambio indirecto en el ecosistema de Kauai, la isla en la que estamos, y que aquello ocasionó la destrucción de una granja de pollos, que huyeron y que a día de hoy, aún están vagando libremente por la isla. En cambio, también se cuenta que los trabajadores de las plantaciones de azúcar, entre 1800 y 1900, trajeron y criaron pollos como alimento y para la lucha de gallos. Resultó que muchos de ellos escaparon y con el paso de los años se multiplicaron. Sea cual sea la verdad, en Kauai viven ahora miles de gallos y gallinas salvajes que recorren la isla sin miedo, ya que no hay ningún depredador que pueda acabar con ellos. Una de sus características es hacer de despertador. ¿Os habéis dado cuenta?

Mi comentario provocó risas en el interior de la furgoneta.

—¡Yo sí que lo he notado! ¡Y tanto! —observó una de las clientas—, entre el jet lag y los gallos, no hay quien duerma en esta isla a partir de las seis de la mañana.

Volvieron a estallar en risas y respiré tranquila. Casi no era consciente de que Matt estuviera sentado a mi lado. Casi.

—Camelia, ¿cómo es que salimos tan temprano para esta excursión? Las demás salidas están programadas para más tarde, me sorprendió que fuera tan temprano.

—Cuando hacemos esta salida con la lancha, debemos salir pronto. El tiempo en esta isla, cómo habéis podido comprobar, es muy variable. Podemos pasar de un sol radiante a una tormenta en tan solos unos minutos. Y aprovechando las primeras horas del día, tenemos más posibilidades de ver la costa en todo su esplendor, así como la posibilidad de ver delfines y tortugas marinas.

La expectación de los clientes era la esperada. Personalmente, había visitado aquella parte de la isla en numerosas ocasiones, pero tenía la intuición de que esa vez, sería distinta. ¿Sabría Bárbara que Matt y yo habíamos pasado tiempo juntos? ¿Debía actuar como si no nos conociéramos? Mil dudas iban y venían en mi cabeza, aunque tratara de poner paz a mis pensamientos. Los pasajeros volvieron a compartir confidencias y yo volví a concentrar mi vista en la carretera, evitando así la distracción que estaba situada a mi derecha.

—Miren, allí está Miguel —dije una vez parado el vehículo—. Vayan bajando y acercándose, él mismo les ayudará a subir a la lancha. ¡En breve me reúno con vosotros!

Matt se quedó el último, haciéndose el distraído. El restaurante del hotel se había encargado de preparar unos sandwiches y unas chips para tomar durante la mañana, así como botellas pequeñas de agua.

—Deja que te ayude. —Me sorprendió no verlo tan animado como la tarde anterior, como si algo le rondara la cabeza.

—Gracias —me atreví a preguntarle—, ¿Todo bien?

—Sí, claro. No he pasado una buena noche, pero ahora estoy mucho mejor —respondió con una sonrisa y un guiño.

¡Qué fácil resultaba su compañía! Parecía ser bastante transparente, dado que podía intuir como se sentía con solo mirarlo a los ojos. ¿Era posible? Sentía como una especie de conexión, algo que no sabría como explicar. Volviendo a su respuesta, me sorprendí preguntándome si habría tenido una mala noche o si le había pasado alguna cosa importante. Era plenamente consciente de que la noche anterior no había aparecido en el comedor a la hora de la cena y quizá tendría relación.

—¿Vamos? —propuso Matt interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí, claro. ¡Vamos allá! —respondí con entusiasmo.

Cuando todos hubieron subido a la lancha, Miguel pidió a los pasajeros que se fueran colocando tal y como él les proponía, teniendo en cuenta que era necesario que la lancha quedara compensada por ambos lados. Alrededor de la zódiac, dónde debían sentarse, había unas cuerdas que servían para poder agarrarse y así ganar estabilidad, tanto en las manos, como en los pies.

Me acerqué a Miguel para tomar asiento y me preguntó:

—¿Cómo fue con la moto ayer? ¿Asustaste mucho a tu acompañante?

Mi rostro empezó a mutar de color, convirtiéndose en un rojo intenso difícil de disimular.

—Eh, si, si. NO, quiero decir, no, no lo asusté. —Los nervios hablaban por mí—. ¡Fue bien!

—¡Me alegro!

A mi izquierda, noté dos pares de miradas clavadas en mí, pero no quise hacerles caso. Gracias a Dios, Miguel empezó a hablar.

—¿Es la primera vez que suben a una lancha de este tipo? —preguntó Miguel. La mayoría del pasaje respondió que sí, por lo que decidió dar unos cuantos consejos que proporcionarían un viaje seguro—. Sobre todo, es importante que se cojan bien de las cuerdas. Si se fijan, también tienen una cuerda en los pies. Pongan, por favor, el pie debajo para quedar bien sujetos. Al principio, la velocidad os hará sentir inestables, pero intenten no estar tensos. Si se agarran con mucha fuerza,

puede que a mitad de camino hayan perdido sensibilidad en sus manos, así que relájense. Cuando entremos a mar abierto, las olas harán que la lancha choque bruscamente contra el agua, pero no se preocupen, está todo controlado. ¿Alguien tiene alguna duda?

—¿Cuánto dura el paseo? —preguntó Bárbara. Se la veía un poco asustada e interiormente, sonreí. ¡Qué mala!

—En unas tres horas estaremos de vuelta.

Los pasajeros asintieron y poco a poco, Miguel empezó a acelerar hacia mar abierto. Debíamos salir del puerto para poder empezar el camino y así lo hicimos. La sensación de viajar en la lancha, se asemejaba a la que sentía subida en una moto acuática, difícil de explicar. Una mezcla entre peligro, libertad, emoción. La velocidad era considerable y los saltos que hacía la lancha creaban una sensación de nervios histéricos que tan bien conocía. En alguna ocasión y de manera disimulada, miré a Matt. Sus ojos parecían iluminados, su sonrisa no desaparecía y su actitud era relajada, reflejando una emoción absoluta por todo lo que estaba experimentando. Hasta que no lo pruebas, no puedes entender la magnífica sensación que te embarga.

Recordé mi primera vez. Debía tener unos cuatro años cuando mi padre y mi madre decidieron hacer este pequeño paseo en lancha. Fue una salida fantástica, y fue la primera vez que noté aquella sensación en mi cuerpo, esa libertad que se volvería tan adictiva en mi adolescencia. Me prometí a mi misma no dejar de hacerlo, no dejar de experimentar lo que tanto me había regalado. Y me sentía satisfecha por haberlo logrado.

La lancha me sacó de mi ensoñación cuando empezó a desacelerar. Miguel empezaba a explicar historias sobre aquella zona de la isla, mientras que mi trabajo consistía en ir fotografiando el paisaje para poder crear un álbum para los clientes.

—¡Un delfín! —gritó uno de los pasajeros.

Todos nos giramos en su dirección y sí, allí mismo, cerca de la lancha, había un grupo de delfines. Todos los pasajeros se acercaron al borde de la lancha a ver el espectáculo y entonces lo sentí. Quizá duró un segundo, quizá fueron minutos. A mí me parecieron horas. Ahora, con el tiempo, no soy capaz de recordar como sucedió pero si recuerdo que sentí algo que me empujó a buscar a Matt, a compartir aquel instante con él. Y mientras todos estaban ocupados mirando a los delfines, él me miraba fijamente, ajeno a todo lo que le rodeaba. El mundo podría haberse parado ahí y a ninguno de los dos nos hubiera importado. Noté un pequeño clic, un pequeño cambio que me asustó y provocó la desviación de mi mirada, obviando como quedó la de Matt.

En un santiamén, todo el mundo había vuelto a su sitio. Decidí no volver a mirarlo en todo el trayecto, evitando el sabor amargo que me había dejado.

Navegamos y los pasajeros descubrieron lugares extraordinarios, rincones que no perdían la magia. Vimos más delfines, tortugas marinas y el nacimiento de una pequeña foca en la orilla de la playa. Además, el sol nos acompañó, haciendo el día todavía más especial. Un rato más tarde, Miguel detuvo la lancha y nos pusimos a repartir el material necesario para una sesión libre de esnórquel. Uno a uno iban lanzándose al agua, siendo el último Matt.

—Camelia, ¿estás bien?

Lo miré, pero no pude responderle.

—¡Matt! Ven al agua, ¡tienes que ver esto!

Salvada por la campana. ¡Gracias Bárbara! Miguel me preguntó si me encontraba bien y mentí:

—¡Claro! El sol, que me ha dejado un poco noqueada.

Deseé llegar a casa y esconderme. Odiaba esa sensación de inestabilidad y aún más, odiaba sentir que alguien me lo había provocado.

El paseo terminó y el camino de vuelta en la furgoneta fue más tranquilo. Los clientes iban hablando entre ellos, comentando la excursión, permitiendo que condujera con tranquilidad, ajena a los estímulos que allí convivían. También tuve suerte cuando otro cliente fue el que ocupó, esta vez, el asiento del copiloto. Evité mirar por el retrovisor, hasta que llegamos de nuevo al hotel. Con prisa, me despedí y me fui corriendo a casa.

—¡Qué mierda me ha pasado, joder! —expresé en voz alta, viéndome en la seguridad de mi casa.

Mi humor había cambiado, estaba irascible y enfadada. No soportaba la idea de sentirme débil. No aceptaba lo que Matt me hacía sentir, porque no quería que nadie provocara eso en mí. ¡Maldita sea!

Me costó dormir pero al levantarme, vi las cosas desde otra perspectiva. No pasaba nada con Matt. No podía pasar nada con Matt.

De camino al restaurante para empezar el servicio de noche, me encontré con Roberto.

—Camelia, mi reina, recuerdas que esta noche hemos quedado todos, ¿verdad?

—¡Mierda! Lo había olvidado. —Tantas cosas en la cabeza no podía ser bueno—. Pero ahora que lo dices, creo que me irá bien.

—¡Pues ya sabes! Te esperamos en el pub, no te demores.

—¡Perfecto! ¡Nos vemos allí entonces! —dije alejándome a paso ligero.

Durante la cena, hice como si no lo conociera de nada. Lo evité de mil y una maneras y dejé que fuera mi padre el que los atendiera. No me apetecía representar un papel delante de aquella odiosa mujer. Además, tenía las esperanzas puestas en el alcohol que pensaba beberme más tarde. Qué adulta mi manera de sobrellevar la situación, ¿verdad?

—¡Un mojito de fresa, por favor!

—¡Cam! ¡Aquí estás! Creíamos que al final no ibas a venir.

—El servicio se ha alargado, como de costumbre —respondí con resignación.

Me sonrieron y me relajé. Había tenido a Matt todo el puñetero día en la cabeza y había decidido no dedicarle ni un pensamiento más.

—¿Cómo estás? ¿Cómo fue la salida esta mañana? —preguntó Roberto con interés.

—Muy bien, la verdad. El tiempo se ha comportado y los clientes no han sido demasiado molestos, cosa que es de agradecer.

—¿Estaba por allí mi *jeva*?

—¿Te refieres a la Barbie? —Ese comentario hizo reír a los demás. Parecía que empezaba a ser conocida.

—Esa, esa. ¡Menuda *hembrota*! Me está buscando y me encontrará... Después de tus desplantes, no está de más que me lleve una alegría, ¿no?

—¿Es una broma, verdad? Está casada, Roberto.

—Para nada es una broma, bonita. Queda claro que entre ella y su marido no hay nada, así que ¿por qué tengo que contenerme? Yo no tengo nada que perder y pondría la mano en el fuego de que ella tampoco.

El comentario me sorprendió. Roberto hablaba muy seguro de sí mismo, convencido de que si actuaba así, no estaría cometiendo ningún error. Acercarse a una mujer casada me parecía algo fuera de lugar, pero su comentario parecía razonable. ¿Por qué entonces yo me negaba a disfrutar al lado de Matt?

La respuesta era muy evidente: lo que había detrás era totalmente distinto. Sinceramente, yo no tenía en mente ningún revolcón, ni una historia de una sola noche. Yo, en el fondo, creía en el amor, aunque jamás hubiera protagonizado una historia de película. Creía en las miradas intensas, en los

cosquilleos, en las mariposas. Creía en todo lo que explicaban sin haberlo vivido, pero con la esperanza de poder descubrirlo. Y aunque pudiera parecer una tontería, desde que había conocido a Matt, todos esos pensamientos se repetían una y otra vez, sin descanso, sin aportar una pizca de cordura que me hiciera tocar de pies en el suelo.

—¿Te has fijado en el marido? —disimulé, negando con la cabeza—. A mí me interesan las mujeres, pero puedo asegurar que ese hombre despierta más de un *bollo*.

—¡Calla, calla! —contesté entre risas—. No me he fijado. Para mí, casado es lo mismo que acceso restringido.

—¡Qué tonta eres, querida! Podrías aprovecharte de las circunstancias y llevarte una alegría. Ya que no estás interesada en mí...

Seguimos disfrutando de conversaciones banales y otras más subditas de tono. Estar con Roberto y los demás era lo que tenía, tonterías y más tonterías. Además, era necesario sumar los cócteles que nos íbamos tomando, como si no hubiera un mañana. Lo que necesitaba. Olvidarme de todo por un rato, descansar mi mente y disfrutar, ya seguiría dándole vueltas a la cabeza al día siguiente.

Volvimos dando un paseo y una vez allí, nos separamos cada uno en dirección a su casa. Todos vivíamos dentro del mismo resort, así que tardé pocos minutos en llegar a casa. El alcohol había hecho mella en mí y me sentía bastante aturdida, por lo que me costó darme cuenta de que en la puerta de mi casa había una nota. La cogí, miré a ambos lados por si había alguien cerca y entré en casa, cerrando de un portazo. El corazón me latía sin control, incluso me temblaron ligeramente las manos. Encendí rápidamente las luz de mi mesita de noche y me senté en la cama, dispuesta a leer la nota:

<<El día de hoy ha sido extraño. El paisaje era increíble, la sensación de navegar ha sido espectacular, pero lo más sorprendente ha sido compartir contigo ese momento tan especial.

M>>.

Noté como la luz cálida de un nuevo día entraba por mi ventana. Disfrutaba de esos primeros rayos de sol, ya que ayudaban a llenar mi cuerpo de energía, aunque ese día fuese algo difícil. Intenté levantarme de la cama y ¡Dios, qué dolor de cabeza! Los cócteles de la noche anterior seguían presentes y me encontraba verdaderamente mal. Como pude, fui hacia el baño y me metí en la ducha, deseando poder encontrarme mejor al salir. Aunque intentaba evitarlo, decidí tomarme una aspirina para poder soportar el día con más fuerzas. Presentía que sería eterno.

La mañana fue dura, no voy a mentir. Después de atender el desayuno y de vagar por el hotel, aproveché para hacer unos pedidos que mi padre me había mandado. Terminé mi turno en el comedor principal y, sin comer, decidí volver a casa a estirarme un rato. Necesitaba descansar y volver a ser persona.

No acostumbraba a beber. Si es cierto que cuando íbamos al pub con los demás me tomaba algún que otro cóctel, pero la noche pasada me había excedido queriendo borrar muchos de los pensamientos que paseaban por mi cabeza. Y, evidentemente, no funcionó. A las pruebas me remito. Mi mente seguía siendo un hervidero y por supuesto, los pensamientos no se habían evaporado. Además, también estaba el hecho de sentirme como un despojo humano.

Me estiré en la cama y al mirar en la mesita de noche, reparé en la nota que había leído la noche anterior. ¡La había olvidado completamente! Respiré hondo y la volví a leer, esta vez con más atención. Al hacerlo, no pude evitar sentir un cosquilleo interior que me erizó el vello. ¡Joder! ¿Por qué tenía que pasarme eso a mí? ¡Estaba yo muy tranquila en mi isla! Mi trabajo, mis compañeros y compañeras, mi padre y nada más. Ni una triste relación sentimental. Pero eso me daba más seguridad que la tesitura que se me presentaba, la cual me hacía perder el control, me hacía replantearme cosas y me instalaba una creciente ansiedad en el pecho que no me dejaba vivir tranquila. Escondí la nota en el cajón. La quité de mi vista para no caer en la tentación de releerla mil veces más.

Me sentía enfadada, porque yo también me había sentido así. También lo había notado y no quería. ¡No quería! Entré en bucle con ese pensamiento y aunque me costó dormirme, al final lo conseguí.

Me levanté de la siesta con un humor distinto. Más positiva, más contenta, más yo misma. Ya no tenía dolor de cabeza y me encontraba en plenas facultades mentales. O al menos, esa fue mi sensación. Quedaba un rato para la hora de la cena, por lo que decidí dar un paseo por el hotel y aprovechar para charlar con algunos de los huéspedes. Me acerqué también a la playa, dado que la puesta de sol era uno de los atractivos de aquella parte del mundo. Me sentía pletórica. La naturaleza salvaje de la isla era asombrosa, me fascinaba y me sentía afortunada de vivir en el paraíso, lejos de las ciudades y del bullicio de la gente. Sí, tenía suerte de estar allí. Conecté conmigo misma, con la tranquilidad de saber que tenía todo lo que necesitaba. Y con una sonrisa enorme, me encaminé hacia el restaurante con ganas de disfrutar de todas y cada una de las oportunidades que estaban por llegar.

—¡Hola papá! —entré en la cocina directa a darle un abrazo.

—¡Hombre, hija! ¿Cómo estás? No te he visto en todo el día.

—Estoy bien —respondí con una sonrisa—. ¿Tú que tal estás?

—Bastante bien y más, después de ver que estás tan contenta.

—¿Nos ponemos manos a la obra?

—Claro, detrás de ti.

Juntos nos encaminamos hacia la puerta del restaurante donde ya había algunos clientes esperando para pasar al comedor. Como en cada servicio, nos fuimos repartiendo los clientes y tuve la gran suerte de que mi padre se encargara del matrimonio Cox, porque no me apetecía demasiado perder mi buen humor.

Pasaron rápido las horas, aunque después de nuestro encuentro, todo pareció ir a un ritmo más lento. Me encontraba en la caja guardando algunos recibos cuando los vi pasar. Bárbara iba a paso rápido, mientras que Matt se quedó un pelín rezagado, para ofrecerme la mano en señal de saludo. Sorprendida, respondí actuando con normalidad, hasta que noté un pequeño papel en mi palma. Se marchó dejándome con una sonrisa inquieta y regalándome un guiño que me ruborizó. ¡Maldito canalla!

Disimuladamente, abrí la nota y con su ya conocida letra, leí:

<<Te espero a las 12 en el lago. M.>>

Y mi corazón se volvió loco.

Salí todo lo rápido que pude. Quería pasar por casa a cambiarme de ropa y no ir con el uniforme diario, así que corrí tanto como mis pies lo permitieron. Mi corazón latía veloz, nervioso y a la vez emocionado. Me apetecía verlo. Me decidí por un vestido sencillo; blanco, caído y con un pequeño lazo en la cintura. Me puse brillo de labios y, como toque exclusivo, me coloqué una flor típica de las islas de Hawái llamada Plumería. Era blanca, con pequeños tonos rosados, dándole así un toque de color a mi atuendo. Eran casi las doce y ya no quería esperar más, así que salí de casa, llegando al lago en menos de un suspiro.

—¿Llevas mucho rato aquí?

Aunque lo estaba esperando, su voz me sorprendió. Yo me encontraba sentada en una pequeña roca, perdida en mis pensamientos e intentando que los nervios desaparecieran poco a poco, tarea harto difícil de conseguir.

—No, acabo de llegar.

Me respondió con una sonrisa y me propuso ir a dar un paseo. Al principio, íbamos en silencio, uno cómodo y sin presiones, pero Matt rompió el hielo.

—Estás preciosa esta noche. —Colorada en tres, dos, uno...

—Gracias —respondí con una sonrisa—. Siempre voy con el uniforme y me apetecía verme distinta.

—Pues lo has conseguido. Aunque el uniforme no está nada mal, ¡eh! Me gusta tu estilo.

—La verdad es que a mí también me gusta —comenté, sintiéndome a gusto a su lado.

—¿Llevas trabajando aquí desde hace mucho?

—Sí. De hecho, nací aquí. Mi padre vino a visitar la isla hace muchos años y conoció a mi madre, que vivía aquí con su familia. No llegó a irse. Decidieron montar este fabuloso hotel y poco después me tuvieron a mí.

—Entonces, ¿nunca has salido de Kauai?

—No. Este trozo de tierra es lo único que conozco. ¿Me estoy perdiendo muchas cosas allí fuera, verdad? —Le di un pequeño golpe con el codo, mostrándome cercana.

—No sé qué decirte. Esta isla es una de las cosas más sorprendentes que he visto nunca. Tu listón ya empieza muy arriba.

—Tienes razón. —Me tomé unos segundos de silencio—. Pero eso no quita mi deseo de conocer mundo, de visitar otros lugares, conocer otras culturas...

—¿Y por qué no has viajado? Quiero decir, eres joven, podrías aprovechar tus vacaciones para hacerlo, ¿no te parece?

—Es bastante más complicado que eso. Digamos que, por el momento, no he tenido la oportunidad.

Se instaló entre nosotros un silencio cómodo y pensativo. Él no debía entender porque no viajaba y solo yo sabía lo peliagudo que era ese tema para mí. Seriamente no me había planteado hacerlo, aunque mis sueños me empujaban una y otra vez a desearlo con infinitas ganas. Me sentía cómoda hablando con él, pero decidí que aún no quería compartirlo todo, al menos, no esa parte.

—¿Tú has viajado mucho? —pregunté con la firme intención de dejar de hablar de mí, eludiendo así su respuesta.

—La verdad es que no tanto como me hubiera gustado. Sí que he viajado por diversos estados, pero la mayoría de veces ha sido por trabajo. Podríamos decir que este está siendo el viaje más asombroso que he hecho hasta ahora. Y el más largo también.

—Y nada más y nada menos que el viaje de luna de miel.

—Sí, supongo...

Se veía claramente que el tema escondía alguna cosa detrás. No entendía qué podía ser y, una parte de mí, tampoco quería saberlo. ¿Qué pensaba decirme, que no quería a Bárbara? ¿Entonces por qué se casó? A la vez, tampoco quería aventurarme a hacer conjeturas porque la única verdad la sabía él y, si quería compartirla, también dependía de él. Aun así, insistí...

—¿No deberías estar pletórico? Es decir, acabas de casarte. Es un paso muy importante en una relación, la decisión no se toma a la ligera. En cambio, si me permites el atrevimiento, te veo abatido, apático.

—Las cosas son más complejas de lo que puedas llegar a suponer —declaró él, serio y concentrado.

—Si te apetece, puedes compartirlo conmigo.

—¿Nos sentamos?

Entendí que la conversación quedaba en pausa, en una especie de limbo. No sabía si retomaríamos el tema o si él aún no estaba preparado. A decir verdad, nos acabábamos de conocer, ¿era normal no abrirse del todo! Yo misma no lo había hecho. Pero a su vez, era como si nos conociéramos desde siempre. ¡Una locura, vaya!

Habíamos llegado a unas rocas que había cerca de la playa. Era un paisaje precioso, teniendo en cuenta que la luna iluminaba el agua del mar. Se veían estrellas en el cielo, más de las que pudieras llegar a contar y, la brisa que corría era, simplemente, necesaria. Nos acomodamos en unas piedras, mirando hacia el lejano horizonte. Entre nosotros quedó un espacio, el suficiente para la poca relación que nos unía, pero demasiado si teníamos en cuenta lo que nos apetecía.

—Esto es indescriptible —expresó Matt—. La paz que se respira aquí me llena por dentro. ¿No te consideras afortunada por poseer esto? ¿No crees que esto vale más que todo el oro del mundo?

No tenía claro si su pregunta necesitaba una respuesta, pero yo me aventuré a responderle.

—¡Claro! Gracias a todo esto, mis sueños quedan en segundo lugar, porque no sé si sería capaz de desprenderme de ello. Es mágico, duradero. Sé que esta isla nunca me fallará. Lo es todo para mí.

—Ojalá pudiera tener algo tan hermoso como esto. Ojalá pudiera vivir el día a día con tanta

intensidad como lo haces tú.

Esta vez, no supe qué decir. Hablaba con melancolía, con pena. ¿Qué escondes Matt? Las ganas de descubrirlo cada vez eran más grandes.

—Estoy en modo drama, ¿verdad? —reímos, destensando el ambiente que había quedado tras sus palabras—. No acostumbro a ser así, pero desde que he pisado el suelo de esta isla, todo parece estar desmoronándose en mi interior. Como una hostia bien dada o como despertarse con un cubo de agua fría en la cara.

La conversación había tomado un cariz triste, parecía que él necesitaba escapar, soltarlo todo y yo simplemente lo escuché. Con el tiempo, supe que era exactamente eso.

—Verás, mi vida no es como parece. Desde fuera, puedes pensar que soy un hombre que lo tiene todo, que se acaba de casar con una mujer espectacular, deseada por todos, que va a heredar la empresa más rentable de todo Norteamérica y que, por lo tanto, el dinero me sale por las orejas. ¿Me equivoco?

—No, no. Vas bien. —Reímos los dos, pero él lo hizo con gesto afligido.

—Normalmente, la gente que conozco tiene un motivo claro para acercarse a mí. El dinero, principalmente, además de contactos, favores, etcétera. ¿Qué pensarías si te dijera que no he tenido una conversación normal como la que estamos teniendo en años? —Me sorprendió—. Con los colegas quedamos una o dos veces por semana, bebemos cerveza hasta reventar y hablamos de negocios y mujeres. Temas super interesantes, como puedes imaginar. —Véase la ironía—.

—Ya veo, ya —sonreí con complicidad.

—¿Pero sabes que es lo peor? Que hasta ahora no he sido consciente de ello, ¿no he sido capaz de verlo! ¡Joder! Si siempre he pensado que era el puto rey del mundo. —Se llevó las manos a la cara, en un gesto desesperado—. Y llego aquí, descubro la isla, te conozco a ti y todo se me cae al suelo y me empiezo a plantear... En realidad, no sé que mierda me planteo.

Después de unos minutos de silencio, necesarios para que él pudiera calmarse y para que yo pudiera asimilar sus palabras, decidí intervenir.

—No sé qué decir. Me has dejado bastante sorprendida. Creo que nunca hubiera imaginado que te sintieras así —rectifiqué—, me refiero a alguien de tu posición.

—Lo sé. —Sopló—. Estoy acostumbrado a que todo el mundo crea que soy alguien que no soy... Aunque, sinceramente, ni yo mismo lo sé. Por eso, cuando te conocí, pensé que podía, por una vez, relacionarme con alguien opuesto a mi mundo, alguien que claramente viera la vida desde otros ojos.

—Gracias supongo.

—Gracias a ti por la oportunidad, Camelia. Entiendo que nos conocimos en unas circunstancias algo extrañas —los dos reímos al recordarlo—, pero la fuerza que emanaste, la seguridad, la templanza, me hizo ver en ti a alguien totalmente distinto a mí, alguien a quien quise acercarme a pesar de nuestro mal comienzo. Por eso insistí más tarde, ¿lo entiendes ahora?

—Me hago una idea.

—Nuestras vidas son completamente distintas.

—Sí, lo son.

Nos miramos y sonreímos, a pesar de los ojos tristes que Matt mostraba. No podía negar que todo lo que me contaba me sorprendía. Los aires de suficiencia que llevaba el día que lo conocí me distrajeron. Pensé, hablando claro, que era un creído manipulador, sobre todo después de la escena del baño. Y ahí estaba, tan transparente.

—¿Qué pensaste de mí cuando me viste?

—¿La verdad? Casi me da algo cuando te vi fumando allí, en pleno meollo del hotel.

Su carcajada sonó limpia y provocó en mí un estremecimiento que decidí obviar.

—Estaba convencida de que eras el conductor del autobús: tus pintas, tus contestaciones, tu actitud... Todo indicaba que no formabas parte de la clientela del hotel.

—¿Tienes muy mal vistos a los conductores de autobús, o me lo parece a mí?

—¡Ja ja, ja, no, no me refería a eso! Solo que, no supe donde ubicarte y fue lo primero que me vino a la cabeza. Crispaste mis nervios.

—Te pido disculpas. Reconozco que me comporté como un auténtico gilipollas.

—Totalmente de acuerdo. Disculpas aceptadas. —Sonreí—. ¿Fumas muy a menudo?

—Solo cuando los nervios no me dejan respirar. Últimamente he estado sometido a mucho estrés y, cuando llegué aquí, mi ahogo todavía no había desaparecido. Como puedes ver ahora, estoy mucho más relajado.

—Esta isla tiene ese poder.

—Sí, lo tiene —desvió su vista del mar, para centrarla en mí—, aunque tu compañía también ayuda. Me transmites tranquilidad.

Sus palabras provocaron que me sonrojara, aunque a mi favor diré que tengo una facilidad espantosa para ponerme roja como un tomate. Me gustó lo que me dijo. Una de las cosas que más valoraba en mis días era la calma que la isla transmitía y, por consecuencia, era algo que formaba parte de mí. Tranquilidad, serenidad y paz. Una manera de vivir. Mi manera de vivir. No envidiaba la realidad de Matt; una vida llena de estrés y excesos, vacía por lo que parecía. Pero la curiosidad me mataba —como al gato—, y deseaba saber más sobre él. Sus costumbres, sus gustos, sus sueños.

—¿Qué pensaste tú de mí cuando me viste? —le devolví la pregunta, con ganas de saber cuál sería su respuesta.

—Primero pensé: <<¿Por qué cojones tiene que venir a tocarme las narices?>> —¡Apuntado: no ir de listilla la próxima vez!—. Pero después, como ya te he dicho antes, me sorprendió tu seguridad al hablar y tu carácter. ¡Vaya humos te gastas!

—Tenlo claro. El que me toca las narices, recibe su merecido.

—¡Recibido! —levantó las dos manos a la vez, como defendiéndose de un ataque—. No se me ocurrirá molestarte una próxima vez.

—Más te vale. Sin conocerte, mira como me puse. No quieras saber lo que puede pasarte si me puteas ahora. —Acompañé la frase con un gesto amenazante y una sonrisa sincera.

Me miró fijamente a los ojos, desviando, por una milésima de segundo, su mirada hacia mis labios. El ambiente triste que se había creado entre nosotros a raíz de sus confesiones, parecía haber desaparecido, pero en su lugar, se instaló uno más difícil de explicar. Así como denso, cargado de *algo* que me erizó el vello de la piel.

—Anoche me acerqué a tu casa, pero no estabas. —Como agradecí el cambio de tema—. ¡No te estoy persiguiendo, eh! Que quede claro.

—No te preocupes, empiezo a fiarme de tus intenciones. —Le di un pequeño golpe con el codo, restándole importancia a todo, en general—. Fui con amigos del hotel al pub del pueblo.

—¿De verdad hay un pub en el pueblo? Joder, cada día me sorprendéis más.

—¡Qué gracioso eres! Y eso que no has probado los cócteles que preparan, sería motivo suficiente para quedarte a vivir aquí eternamente.

—Parece que los motivos se van sumando... —susurró.

—¿Cómo?

—Nada. Tonterías. —Decidí no insistir, aunque lo había escuchado perfectamente—. ¿Me llevas un día al pub del pueblo?

—Me lo pensaré —comenté interesante—. Por cierto, ¿para qué me buscabas?

—Me apetecía hablar contigo. Quería compartir contigo la excursión que hicimos por Napali Coast. ¿Has llegado a acostumbrarte a hacer ese viaje? Me pareció algo asombroso, algo...

—Mágico —dijimos los dos a la vez—. Si, la verdad es que sigo disfrutando como una niña. Es un paisaje de cuento.

—¡No podía parar de sonreír al sentir el aire en mi cara!

—Te entiendo. —Sonreí.

—¿Te han dicho alguna vez que estás preciosa cuando sonríes?

De nuevo el calorcito por mis orejas, subiendo sin control.

—Gracias —respondí—. No suelen decírmelo mucho.

—Entonces, lo repetiré las veces que haga falta. Sobre todo, si así consigo que no dejes de hacerlo.

Corazón latiendo a toda máquina. ¿Por qué tenía que decirme aquellas cosas? ¿Y por qué me había encantado escucharlo? Mi cabeza se debatía entre dos pensamientos: quedarme o marcharme. Gozar de aquello que Matt me ofrecía o huir antes de que fuera demasiado tarde. Acallé la voz de mi cabeza cambiando de tema.

—¿Qué parte de la excursión te pareció más sorprendente?

—¿Puedo decirte la verdad?

—¡Claro! Ya tenemos confianza, ¿no? ¡Parecemos amigos de toda la vida!

Matt miró hacia delante, hacia el horizonte, allí donde el cielo y el mar se juntaban, allí donde el más allá parecía existir. Teníamos todo un océano delante de nuestros ojos, éramos muy pequeños ante tanta inmensidad. Pero en cambio, yo no me sentía pequeña, me sentía enorme y dichosa, como el que sabe que tiene todo el mundo a sus pies. Matt carraspeó para así empezar a hablar, sin mirarme, dejando su vista perdida en el romper de las olas.

—El momento que más me sorprendió fue, como bien te dije en la nota, cuando nuestros ojos se cruzaron. Joder Camelia, sentí que no había nada más a nuestro alrededor, que estábamos solos en esa lancha, rodeados del agua más cristalina que he visto jamás. Lo sentí muy dentro, no sé bien como explicarlo, una sensación aquí. —Señaló su pecho—. ¿Sentiste algo parecido, o fue solo imaginación mía? Sé sincera, Cam.

Entonces, Matt se giró en mi dirección. Me miró a los ojos, sin miedo, con atrevimiento, atravesándome el alma. Y yo necesité mi tiempo para responder. La mirada de él seguía anclada en la mía, mientras mi mente no dejaba de pensar, o de parlotear más bien. No tenía claro si estaba preparada ni si podría afrontar la situación que estaba viviendo, pero por una vez estaba sintiendo cosas inexplicables, cosas que no creía que pudieran existir. Una pequeña sonrisa asomó en mis labios y, sin darme cuenta, las palabras surgieron solas, sin ayuda.

—También lo sentí.

Matt me acarició la mejilla con sus dedos cálidos, volviendo a poner mi vello de punta. Parecía que nos conocíamos desde pequeños, que llevábamos años tejiendo aquella relación, como una araña hilando su red para poder sentir más. Volvió a mirar hacia delante, supuse que por el miedo a lo que nos estaba pasando y aproveché para apoyar mi cabeza sobre su hombro, sin pensar. Estuvimos así mucho tiempo, sin hablar, perdidos en nuestros propios pensamientos y quizá compartiendo más de uno. ¿Era posible sentir tantas cosas en tan pocos días? Hacía tan solo cuatro días que lo conocía y lo que sentía, parecía crecer sin parar.

Nunca había creído en el amor, o al menos, no creía que yo pudiera vivirlo. Un flechazo, una amistad que se convierte en algo más, un juntos para siempre... Para mi solo habían sido tonterías,

cosas que la gente inventaba para justificar la constante necesidad de no estar solos. El amor existe, pero no es duradero, esa había sido mi manera de pensar hasta el momento y por más que quisiera, evitaba pensar que podía tener otra definición.

De repente me sobresalté. Y al levantar la vista, estaban sus ojos, mirándome con una sonrisa perfecta.

—Te has quedado dormida.

—Eso parece —contesté desperezándome—. ¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana. ¿Te acompaño a casa?

—Sí, vamos.

Lentamente, fuimos deshaciendo el camino que habíamos hecho para llegar a la playa. Andamos en silencio, uno al lado del otro, y no tuvimos que decirnos nada hasta llegar a la puerta de nuestra pequeña cabaña.

—Buenas noches, Camelia.

Mi nombre sonó tan dulce en sus labios que provocó que mi corazón diera un vuelco.

—Buenas noches, Matt.

Se acercó a mí y me dejó plantado un beso en la mejilla. Cuando ya se había dado la vuelta y se alejaba, un impulso me recorrió el cuerpo y dije:

—¿Nos vemos mañana después de comer?

Matt sonrió y contestó sin dudarle:

—¡Claro! Te espero aquí sobre las tres.

—¡Dios mío! ¿Qué hora es? —me pregunté a mi misma dando un gran sobresalto.

¡Mierda! Me había quedado dormida por primera vez en la historia y además, con el móvil en silencio. Me vestí lo más rápido que pude y salí pitando de casa. Por el camino, llamé a mi padre —aún sabiendo que estaría muy cabreado—, pero no me lo cogió. El servicio ya había empezado y lo había hecho sin mí, por primera vez.

Valoraba la puntualidad, mucho más de lo necesario, y llegar tarde era algo que nunca antes me había concedido. Pero ahí estaba, corriendo para llegar lo menos tarde posible. Entré en el restaurante por la puerta de la cocina y pregunté a Olina con un puchero:

—¿Mi padre está muy enfadado?

—Muchacha, no te preocupes. Un despiste lo tiene cualquiera.

—¿Eso es un sí?

—Ven aquí.

Sonreí al tiempo que me abría sus brazos. Respiré profundamente ese abrazo, tan reparador y tan necesario a la vez. La respuesta me había quedado clara. Sí, mi padre estaba enfadado y por un segundo, me sentí poco apta para gestionar lo que estaba pasando, pero las opciones que tenía eran más bien limitadas, así que con determinación, me adentré en el comedor dispuesta a enfrentarme a la situación, fuese cual fuera. Me puse a trabajar directamente, intentando evitar a mi padre —así pretendía enfrentarme—, para alargar, aunque fuera unos minutos, el encontronazo.

—¿Se puede saber que te ha pasado?

—Esto... Me he dormido papá. El despertador no ha sonado porque tenía el móvil... —dudé si seguir o no con mi excusa, en vista de que la cara de mi padre era todo un poema y no le interesaba lo más mínimo mi respuesta—, en silencio.

—Camelia, no nos podemos permitir estos errores. Estamos en esto juntos y tienes que responsabilizarte.

—Papá, es la primera vez que me pasa. No ha sido intencionado.

—¿Y crees que los clientes tienen alguna culpa de que tu no controles los horarios?

¡Zasca! Aquel comentario provocó mi enfado. Había cometido un error, un pequeño fallo, por lo que no merecía aquella actitud tan hostil. Era mayorcita para responsabilizarme de mis errores y no necesitaba ninguna bronca de ese estilo. Inhalé aire con calma y argumenté:

—Creo que estás siendo injusto conmigo. Será mejor que sigamos trabajando, ahora no quiero hablar de esto.

Lo dejé allí plantado, con la palabra en la boca y encendido como una moto. Me centré en mi trabajo: repuse las bandejas vacías, rellené las jarras de zumo, limpié mesas, atendí a clientes y no volví a dirigirle la palabra en toda la mañana. Yo ya me había perdonado a mi misma, por lo que no

iba a dejar que nadie me castigara por ello, aunque fuera mi padre.

Pasé la mañana haciendo múltiples recados. En el turno de mediodía, mi padre y yo nos evitamos y, tan pronto como pude, escapé. Solo deseaba llegar a una hora razonable a mi casa para poder cambiarme de ropa antes de ver a Matt. Era cierto que estaban siendo unos días muy estresantes en el hotel y el tiempo que me dedicaba a mi misma y, de rebote, le dedicaba a Matt —o quizá era al revés, no quise planteármelo demasiado— me estaba gustando más de lo que hubiera podido suponer en un principio. Enseñar la isla a alguien, explicar las costumbres de los hogareños, descubrir nuevos rincones; todo el conjunto me hacía sentir bien. Evidentemente, que Matt fuera así: tan simpático, tan cercano y tan real, era un plus en la ecuación.

Una vez en casa y después de haberme dado una ducha necesaria —ya que por la mañana no había tenido tiempo— me vestí con tranquilidad. Elegí un conjunto cómodo y sencillo, teniendo en cuenta que había pensado en llevar a Matt a dar una vuelta por la isla.

De repente, noté unos pequeños toques en la puerta.

No quería, pero me emocioné. Di pequeños saltos de emoción para destensarme y así poder abrir la puerta tranquilamente, mostrando todo lo contrario a lo que realmente sentía. Al abrir, me topé directamente con un gesto seductor, con unos dientes perfectamente blancos y alineados, y con unos labios totalmente apetecibles. Y queda decir que esa sonrisa iba dirigida a mí, solamente a mí.

—Hola —dije. Fue la única palabra que me salió, acompañada de una gran sonrisa.

—Hola —respondió él, sin quitar esa estúpida sonrisa de sus labios.

También me sentía así, estúpida. Vulnerable, ridícula y a la vez, enorme y excepcional. Una mezcla de sensaciones que me llevaban a la más grande excitación para dejarme caer sin previo aviso. La montaña rusa en la que se había convertido mi existencia, estaba dando un giro total a mis días.

Dejé de lado todos aquellos pensamientos y me dispuse a tener una tarde genial junto a Matt, al que parecía hacerle verdadera ilusión aquella cita.

—¿Preparado?

—¿Dónde me vas a llevar? —Me miró expectante, dejando que yo hiciera el amago de decírselo o no, aunque decidió seguir hablando—. No, no. Mejor no me lo digas. ¡Sorpréndeme! No me importa dónde vayamos, estoy seguro de que cualquier rincón de esta isla puede hacerme flipar.

—¡Uf, qué bien! Porque pensaba llevarte al centro comercial que hay cerca de aquí.

—¿Estás graciosa hoy?

—¡Eso parece! ¡Vamos, en marcha!

Cogí la mochila que tenía encima de la mesa y cerré la puerta con llave. Rodeamos mi humilde morada y fuimos en dirección a mi preciosa moto. Era una vespa, blanca, que recibí como regalo en mi decimoctavo cumpleaños.

—¡No me jodas! —soltó Matt al ver hacia dónde nos dirigiáramos—. ¡Dios, me encanta!

—¿El qué? ¿La moto? ¿Nunca habías visto una? —volví al ataque con el humor fácil—. Joder, pensé que allí en Vancouver también había...

—¿Vas a estar así toda la tarde? Lo digo para ir cogiendo mi libro de chistes e igualarte en *graciosismo*. —rebatí con un golpe amistoso en el brazo y lo invité a subir.

—Espera un momento. ¿Y el casco?

—¡Qué legal que eres! Ahora mismo te lo traigo.

Me acerqué al pequeño cobertizo que había detrás de mi casa y cogí dos cascos de allí. En contadas ocasiones había llevado a alguien a bordo de mi moto, pero menos aún lo había hecho con alguien que me vibrara tanto. Mientras me acercaba a él, me fijé en su rostro y brillaba. Ojos

vidriosos, sonrisa ancha y permanente, semblante apacible. Agradecí no ser un mero espectador.

Una vez estuve delante de él, le ofrecí el casco y me colocó el mío. Me había dejado el pelo suelto expresamente, sabiendo que con el casco era lo más cómodo.

—¿Preparado?

—Nací preparado, muñeca —arrastró las palabras de sus labios en un tono grave y exagerado, haciéndome reír a carcajadas.

Pocas veces salía del hotel a media tarde. Acostumbraba a hacerlo por las noches, justo cuando mi turno acababa y era libre para ir al pub a tomar unos cócteles con los demás. Me di cuenta, sobre todo, al atravesar el camino del hotel que llevaba hacia la salida. El sol, colándose entre las ramas de los árboles de eucalipto, dejaba una luz preciosa en el trozo de carretera que estábamos atravesando. Las hojas, con varios tonos verde gracias a los rayos que llegaban con distinta fuerza, ofrecían un gran espectáculo para la vista. Pude oír un suspiro de Matt, entendiendo que también estaba sintiendo la magia que allí se respiraba.

El contacto, en un primer momento, fue nulo. Pero poco a poco, fui notando como Matt se relajaba y sus manos iban directamente a sus rodillas, cada vez más cerca de mi cuerpo. ¿Deseaba que me cogiera? ¡Por supuesto!

Únicamente había una carretera principal que daba acceso a todas las partes de la isla, pero incluso así, el tráfico era ligero. Nos dirigíamos hacia Keàlia Beach. Esa playa de Kauai era conocida por sus condiciones ideales para hacer surf, debido a que el viento soplaba vehemente en esa zona de la isla, las olas eran constantes y lo suficientemente grandes para poder surfear en ellas. Además, gracias a su largo tramo, invitaba a los locales a pasear por la arena junto a sus perros, a disfrutar de un día de sol e incluso, a practicar deportes en las zonas cercanas como senderismo o rutas en bicicleta. En invierno, también había la posibilidad de avistar ballenas cerca de la orilla. Vamos, un auténtico paraíso.

Matt, después de un rato de viaje, ya se había relajado por completo y descansaba sus manos en sus rodillas, tocando con sus pulgares mis muslos, los cuales acariciaba disimuladamente con sus dedos. A lo lejos, se veía la playa en su extensión. Escuché a Matt decir:

—Flipante.

—¿Te lo parece? —pregunté deseando volver a oír su voz.

—Totalmente.

Aparcamos en la zona de tierra, dónde había, sobre todo, furgonetas aparcadas en dirección al mar. Jóvenes y no tan jóvenes, preparaban sus tablas para ir a cazar algunas olas, mientras que otros aparcaban sus bicicletas para ir a pasear un rato por la orilla. Guardamos los cascos en la moto y emprendimos camino.

—¿Sueles venir mucho a esta playa?

—Normalmente tengo poco tiempo para salir del hotel, pero sí. Es una de las playas que visito con más frecuencia. A veces, simplemente me siento aquí mirando al mar y observo a la gente que va pasando. Me da un poquito de paz.

—Es una playa muy bonita. —Hubo un rato de silencio—. ¿Haces surf? Dime que sí y que estás deseando enseñarme.

¡Qué sencillo era Matt! Transparente, natural, cercano...

—La verdad es que... —dejé unos segundos de espera, para crear expectación— sí. Y no, no creo que tenga paciencia para enseñarte.

—¡Cam! Por favor, dime que vendremos uno de estos días a hacer un poco de surf, o al menos, a meternos en el agua con una tabla.

—Me lo pensaré. ¿Te sirve?

—¡Está bien! Pero que sepas que me harías feliz por unas horas.

—¿Con eso te contentas? ¡Qué fácil!

—Necesito poco para tocar el cielo con las manos...

De repente, noté como Matt se agachaba y en un movimiento rápido me cogió en volandas dejándome colgando sobre su hombro.

—¿Pero se puede saber que estás haciendo?! —grité sin control.

Casi podía sentir la enorme sonrisa que Matt me estaba dedicando, aunque en ese instante tuviera pocas ganas de tonterías.

—¡Bájame! ¡¿Qué haces?! —

—Estoy poniendo a prueba tu paciencia. Acababas de decirme que no tienes demasiada y yo soy una persona empírica, necesito comprobar las cosas por mi mismo.

—Vale, genial. Ya has hecho la gracia. ¡Ahora ya puedes bajarme! —Intenté sonar calmada, pero teniendo en cuenta que la sangre me estaba subiendo a la cabeza, se me hizo un poco complicado.

—Uy Camelia, veo que en situaciones un poco extremas no transmites mucha tranquilidad.

—¿Situaciones extremas? ¡Ya te daré yo a ti situaciones extremas! ¡Bájame de aquí!

—Estás preciosa cuando te enfadas. ¿Te lo habían dicho alguna vez? Además, me acabo de dar cuenta de que eres un peso pluma. —La sonrisa de suficiencia quedó reflejada en su rostro.

—Mira señor Machote que va de listo porque cree que puede vapulearme de esta manera, te la devolveré. Estate atento, porque te la devolveré. Cuando menos te lo esperes, estaré al acecho, preparada para vengarme de ti.

—Ja, ja, ja. Definitivamente, podríamos decir que la paciencia no es uno de tus atributos. En cambio, se me ocurren un par de razones que sí que lo son...

—¡Serás...! ¡Suéltame! ¡Ya!

—¡Pero si hablaba de tus ojos! —Matt no podía parar de reír, estaba disfrutando viéndome en ese estado—. Está bien gruñona, estoy deseando ver el nivel de tu venganza.

Me bajó de sus hombros y me planté delante de él, con cara de pocos amigos —evidentemente, interpretando un papel— dispuesta a seguir con mi deseo de venganza.

—¿Debería estar asustado? —vaciló Matt antes de dejarme hablar.

¡Dios! La rabia que recorrió mi cuerpo fue casi imposible de contener, tuve que luchar para no convertirla en una patada en sus partes más escondidas. Respiré hondo para que mi mensaje saliera limpio, sin filtros y que tuviera claro que sí, que se la devolvería. No pensaba olvidarme.

—Solamente te voy a decir una cosa: la venganza, se sirve en un plato frío.

Matt sonrió y acercó su rostro al mío. La diferencia de altura era más que evidente, más de veinte centímetros nos separaban, pero no me achantó. De repente y, para mi sorpresa, me plantó un beso en la mejilla y salió corriendo por la arena, buscando así que corriera tras él. ¡La madre que lo parió! No pude evitar hacerlo, correr detrás de él, riendo a carcajadas y siguiéndole el juego. Con el tiempo, el recuerdo sigue intacto en mi memoria, tan bonito como realmente fue.

Después de la carrera y de respirar hondo para volver a recuperar el aliento, paseamos y nos sentamos en la orilla. En el tiempo que pasamos allí, hablamos muchísimo de todo. De cómo había sido la infancia de Matt y de cómo había sido la mía, del trabajo, de mi madre... Y llegó el tema que, sin querer, llevaba ya un rato esperando.

—Allí, en Vancouver, todo va a otro ritmo. Todo es trabajo, o al menos, lo es en el ámbito en el que nos movemos. De una manera u otra, todo tiene relación con las empresas de mi padre y, desde que he llegado aquí, no para de repetirse en mi cabeza la idea de que me estoy equivocando, de que

no estoy viviendo mi propia vida. Evidentemente, esta sensación ya ha venido a visitarme más de una vez, pero me siento dentro de una marea que me empuja y que no me permite parar a pensar ni un segundo. Reuniones, exigencias, números, ganancias. Es una rueda sin freno. Cuando estoy dentro de la agitación, en el día a día, no me planteo nada. Actúo, hago, como, duermo. Pero todo sin ser consciente de ello. Y sin darme cuenta, aquí he terminado.

—A tu luna de miel.

—Sí.

—La verdad es que no acabo de entenderlo.

—Déjame que te lo explique —se acomodó en la arena, girándose levemente para quedar frente a mí. Se acercó, juntando nuestras piernas y permitiendo así un contacto físico entre nosotros. Lo agradecí—. Conozco a Bárbara desde que éramos pequeños. Nuestros padres comparten algunos negocios, veraneamos juntos todos los años en el mismo lugar, por lo que siempre ha formado parte de mi vida. Sé cómo es y sé cuáles son sus propósitos. No quiero desvalorizarlos, no tengo derecho. Pero cada vez tengo más claro que no son los míos y que no quiero que lo sean, aunque quizá me esté dando cuenta demasiado tarde. La cosa es que siempre se ha deducido que ella y yo acabaríamos juntos, que nos casaríamos y tendríamos hijos y que sería la vida perfecta que hemos soñado. Lujo, dinero, reconocimiento. Tener todo lo que queramos. Siempre hemos hecho lo que hemos querido. Pero como decía Jean-Paul Sartre <<Felicidad no es hacer lo que uno quiere, sino querer lo que uno hace>>.

—¿Y tú, quieres lo que haces Matt?

—No, creo que no. ¡Dios! ¡Qué complicado! Creía que sí, que lo tenía todo, pero estos días todo se está viniendo abajo. Voy viendo la claridad y eso pone aún más piedras en mi camino.

Acercó su mano a la mía y acarició mis dedos, uno a uno, suavemente.

—¿Qué piensas? ¿Es una locura todo lo que te estoy contando? —preguntó. ¡Yo que sé! Distaba tanto de mi manera de ver el mundo, que su historia se me escapaba de entre los dedos.

—Matt, la verdad es que me cuesta entenderte. Me pongo en tu lugar y entiendo lo que me estás diciendo, pero a la vez, no sé cómo has sido capaz de llegar tan lejos en algo en lo que no crees. ¿Hasta ahora no te has planteado que necesitabas para ser feliz?

—Joder, no he tenido demasiado tiempo que digamos. Mi familia empujaba y yo seguía la corriente. Y quizá también me daba pánico planteármelo.

—Sinceramente, me parece una actitud cobarde. Dejar que la vida te arrastre, sin mojarte ni tomar decisiones, resignarte a vivir y a hacer lo que los demás quieren para ti.

—Tienes toda la razón. ¿Duele darse cuenta, sabes? Desde que llegué aquí, estoy enfadado conmigo mismo. Me doy cuenta de que no he vivido, no he tomado ni una sola decisión y, aquí estoy, queriendo empezar a vivir con las manos atadas.

—Ahora entiendo cuando dices que tu vida es enrevesada. ¡Joder, si lo es! ¡Con lo simple que es la mía! —Intenté destensar el ambiente, así Matt podría relajarse un poco—. Lo que quiero decir es que, supongo que todo el mundo tiene quejas de su vida y se da cuenta de que ha estado haciendo cosas que no quería, únicamente por contentar a los demás. Por ejemplo, aquellas parejas que se casan o tienen hijos, porque todo el mundo a su alrededor lo está haciendo. Porque la edad, la sociedad, la familia aprieta. Pero lo cierto es que no tiene ningún sentido seguir los consejos ajenos, sobre todo cuando no creemos en ellos, porque de esta manera nos perdemos a nosotros mismos.

—Hace tiempo que me perdí.

—Pues encuéntrate. Estás a tiempo de ser quien quieres ser. ¿Es complicado? ¡Sí, claro que sí! Pero solo vivimos una vez y debemos ser fieles a nosotros mismos. ¿Te has equivocado? Pues

arréglalo. Lucha por ti y empieza a tomar decisiones de una vez.

Me nacía la pasión cuando tenía que animar a alguien. Creía a pies juntillas en mis palabras, aunque yo fuera la primera que evitaba enfrentarme a mis miedos. Matt estaba siendo sincero, se estaba abriendo en canal, sin miedo a contarme lo que sentía, demostrándome que era un auténtico cobarde. Y yo, solo veía luz en él, un sinfín de oportunidades que se abría ante sus ojos y que no era capaz de ver.

—Gracias Cam. Gracias por tus palabras, por escucharme, por traerme aquí, por estar ayudándome a abrir los ojos, por dejarme volver a sentir...

Volver a sentir. Las últimas tres palabras calaron bien hondo en mí. ¿Sentir? ¿A qué sentir se refería? Seguro que era la isla, que podía transformarlo todo. O quizá yo tenía algo que ver. No lo sabía a ciencia cierta, pero el destino se encargaría de mostrármelo.

—¿Tú tienes todo lo que quieres?

—No, claro que no. Y de hecho, tenemos algo en común. Mi miedo no me permite soñar tan alto como me gustaría. Intento sentirme satisfecha la mayor parte del tiempo: con los pequeños detalles que me regala el día a día, que me ofrece esta isla y todos los que habitan en ella y, por supuesto, buscando la satisfacción que yo misma puedo ofrecerme.

Dejándonos llevar, nos abrazamos, como dos amigos que se reencuentran después de muchos años, con confianza y seguridad. Con amor. Sentados en la arena, nuestras piernas intercaladas, mis brazos rodeando su cuello y él con los suyos bien atados a mi cintura. Sentimos la energía que generaban nuestros cuerpos, no había duda de que algo estaba naciendo. Yo lo sabía y él también lo supo, como me enteré después. Aspiré su aroma, dejando que embriagara todos mis sentidos y, desde entonces, ese olor se convirtió en uno de mis favoritos. Lo oí suspirar y aguanté mi propio suspiro. Todavía no estaba preparada para dar todo de mí, pero tampoco tenía ningún sentido hacer caso omiso. ¿Cuánto duró? Quizá un minuto o quizá veinte, pero nos dio tiempo suficiente para cargar pilas y seguir con nuestros problemas, con una pequeña mota de esperanza anidando en nuestros corazones.

Nos separamos y lo miré con una sonrisa cómplice, como quien sabe que comparte un secreto. Saqué el móvil para mirar la hora, porque mucho me temía que había llegado el momento de volver.

—No me jodas, ¿ya? —preguntó Matt con un poco de tristeza en su voz.

—Si. Pero antes, me gustaría llevarte a una hamburguesería que hay muy cerca de aquí. ¿Te apetece? Sé que tienes cena en el hotel y que quizá...

—Me encantaría ir —me interrumpió.

—¡Genial!

Al levantarnos, Matt me cogió de la mano acompañando el gesto con una sonrisa. Me dejé, por supuesto que lo hice. Matt no dejaba de sorprenderme a cada segundo que pasaba y cuánto más lo conocía, más ratos quería pasar con él.

Cogimos la moto y en menos de cinco minutos ya estábamos allí. El local, por así decirlo, era una pequeña caseta de paredes completamente rojas, con los bordes en blanco. Tenía un pequeño porche que les resguardaba del sol y el correspondiente rótulo con el nombre de negocio Duane's Ono-Char-Burger. Justo al lado de la ventana dónde debías hacer el pedido, estaba el cartel con las diferentes opciones: hamburguesas, sandwiches y demás. Cerca de la caseta, había unas mesas tipo pícnic, de piedra, situadas bajo árboles de hala, provocando un ambiente íntimo.

—¡Ya hemos llegado! —dije al parar la moto justo delante del local.

—¿Aquí? ¡Pero si es un chiringuito!

—¿Qué esperabas? ¿Una hamburguesería de cinco estrellas? Créeme cuando te digo que es la

mejor hamburguesa que probarás jamás. Me lo agradecerás, estoy segura. —Le guiñé un ojo y nos acercamos al local.

—Aquí tienes el menú —señalé al lado de la ventanita, dónde en letras grandes y de colores, estaba escrito—, cualquier opción será sorprendente.

—Déjame pensar. ¿Tú ya lo sabes?

—Sí, acostumbro a pedir la opción vegetariana.

—¿No comes carne?

—No, hace algún tiempo que dejé de hacerlo. Me parece algo coherente con mi manera de pensar.

Con una sonrisa sentí su aprobación. No es que la necesitara, por supuesto que no, pero me gustó que no añadiera nada más. Pedimos las hamburguesas y nos acercamos a las mesas de pícnic. Su primer bocado lo puso en evidencia.

—Brutal —aseguró con la boca llena.

Matt estaba disfrutando de la hamburguesa más de lo que yo misma podía llegar a concebir. Parecía un niño delante de un nuevo juguete. Estaba contento y, toda la alegría que sentía, la expresaba con su mirada.

—¿Te gusta entonces? —pregunté, a sabiendas de la respuesta.

—¡Está buenísima! No me hubiera imaginado que en un local así pudieran hacer estas hamburguesas. ¡Es tan auténtico!

—¡Lo es! Me encanta venir aquí. Es mi pequeño secreto.

—Agradezco entonces que hayas decidido compartirlo conmigo. Cada día que pasa, me enamoro un poquito más de esta isla.

Agradecí sus palabras. No dije nada, porque no hacía falta. Él sabía que lo entendía. Aquella isla, mi isla, era única. Su esencia era extraordinaria y Matt la sintió desde el primer instante.

El silencio nos acompañó mientras terminábamos de cenar.

—¿Me dejas llevarla a mí? —comentó Matt mientras nos colocábamos los cascos.

—¿Sabes el camino?

—No, pero para eso estas tú, para guiarme.

Primero subió Matt y luego me acomodé yo. Nuestra pausa en la playa nos había unido, así que no dudé en cogerme a su cintura con fuerza. A través de sus brazos y de su cercanía, podía notar su calor y su olor, el cual aspiré repetidamente durante el tiempo que duró el viaje hasta el hotel, para retenerlo y guardarme un poquito para mí. A medida que lo iba conociendo, lo veía más suelto, más libre, más él, supuse. Y sin querer noté, a través de aquellas pequeñas vivencias, que podría acostumbrarme a él. Y aunque para algunas cosas era muy decidida, en ese caso me asusté.

¿Alguna vez os ha pasado que, de repente, todo aquello que creíais que era lo correcto, se convierte justamente en lo opuesto? ¿Habéis pensado que quizá os habéis equivocado de camino? ¿Incluso, de lugar en el mundo?

Así me estaba sintiendo yo. Cada día que pasaba, todo empezaba a parecer más real, más certero y, a la vez, más erróneo. Y por supuesto que podría haber parado, podría haber vuelto a la realidad, podría haber pisado con los dos pies en el suelo, pero no quería hacerlo. ¡Quería vivir! Por primera vez en mis treinta años, sentía que lo estaba haciendo y joder, que gran sensación. Andar por nuevos caminos, ¡crearlos yo mismo!

Desde pequeño, había seguido los pasos que mi padre marcaba para mí. Todo, absolutamente todo. Y claro que pensaréis que soy estúpido, pero ¿tenía otra alternativa? Seguramente la tuve, pero el miedo me paralizó, en vez de ayudarme a descubrir que era lo que realmente quería. Sinceramente, mi vida era fácil, sencilla. ¿Por qué motivo querría complicármela? Mi respuesta cogía fuerza. Porque lo que estaba viviendo era lo más real que había vivido nunca, lo más sorprendente que me había pasado hasta el momento.

Sinceramente, no he sido un hombre enamorado, al contrario. Nunca me había planteado el amor como tal. Para mí no podía existir, solamente había dinero y éxito. ¿Mujeres? A patadas, pero ya os podéis imaginar con qué objetivos. Si, seguramente puedo parecer frío, cínico y sin sentimientos, pero cuando has mamado esta realidad desde pequeño, es difícil escoger otro camino. Hasta que la conocí a ella hace cinco días. Cinco putos días en los que lo único que podía hacer era pensar en ella y en esa fantástica isla.

Lejos de todo, mi verdad tenía otro color. Entre cocos y arena, me veía capaz de cometer locuras, de romper con cada una de las cosas que tenía en Vancouver y, evidentemente, me sentía con fuerza de romper con la pantomima que teníamos Babe y yo. Dios, me sentía tan estúpido, tan iluso... Creía en mi vida, porque no estaba calificado para pensar más allá, pero en ese instante, estaba planteándome mi entera puta existencia. Y todo por esos ojos verdes que me volvieron loco desde que los vi.

Ella era... ¿Cómo decirlo? Distinta a todo lo demás, a todas las chicas que había conocido hasta el momento. Su piel era pálida, suave y lisa. Sus ojos verdes me parecían de otro mundo: profundos, sinceros, reales. Sus labios, pensaba en ellos a todas horas, apetecibles a niveles que ni yo mismo podía imaginar. Era menuda con un cuerpo espectacular y me volvía loco. Pero lo que más brillaba era su carácter, su manera de afrontar los obstáculos y, sin duda, su forma de sonreír. ¡Resplandecía! ¿Era eso posible? A mi parecer, Camelia tenía luz propia. Al menos, parecía estar iluminando cada día para mí.

Pero las circunstancias no eran para nada tan perfectas como quería que fueran. ¡Estaba casado! Recién casado, para ser más exacto. Claro que no a efectos prácticos, solo era una mierda de papel

para contentar a mi padre y así poder ser el dueño de la empresa, pero ¿seguía teniendo sentido para mí? Porque pensándolo profundamente, me parecía una de las mayores gilipolleces que había cometido. Pero si no lo hubiera hecho, si no me hubiera casado con Bárbara, nuestros caminos no se hubieran cruzado. ¡Dios, que complicado era!

Había dudado mucho antes de proponerle nada. La lógica en mi cabeza iba y venía sin control, pero la duda estaba bien instalada. ¿Era una locura? Quizá, pero solo si le buscabas los tres pies al gato. Chico conoce a chica y le apetece que le haga de guía. No sonaba mal, al menos no en la superficie. Jamás me había visto en la tesitura de pedirle nada a nadie, puesto que estaba acostumbrado a que todo fluyera, sobre todo cuando se trataba de mujeres. Pero lo que estaba viviendo no se asemejaba nada. Tenía la sensación de estar descubriendo por primera vez alguna cosa, pero no tenía claro el qué. Me dije a mí mismo —y me repetí varias veces— que aprovecharía la oportunidad de evadirme de todo lo que llenaba mi cabeza. Me centraría en descubrir la isla y, de paso, descubriría a Camelia, una mujer totalmente distinta a todas las que había conocido.

Cuando llegamos a su casa, apagué la moto, pero me quedé un rato en silencio. Había sido una tarde alucinante y estaba seguro de que los dos éramos conscientes de lo que crecía entre nosotros. Desperté de mi ensoñación cuando ella se apeó, provocándome a hacer lo mismo. Con lentitud, me saqué el casco.

—Gracias por esta tarde, Camelia —sentía la constante necesidad de agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí. Necesitaba soltar las palabras de mi boca, para hacerlas reales—. De verdad.

—Gracias a ti —sonreí y ella me devolvió la sonrisa, muriendo un poquito, porque me hacía sentir tanto que me daba miedo averiguarlo—. De verdad —contestó haciendo un guiño a mi aclaración.

—¿Vas bien de tiempo?

—Algo justa, pero sí.

—¿Nos vemos mañana?

—¿Mañana? ¿Es sábado, verdad? —asentí—. Es la noche griega. ¿Has visto los carteles?

—Sí, me ha parecido verlo. ¿De qué va?

—Hay cena y espectáculo, todo inspirado en la Grecia antigua. Eso quiere decir que tengo muchísimo trabajo, pero quizá por la noche, después de la cena y del espectáculo, tendré libre seguramente. No sé, aunque quizá no te apetece, porque será muy tarde —terminó por sonrojarse un poco.

—Me parece un plan perfecto. Quizá durante el día alquilo un coche y me voy por ahí a conocer la isla, pero por la noche te aseguro que estaré ahí, deseando que termine... —¡Culpable!

—De acuerdo —se ruborizó, desarmándose por completo.

—De acuerdo.

Me acerqué a su mejilla y, despacio, le di un beso que me supo a poco, pero que calmó las cosquillas de mis labios.

—Hasta mañana, Cam.

—Hasta mañana, Matt.

Me fui de allí con una sonrisa enorme de oreja a oreja. ¡Me sentía radiante, pletórico! ¡Podía comerme el mundo! Me fui a pasear por la playa, porque no me apetecía ir a la habitación del hotel y tener que ver a Babe. Esperaría un poco más y así, con suerte, estaría en la piscina o por ahí. Me llevaba bien con ella, nos conocíamos desde pequeños, pero últimamente me costaba más pasar tiempo a su lado, considerando que ella era la que me devolvía a mi cruda existencia.

Cuando decidí volver, me crucé con uno de los trabajadores del hotel que apareció por sorpresa, muy cerca de mi habitación.

—Buenas tardes, Señor Cox.

No reaccioné a tiempo para devolverle el saludo, me pilló desprevenido. La mirada que me dedicó, me pareció un poco forzada, poco natural, pero no le di más importancia que esa. Abrí la habitación y me encontré a Bárbara estirada en la cama, desnuda y satisfecha. Al verme, se tapó rápidamente. ¡Mierda! Mi mente ya había deducido lo que acababa de pasar.

—Joder Babe, ¿Aquí? ¿No tenías otro sitio? —Mi voz sonó cansada.

Normalmente, nos entendíamos, pero ella se ofendía con rapidez y atacaba sin piedad.

—¡Y a ti que más te da! Total, te pasas el día fuera. Déjame que disfrute con lo que me de la gana.

—A mí me parece genial que disfrutes, pero utiliza otro puto sitio. No es necesario que en mi propia habitación tenga que comerme el puñetero olor a sexo.

—Utilizo el sitio que me apetece, como acabas de comprobar —expresó con sorna—. No me vengas ahora con tonterías, estoy segura de que ya te habrás tirado a la mitad de la isla.

—Veo que tienes el día tonto. Mejor me voy al sofá a ver la tele un rato. Si puede ser, llama para que cambien las sábanas, no me apetece tener que oler la mierda de otro.

—Vete a la mierda, Matt. Hay días que eres insoportable.

Me fui al sofá, encendí la tele y puse el volumen lo suficientemente alto para evitar oír mis propios pensamientos. ¿En qué momento se nos había ido de las manos? Éramos dos personas que habían antepuesto el éxito a su propia felicidad, ¿no era así? Aunque sinceramente, yo veía que Babe sí que se sentía satisfecha, incluso teniendo que compartir parte de sus días conmigo. Definitivamente, era yo el que me estaba equivocando. Sentía que mi cabeza iba a explotar y lo sentía de manera literal, tantos nuevos pensamientos me estaban volviendo loco.

Me estiré en el sofá, con las manos bajo la cabeza, mirando al techo. Cuando me dijeron que veníamos a esta isla de luna de miel —ni yo mismo decidí el destino— no pensé que me encontraría con esto. Durante los últimos meses, mi padre me pedía que cogiera las riendas de la cadena de hoteles que regentaba, incluso insistía, en vista de que él empezaba a estar cansado de llevar el ritmo que la empresa exigía. Se daba por supuesto que yo, su primogénito, tenía que ser el que relevara a mi padre en su puesto. Y yo, ni me lo planteé. ¿Quería hacerlo? Ese pensamiento era la primera vez que irrumpía en mí con fuerza, era lo que se suponía y por tanto, ni lo pensé. Además, me hacía cierta gracia adquirir ese poder que con tanto esfuerzo había conseguido mi padre, deseaba el respeto de los demás y la sensación de ver a todo el mundo por debajo de mi hombro. ¡Menudo idiota!

Por ese motivo, tres meses atrás, mi padre me propuso ir a comer juntos. Normalmente, cenábamos los viernes en casa de mis padres, junto a mi madre y mi hermana. Era como una especie de ritual de familia que habíamos adquirido años atrás. Por eso, la propuesta, me pareció de lo más extraña. ¿Querría hablar de trabajo? Podríamos haber hablado en el despacho, teniendo en cuenta que desde hacía varios años compartíamos uno, pero no fue así. Sin tener ni la menor idea de que quería hablarme, me personifiqué en el Milestones, el restaurante dónde habíamos quedado. Decidí ir andando, puesto que aquella mañana había decidido trabajar desde casa y me quedaba relativamente cerca. Entré en el local y busqué a mi padre entre las mesas.

El local era de lo más acogedor, con los detalles muy bien cuidados. Era moderno, combinando paredes rojas con tonos más oscuros de gris y negro. La iluminación era tenue gracias a las pocas lámparas que colgaban del techo y el ambiente era sosegado. Estaba frecuentado por personas de todo tipo: jóvenes, más mayores, incluso familias con niños, ya que la comida era adaptable a todos

los gustos. A lo lejos, vi a mi padre en una mesa retirada del bullicio, sentado en un pequeño sofá de tonos grises.

—¡Aquí estás! —pronunció mi padre con una sonrisa. Era un hombre estricto, pero su amor hacia nosotros nunca lo había ocultado.

—Hola papá.

—Voy a pedir tu bebida mientras te miras la carta. ¿Una cerveza? —asentí.

Tardó unos minutos, en los que supuse que había ido al baño, o quizá a fumarse un cigarrillo. Levantó una mano atrayendo la mirada del camarero, el cual vino rápidamente a tomarnos nota.

—¿Como estas hijo? Hoy no te has pasado por la oficina. —El comentario no sonó como reproche, simplemente estaba mostrando interés.

—No, la verdad es que ayer llegué algo tarde y he decidido quedarme en casa trabajando.

—Lo supuse. ¿Estuviste de fiesta, o qué?

—Bueno, fui a tomar algo con los colegas y en fin... ¡Qué te voy a contar! —Mis palabras provocaron en nosotros una risa cómplice. En temas banales, me sentía a gusto hablando con mi padre, dado que él en su juventud también fue un vividor, pero no podíamos pasar a temas más trascendentales, porque entonces la tensión cogía protagonismo.

—Te entiendo hijo. De todas maneras, quizá ya es hora de que empieces a sentar la cabeza, ¿no crees? Estás a punto de cumplir los treinta, debes empezar a pensar en tu futuro.

—¿Mi futuro? ¿A qué te refieres? —No entendía a dónde quería ir a parar.

—Creo que ya es hora de que empieces a coger más responsabilidades en la empresa, estoy pensando en retirarme.

—¡Qué dices papá! Si aún eres joven, te quedan muchos años para dar guerra. —Mi comentario ayudó a destensar un poco el ambiente cargado que se había creado.

—Matthew, hablo en serio. Creo que es hora de que te vaya cediendo el mando, aprovechando que todavía estoy con fuerzas para hacer un buen traspaso. Además, he estado hablando con tu madre y nos apetecería viajar y gozar de una buena jubilación.

—Joder papá, la verdad es que no me esperaba esto. Pensé que sería algo que llegaría más tarde, que con el tiempo iría cogiendo más responsabilidades, pero no presentí que la idea era pasarme el mando directamente.

—Estás preparado. Te mueves con soltura en el ambiente de director general, no creo que tengas dificultades en adaptarte a todo lo demás.

—En fin, supongo que tienes razón. ¿Y Maddie? Ella quería coger algo más de responsabilidad, ¿has hablado con ella? Quizá podría encargarse de... —Mi padre me cortó, dejando claro que era él quien llevaba las riendas de la conversación.

—Matt, ya hablaremos de eso. Ya me encargaré de cambiar de cargo a Maddie, pero aún debe aprender más sobre el oficio.

—Papá, Maddie es muy competente. Puede llevar a cabo cualquier responsabilidad dentro de la empresa. Deberías empezar a confiar más en ella.

—Todo a su debido tiempo. —Era evidente que no quería hablar de mi hermana, lo estaba evitando—. Lo que quería decir, es que para poder cederte las riendas de la empresa, hay algo que deberíamos tener en cuenta.

—Te escucho.

—Eres uno de los solteros más codiciados de toda la ciudad, por eso toca hacer un paso al frente.

—No te sigo. —¿O no quería seguirle? ¿Qué coño estaba queriendo decir?

—Lo que te acabo de decir. Debes sentar la cabeza y la mejor manera de demostrarlo es casándote.

—¡Pero qué estás diciendo! Ja, ja, ja, no sospechaba que creyeras en esas gilipollecias. Soy perfectamente capaz de liderar la empresa sin tener a una mujer a mi lado, no necesito a nadie para hacerme valer.

—Entiendo. Pero entonces, debo decirte que todo continuará como hasta ahora, no puedo traspasarte mis bienes si tú no te sacrificas por la empresa. —Quiso atacar pretendiendo que así mordiera el anzuelo. ¿Lo consiguió?—. Pensé que eras más espabilado Matthew, me sorprendes. No estás tan preparado como yo creía.

¿Pero de qué hablaba? ¿Desde cuándo era necesario casarse para poder dirigir una empresa? Estaba seguro de el motivo no era más que una cuestión de imagen. Me ponía la miel en los labios y me la quitaba, había que joderse.

—Sinceramente, me has dejado sin habla, no sé qué decir. No me esperaba que fueras por estos derroteros, ni que le dieras tanta importancia a lo que la gente pueda decir.

—Matthew, hay ciertas cosas que deben seguir como siempre. Se da muchísimo más valor a un hombre casado que a un soltero fiestero como tú. No hay manera que pueda dejarte a cargo, si los demás no creen que estés preparado. ¿Entiendes eso?

—¿Qué pretendes? Que escoja a cualquier mujer y le pida que se case conmigo, ¿olvidándome de si hay amor o no? —dije más por su respuesta que por mi creencia sobre el amor.

—No seas iluso hijo, el amor está sobrevalorado.

—Joder papá. Me estoy quedando a cuadros contigo. ¿No te casaste con mamá por amor?

—El amor llegó después. Debíamos casarnos y así lo hicimos y, ya ves, no nos ha ido tan mal. El roce hace el cariño, por eso no debes preocuparte. De todas maneras, hay algo más que debo decirte.

—¿Más sorpresas? —dije con sarcasmo. Total, peor no podía ser.

—He estado hablando con John. —Se hizo un silencio un poco tenso—. Verás hijo, hemos considerado que como tú y Bárbara os conocéis desde hace tiempo, sería bueno para las empresas poder crear una unión que... —lo interrumpí, con un tono de voz quizá más elevado de lo que me hubiera gustado.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que tengo que casarme con Babe? —Cómo si tuviera un tic nervioso, empecé a pasarme las manos por el pelo, intentando asimilar lo que mi padre me estaba contando—. Lo siento papá, esto es demasiado. No puedo seguir escuchándote, al menos no por ahora. Necesito pensar.

—Tómate el tiempo que necesites. Bárbara ya está al tanto de la conversación que hemos tenido su padre y yo. Ella está de acuerdo.

—Genial. Me voy.

—¿No terminas tu comida?

—Se me ha cerrado el estómago.

Salí del restaurante con prisa, buscando un hilo de aire que pudiera devolverme mi cordura. Me parecía estar viviendo una película en blanco y negro, dónde los matrimonios estaban concertados desde el nacimiento. Me sentí inmovilizado, atado de pies y manos, y no vislumbraba ninguna solución factible al problema que mi padre había planteado, visto que todo el mundo parecía haber decidido por mí. Me acerqué a la playa a paso rápido y empecé a correr cerca de la orilla, intentando olvidar todos los pensamientos que me sobrevenían una y otra vez. Estaba reviviendo la conversación con mi padre y nada parecía tener sentido.

Me desperecé y miré mi reloj: las once y media. ¡Mierda! El restaurante ya estaba cerrado. Me

había quedado dormido en el sofá, con la tele encendida, después de recordar cómo había empezado todo. Me senté, estirando los músculos, los cuales se habían quedado contraídos de la mala postura que mi cuerpo había adquirido en esa posición. Me dirigí al lavabo, me lavé la cara y fui hacia la habitación, dónde cogí el pantalón que usaba como pijama. Me lo puse y decidí no estirarme en la cama —Babe y yo habíamos decidido compartirla— prefiriendo volver al sofá, respetando el espacio que en aquellos instantes más necesitaba.

Al estirarme de nuevo, volví a cerrar mis ojos, pero esta vez la última imagen que apareció fue la de Camelia.

Las noches temáticas provocaban un gran ajeteo entre los trabajadores del hotel; cada persona tenía su tarea asignada, debido a que nada debía quedar sin atender y eso provocaba que todo el mundo estuviera realmente ocupado. El ritmo era frenético, pero todos disfrutaban de la noche, clientes, trabajadores y yo, especialmente. A mi parecer, esas noches se convertían en experiencias sobrenaturales que te permitían transportarte lejos de aquel lugar, adentrándote en un mundo donde todo era posible. Sí, quizá exageraba, pero desde que tenía uso de razón, era uno de mis días favoritos. La cena del sábado por la noche —se realizaba en sábados alternos— se centraba, tanto la ambientación como la comida, en una cultura escogida minuciosamente, puesto que era un trabajo arduo tener que pensar en toda la organización, pensando hasta el más mínimo detalle.

Nos adentrábamos en Grecia. Los colores que predominaban eran el blanco y el dorado, creando un aura magnífica y llena de luz. La parte del comedor y del hall principal, donde se realizaba el espectáculo, estaba decorado con enredaderas ficticias y rosas rojas —teniendo en cuenta que según la mitología griega, la rosa era una flor de los Dioses nacida de una gota de sangre de Venus, la diosa del amor y la belleza—, además de flores de loto y hojas de laurel, creando una celestial atmósfera de naturaleza. Las columnas ya existentes en la estructura del hotel, se habían decorado con reproducciones de mosaicos representando héroes de la mitología griega, como Zeus, Poseidón y Ares, entre otros, dejando un gran espacio a reproducciones de Afrodita, aportando un toque de sensualidad a la composición. También se habían distribuido por todo el espacio ambientado jarrones y vasijas de cerámica, de tonos oscuros, los cuales revelaban detalles sobre la historia y la cultura de los antiguos griegos.

Además de la ambientación del espacio físico, los trabajadores y trabajadoras del hotel contábamos con disfraces ideales para la ocasión, proporcionando al cliente la posibilidad de adentrarse, más si cabe, en la representación. Todos nosotros íbamos ataviados con túnicas blancas de múltiples estilos, acompañando nuestro atuendo con complementos dorados. En mi caso, llevaba un vestido largo caído de color blanco, de líneas suaves y con un hombro descubierto, el cual complementé con un cinturón dorado a juego con mi diadema, representando las típicas hojas de laurel. También llevaba un collar rígido, dorado y liso, que a su vez, hacía juego con el montón de pulseras —también rígidas— que llevaba. Para representar mejor mi papel, decidí hacerme una trenza de espiga, de manera que cayera por el lado derecho de mi cuello. Todo esto lo acompañé con un maquillaje suave, excepto en los ojos, en los cuales me apliqué kohl, dándole así profundidad a mi mirada.

Antes de salir de casa, preparada para empezar la gran noche, decidí mirarme al espejo por última vez. Me veía bien y me sentía bien. Mis ojos brillaban, quizá por lo feliz que me hacía la noche griega o quizá por lo que me esperaba al terminar. Intenté dejar los nervios en la habitación, pues de lo contrario, se me haría eterna la noche. Salí con ímpetu y fuerza, con la garantía de que se

presentaba una velada singular.

La llegada al comedor estaba iluminada. Las antorchas recorrían el camino, haciendo más visible los pasos de cada transeúnte, guiándoles hacia su destino. La suave brisa que corría, permitía que la temperatura fuera ideal, perdiendo esa sensación de humedad que acostumbraba a estar presente. En el paseo, me encontré con algunos clientes que me saludaron contentos al pasar, ataviados con sus mejores galas para poder disfrutar de nuestra noche, haciéndola aún más especial. Entré por la puerta trasera, acercándome directamente a la cocina, me apetecía saludar a Olina antes de empezar con todo el trajín.

—¡Mi preciosa Camelia! ¿Cómo estás niña? —comentó ofreciéndome sus brazos para recibir un abrazo.

—¡Olina! Bien, ya sabes como me gustan estas fiestas. ¿Has visto a papá? —La pillé desprevenida, haciendo una mueca rara que no supe entender.

—Eh...No, no lo he visto —mencionó aclarándose la voz—. Debe de estar a punto de llegar.

Quise hacerme la despistada, pero la manera de actuar de Olina se me quedó grabada en la memoria.

—De acuerdo. Voy entrando al comedor para revisar que todo esté preparado para la apertura.

—¡Perfecto! Hasta luego.

Crucé la puerta que separaba la cocina del comedor y no pude más que quedarme fascinada por como había quedado la decoración. Hacía muchísimos meses que no nos adentrábamos en Grecia y hacerlo me llenó de ilusión. Mi padre fue el que me trajo de vuelta de mi ensoñación, recordándome los tres detalles que constantemente repetía: atención personalizada, sonrisa y cercanía.

—Claro papá —dije desde el humor, acostumbrada a escuchar de su boca cientos de veces la misma historia—. ¿Abrimos?

—¡Vamos a ello!

Nos pusimos manos a la obra, uno a cada lado de la puerta, saludando a cada uno de nuestros clientes. Junto a los demás miembros del personal, íbamos acomodando a nuestros invitados en las mesas, los cuales lucían grandes sonrisas, mostrando su agradecimiento y cercanía. Mientras volvía hacia la puerta para poder atender a los siguientes en entrar, pude fijarme en Bárbara y Matt, los cuales se acercaban a paso lento. Iban hablando entre ellos, pero justo al entrar, Bárbara se adelantó y se acercó a mi padre, dejando a Matt unos pasos por detrás. Me miró fijamente y me dedicó una sonrisa que por poco me hizo perder el equilibrio. ¿Podría acostumbrarme? Preferí no responderme. Iba especialmente guapo: camisa gris claro con las mangas remangadas, tejanos oscuros y deportivas sencillas de color blanco. Le sonreí, porque aunque hubiera intentado decirle algo, estoy segura de que tampoco me habrían brotado las palabras.

La cena pasó rápido; para nosotros por el gran trabajo que teníamos, para ellos por estar disfrutando. El salón dónde había empezado el espectáculo estaba lleno. Algunos de nuestros trabajadores habían preparado una obra de teatro relacionada con la noche temática y tenían a todos los clientes concentrados y entretenidos con la actuación, sentados en cómodas butacas y bebiendo cócteles de lo más ricos. Me adentré entre la muchedumbre y de manera disimulada, fui echando un vistazo a todas las personas allí congregadas. Mentiría si dijera que no lo estaba buscando a él, pero quise hacerme creer que estaba, simplemente, inspeccionando la zona.

Mis ojos se posaron sobre Bárbara, a la que vi rápidamente que charlaba animadamente con un grupo de personas que deduje que había conocido esa misma noche. También pude divisar como coqueteaba, de manera disimulada, con Roberto, el cual le seguía el juego de manera descarada, cosa que no me extrañó. <<¡Menuda situación!>> pensé. Pero lo que más me llamó la atención era de que

no había ni rastro de Matt. No lo veía por ningún lado, e incluso sin quererlo, la inquietud se instaló en mi cuerpo.

—Tss, tss, —oí de repente—, tss, tss.

Me giré buscando a un lado y a otro, dado que no encontraba el foco del sonido tan poco agradable. Volví a echar la vista hacia delante y el sonido se volvió a repetir, provocándome una ligera molestia. Me giré bruscamente, para encontrarme directamente con unos ojos grises que me miraban divertido. ¡La madre que lo parió! Me acerqué a él silenciosa, pasando entre los demás clientes.

—¿Se puede saber qué haces? —dije medio enfadada.

—Llamarte, ¿qué quieres que haga? —Puso los brazos arriba, disculpándose pero con actitud divertida—. ¡No me hacías caso!

—¡Oh, pobrecito! —espeté irónicamente—. La próxima vez, prueba a decir mi nombre, a ver si así funciona mejor.

—Está bien, está bien. Quería llamar tu atención y no se me ocurrió otra manera. Prometo que no lo volveré a hacer —exclamó Matt poniendo cara de niño bueno.

Me di cuenta de que esa conversación la estábamos teniendo a escondidas. Nos encontrábamos agazapados en una esquina, tapándonos de posibles miradas. No fui consciente de ello, hasta que él me agarró de la mano para arrastrarme por los pasillos que nos alejaban del salón.

—¿Dónde vamos? —dije siguiéndolo. Lo hubiera seguido hacia el fin del mundo, si me lo hubiera propuesto. ¡Así de fácil me venía arriba!

—No lo sé, pero salgamos de aquí.

Salimos por una de las puertas de emergencia del hotel, apareciendo en la parte de atrás de la entrada principal. Estaba bastante oscuro, excepto por algunas farolas que permitían ver dónde pisabas, iluminando así aquella parte tan escondida. Allí, justo delante de nosotros, había un camino de piedras que conducía directamente a una glorieta, una estructura circular en la que de pequeña me encantaba jugar. Estaba un poco elevada del suelo y estaba formada por columnas que sostenían un grueso techo de piedra, parecido a un panteón.

Cogidos de la mano, nos adentramos en la estructura mágica —o al menos, a mí siempre me lo había parecido— mirando a todos lados para comprobar que allí no había nadie. La intimidad del lugar se me antojaba excitante, los nervios me corrían por el cuerpo a toda velocidad y no había manera de controlarlo. Aún en nuestra soledad, a lo lejos, se oía el murmullo de la gente, los aplausos y la música que sonaba, y esa sensación me hizo sentir como si estuviera haciendo trampas, cómo si estuviera escondiéndome para que nadie me encontrara. Y en cierta manera, así era. Nos estábamos escondiendo, porque lo que hacíamos no estaba bien, al menos no socialmente.

—¿Qué hacemos aquí?

—¿Aquí, en este sitio? ¿O aquí, fuera de la fiesta? —contestó Matt. Sus ojos estaban iluminados, brillantes, se le veía radiante.

—Aquí fuera y en este lugar.

—Estaba aburrido y tenía ganas de verte, por eso pensé que podíamos salir de allí. Y aquí, en este sitio... Ni idea, no sabía ni que existía. —Me miró con desconcierto, como dudando—. ¿Estás bien? Pensé que... Debería haberte preguntado si querías salir, simplemente creí...

—¡Claro que estoy bien! —dije divertida—. Parece que estamos haciendo pellas... Aquí, escondidos, lejos de la fiesta. ¡Es emocionante! —dije contagiándole la risa.

—Ja, ja, ja, ¡me habías asustado! ¡A veces soy un poco impulsivo!

Verlo así, tan inocente y tan real, tan cercano, tan atento... En ocasiones, sentía que no podría

soportarlo. Sentía que era una auténtica locura y tanto mi corazón como mi mente, no podían evitar ilusionarse por una cosa que no tenía ningún sentido lógico. Intenté que no se me notara, que él no viera que estaba asustada, que me daba miedo sentir. No quería quitarle la sensación de paz que reflejaba cuando estaba a mi lado.

Tengo claro que la felicidad depende de uno mismo. No podemos ser felices en función de los demás, pero en aquellos instantes todo me parecía una mezcla de sensaciones y emociones sin sentido, sin control, sin consciencia.

—¡Cam! ¿Me oyes? —Su voz me transportó de nuevo al presente.

—¡Perdón! —me sonrojé—, estaba perdida en mis pensamientos.

—Te preguntaba si habías estado aquí alguna vez.

—¿Aquí? Millones de veces. Cuando era pequeña, me encantaba esconderme aquí. Como puedes comprobar se escucha la música perfectamente y eso me permitía bailar sin descanso. Venía aquí con Roberto, uno de mis compañeros, y nos pasábamos horas jugando sin parar.

—¡Qué divertido! ¿Quieres bailar? —preguntó, ofreciéndome la mano.

—¿Ahora?

—¡Ahora! Aprovechemos esta preciosa canción que está sonando.

Dudosa, me agarré a su mano y puse la otra sobre su hombro mientras él posaba la suya en mi cintura, acercándome más a él. Estábamos cerca, muy cerca, y me permití oler su perfume, el cual me dejó casi sin aliento. A lo lejos, se escuchaba la canción *Perfect* de Ed Sheeran con Beyoncé, una de mis favoritas. Nos movíamos lentamente, mirándonos a los ojos tímidamente, tanto él como yo, lo que experimentábamos era nuevo para ambos. Nos dejábamos llevar y, sinceramente, ninguno de los dos sabía dónde podría terminar nuestra historia, aunque estaba claro que tampoco queríamos ponerle fin.

—*Baby, I'm dancing in the dark with you between my arms...* —Él tarareaba la canción y yo, conscientemente inocente, me permitía creer que me lo estaba diciendo a mí—. *But you heard it, darling, you look perfect tonight.*

¡Dios! ¿Cómo no iba a derretirme con aquellas palabras y su tono de voz? Me aterraba pensar que me estaba llegando muy dentro, pero no había duda de que así era. La canción terminó, y Matt, sin dejar de mirarme, soltó su mano de la mía y la posó en mi mejilla. Me acariciaba y yo lo miraba embelesada, pensando que nunca antes había conocido a nadie como él. Me parecía el hombre más atractivo que había conocido nunca, sus ojos eran adictivos y sus labios... Evitaba mirarlos. Sentí cual era el siguiente paso, íbamos a traspasar una barrera que habíamos creado nosotros mismos, pero que había sido débil desde un principio. Se acercó lentamente a mí y posó sus labios sobre los míos, dejando que mi boca sintiera la suya, suave y decidida. Al principio, el beso fue lento, de reconocimiento, y noté que él pedía permiso para entrar más allá, para dar rienda suelta a lo que estaba sintiendo. Mi respuesta, claramente sin palabras, fue inmediata.

Estuvimos un rato besándonos, descubriéndonos. De mutuo acuerdo, nos retiramos a la vez lentamente, viendo en los ojos del otro la pasión controlada, comedida, pero creciente.

—¿Qué me has hecho? —declaró él con la voz entrecortada, haciendo que me sonrojara de nuevo.

Salimos de la estructura circular de piedra y nos alejamos más del centro de actividad. Lo hicimos corriendo, siguiendo el juego del escondite y riendo a carcajadas. Nos sentíamos libres, expectantes, como una paloma ante su primer vuelo. Capaces de todo.

¿Era posible enamorarse en tan solo seis días? Mis pocas experiencias no me habían proporcionado ni la mitad de lo que estaba sintiendo. De hecho, hasta que no conocí a Matt, no creí

tener la suerte de experimentarlo. Pero ahí estaba y tenía toda la pinta de ser amor. AMOR con todas sus letras. Mis síntomas eran claros: pensar en él la mayor parte del día; levantarme y acostarme con su rostro en mi cabeza; sentir una especie de revoloteo en mi estómago cada vez que me miraba o me sonreía —debían ser las famosas mariposas de las que todo el mundo hablaba— y, por último, romper una de las reglas mundialmente conocidas como enredarse con un hombre casado. ¡Lo sé! Eso no forma parte de la ecuación y, no era ninguna excusa, lo juro. Simplemente, yo misma me ponía las cartas sobre la mesa para no perderme en el camino y aunque aquella inconsciencia tremenda estuviera presente, todo mi ser me empujaba en dirección contraria.

—¿Mañana tienes el día libre? —preguntó, pausando todos los pensamientos que pasaban por mi cabeza.

—Aja.

—Pasa el día conmigo, Cam. —Cinco palabras que expresó con semblante serio, convencido, parándose delante de mí para tener mejor acceso a mi rostro. Reflejaba una excitación difícil de contener. Estaba nervioso, como un niño ante su regalo de cumpleaños.

—Matt, estoy muy confusa. No entiendo nada de lo que está pasando, yo... —Las palabras salían atropelladas de mi boca, sin tener claro que era lo que quería decir—. No sé como gestionar todo esto.

—Cam, mírame —puso un dedo en mi barbilla haciendo que levantara la cabeza—. Entiendo que esto es una locura, créeme.

—Ni que lo digas —dije con una sonrisa tímida.

—No sé que es lo que nos está pasando, pero está sucediendo, sin más. No puedo obviar esto que estoy sintiendo. Lo cierto es que no quiero. Jamás me había sentido así Camelia. —Silencio—. ¡Dios! Me has devuelto las ganas de vivir.

—Joder Matt, no me digas todo esto, no puedes decírmelo.

—Sí que puedo, porque así es como lo siento.

—No, no puedes. ¿No lo entiendes? ¡Estás casado! ¡Casado, Matt! —Se separó un poco de mí, pasándose una mano por el pelo, sin saber bien que responder—. Sí, ya me has dicho que no tenéis una relación como tal, pero ¿qué quieres que piense? Es confuso para mí, Matt.

—Cam, preciosa, escúchame. Entiendo tus dudas, de verdad que lo hago. ¿Pero qué me estás pidiendo, que olvide todo lo que siento por ti y vuelva a mi vida vacía? Porque si es eso, no puedo hacerlo. ¡No puedo!

—Esto se nos va de las manos, no sé que decir.

—Mira, te propongo algo. —Lo escuché, porque necesitaba aferrarme a algo que me diera energía, ya que sin él a mi lado, perdería toda la ilusión que había ido creciendo en mi interior la última semana—. Vivamos. Disfrutemos de esto que nos está pasando estos días, dejémonos llevar y ya hablaremos cuando sea necesario. Lo hacemos y ya vemos —acompañó con un guiño.

—El golpe será más duro Matt. Si nos olvidamos ahora, quizá seamos capaces de hacerlo, pero si seguimos... Nos costará más volver atrás.

—¡Pero es que yo no quiero olvidarme y mucho menos volver hacia atrás!

—¡Y yo tampoco Matt! Estoy intentando encontrar una solución para evitar que el dolor sea más grande.

—Por favor Camelia, quiero estar contigo. Quiero disfrutar de estos días que nos quedan por delante, quiero descubrir la isla a tu lado y quiero darte todos los besos que me permitas. Dime que también quieres eso Cam, dímelo...

Mis ojos estaban perdidos en los suyos, así como en sus palabras. Todo lo que estaba diciendo

era lo más bonito que habían escuchado mis oídos. ¿Cómo podía alejarme? Ni con todo el valor y el acopio del mundo sería capaz. Estaba viviendo unos días increíbles al lado de Matt, estaba descubriéndolo y descubriéndome a mi misma con él. No podía cerrar las puertas al amor, no quería hacerlo y, por eso, acepté. Me lancé al vacío sin paracaídas pero lo hice con decisión.

—También quiero esto Matt. —Me elevé con las puntas de mis pies y le besé, dejándole claro que también estaba apostando por esto, aunque acabáramos cayendo en un pozo sin fondo.

—No te arrepentirás. Pasaremos unos días geniales. Juntos.

—Sí, lo haremos.

—Entonces, ¿pasamos mañana el día juntos?

—Sí, es más, ya sé dónde voy a llevarte —dije con mi mejor sonrisa—. Pero hoy tenemos que descansar, hay que prepararse para mañana.

—Lo que tú digas, preciosa.

Emprendimos la vuelta hacia mi casa juntos, puesto que insistió en acompañarme. Le dije todo lo que tenía que llevar al día siguiente: mochila, chubasquero, botas de trekking y ropa cómoda; de la comida me encargaba yo. Pero no le dije dónde iríamos. Pensaba sorprenderlo y estaba segura de que así sería.

Al despedirnos, me plantó un beso de los que te dejan sin aliento y se marchó, quedándose con una sonrisa boba en la cara y con ganas de más. ¡Qué cabrón!

Una vez en la cama, decidí centrarme en un solo pensamiento. Tal y como había dicho Matt, era mejor vivir el momento y ya veríamos que sucedía después, por lo que entendí que no valía la pena *pre-ocuparse*, ya nos *ocuparíamos* llegado el momento. Y con ese mantra en mi cabeza me quedé dormida, prestándome a los sueños que fluidamente quisieran aparecer.

Como era de esperar, mi noche fue agitada: tuve sueños difíciles de explicar y de descifrar, di vueltas y más vueltas y, de manera constante, noté los nervios instalados en mi estómago. Mi intención era dejarme llevar, pero estaba segura de que tendría que luchar contra mil prejuicios por el camino. Quizá estaba siendo demasiado inocente y me estaba dejando camelar por palabras que yo misma quería oír, pero, ¿acaso no tenía derecho a vivirlo? ¿Era necesario poner barreras tan altas que me imposibilitaran descubrir qué quería decir la palabra amor?

Me levanté con un ímpetu ya conocido en mí, el que aparecía en mis momentos de máxima excitación, y me encaminé hacia la ducha para poder distender —aunque fuera mínimamente— tanto mis músculos como mis pensamientos. La noche anterior, después de la propuesta de Matt de pasar el domingo juntos, ya había decidido dónde quería llevarle.

La isla contaba con muchísimos rincones asombrosos y, evidentemente, en dos semanas era imposible explorarlos, pero había algunos imposibles de obviar, como Kalalau Trail. Un viaje fascinante al centro de la naturaleza, una maravillosa experiencia para Matt, así como para mí por poder vivirlo en su compañía.

Después de la ducha, me vestí con unos pantalones cortos de deporte, una camiseta de tirantes y unas zapatillas de montaña impermeables, considerando que lo más probable era que la lluvia acompañara nuestro camino. Cogí las llaves de casa y me encaminé hacia la cocina del hotel. Cuando supe que iríamos de excursión envié un mensaje a Olina para que me preparara dos pícnicos para la comida, por lo que cuando llegué, ya los tenía listos encima de una de las mesas grandes. De manera disimulada los cogí e intenté escapar, para así evitar alguna pregunta incómoda y que me llevara claramente a soltar una mentira, pero la suerte no estaba de mi lado. Olina me sorprendió:

—¡Bonita! ¡Has cogido ya los pícnicos por lo que veo!

—¡Olina! Sí, los acabo de coger. Tenía prisa y como no te he visto por aquí...

—Claro, no te preocupes. ¿Con quién vas de excursión?

—Bueno..., yo... Voy con una amiga. Sí, una de la escuela, hace tiempo que no nos vemos. Con Martha.

—¡Anda, qué bien! Martha, no me suena de nada y eso que suelo tener muy buena memoria.

—Es que hace mucho que no la veo. Quizá sea por eso. —¿Por qué demonios tenía que preguntar tanto? Debería haber sido aún más disimulada.

—Será por eso. Pues nada, pasároslo bien y, si después queréis pasaros a cenar o de visita, dile que es bienvenida, así la conozco.

—¡Ya veremos! Quizá se nos hace tarde.

—Como veas mi niña. ¡Que tengas un buen día!

—Gracias Olina —la abracé con ganas, pero deseando salir de allí.

Corrí hacia mi casa, la hora se me estaba echando encima. Estaba preparando mi mochila con

todo lo necesario, guardando también algunos snacks y agua para pasar el día, cuando el timbre sonó. Matt ya estaba allí, con todo lo necesario, incluida su sonrisa.

—¿Lista? —preguntó nada más verme.

—Por supuesto. ¿Te importa si metemos alguna cosa en tu mochila y así repartimos el peso?

—Claro, sin problema.

Con una mano, lo invité a entrar en casa. Estaba muy orgullosa de mi pequeña morada, la había decorado tal y como a mí me gustaba, teniendo en cuenta cada pequeño detalle que me hiciera sentir en mi verdadero hogar. Miré a Matt y su cara era de asombro.

—¿No te gusta?

—¿Cómo dices? —respondió aún más sorprendido, si eso era posible—. ¡Me encanta!

—Muchas gracias entonces.

—Es muy acogedor. Entran ganas de quedarse aquí.

—Pues lo siento, pero hoy no es posible. Tenemos que irnos.

—Sí, sí. Pero otro día me invitas, ¿de acuerdo?

—Si señor, ¡como usted mande! —respondí divertida, cosa que provocó la risa de Matt.

Tras pasé algunas de las cosas que llevaba en mi mochila a la suya y salimos de allí en dirección a la moto, dado que era la mejor manera de recorrer la isla. Puse la mochila entre mis piernas y, después de colocarnos los cascos, nos acomodamos en el asiento y emprendimos la marcha. Debido a nuestra recién adquirida confianza, Matt se tomó la libertad de agarrarme con delicadeza la cintura, e ir cambiando sus manos a mis muslos, continuamente a través de caricias, provocándome más de un escalofrío. El trayecto duró a lo sumo media hora, pero se me hizo eterno.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Matt sin saber todavía a dónde nos dirigíamos.

—Sí, aquí es.

—Mmmm, de acuerdo. ¿Y puedo saber ya dónde estamos?

—Está bien —contesté con fingido cansancio—. Nos vamos a adentrar en el Kalalau Trail, una de las excursiones más emblemáticas de toda la isla de Kauai.

—¡Qué bien suena! Me apetece una excursión.

—¡Genial! Pero debo decirte que no es una excursión cualquiera. Se considera el trekking más exigente de los alrededores. Tengo ligeras dudas de si estarás preparado o no, pero no tenemos más remedio que comprobarlo según la marcha. —Acompañé mis palabras de un tono teatral, provocando así que Matt dudara de su capacidad.

—Joder Cam, no será para tanto —manifestó con una sonrisa—. Yo creo que estoy preparado.

—De acuerdo. Si tú no tienes dudas, vamos allá.

Al llegar, me había fijado en la poca cantidad de vehículos aparcados en el parking. Normalmente estaba a reventar considerando que era una visita obligada, pero aquel día parecía no haber sido objeto de descubrimiento para los turistas. Según las predicciones meteorológicas, el sol nos acompañaría en nuestra aventura, por eso lo decidí como destino, ya que las autoridades no recomendaban hacer la salida en condiciones adversas. Quise volver a comprobarlo echando un vistazo al móvil, pero lo volví a guardar, teniendo en cuenta que podía cambiar en segundos. Los meteorólogos no tenían nada que hacer en esa zona de la isla, así que decidí no darle más importancia.

Empezamos nuestro camino con tranquilidad. Íbamos hablando de cosas vacuas, centrándonos más bien en el camino que estábamos recorriendo. También el silencio acompañaba nuestra andanza, permitiéndonos disfrutar de pequeños trozos de naturaleza que nos brindaba el camino que pisábamos. Me sentía muy a gusto con Matt y él parecía sentir lo mismo conmigo, lo que nos llevaba

a relajarnos y a no sentir presión de ningún tipo a la hora de entablar una conversación.

Después de un buen rato de subida ininterrumpida, llegamos al primer claro dónde se podía ver una de las imágenes más espectaculares que jamás fantaseé poder contemplar. Cierto era que yo ya había hecho la excursión muchas veces, pero cada vez que mis ojos se posaban en ese paisaje, mi corazón daba un gran vuelco de emoción. Me paré disimuladamente y dejé que Matt se adelantara para poder ver su reacción.

De lado, pude ver como sus ojos empezaron a agrandarse, como sus labios se entreabrían de manera lenta, llevándolo a un estado de profunda excitación. Inspiró fuertemente, recogiendo todos los olores que allí se concentraban y se quedó en silencio, pasmado ante la majestuosa imagen que se presentaba delante. Me acerqué a él, juntando mi brazo izquierdo con su derecho y, sin palabras, él me agarró de la mano, continuando con nuestro silencio tan necesario.

La vista que se nos ofrecía allí delante era la de la naturaleza en su estado más puro. Hasta llegar allí, habíamos caminado a través de sendas oscuras, debido a la altitud de los grandes árboles koa que las rodeaban, tapando la luz del sol. En algunos espacios, se abrían pequeños resquicios que permitían que los rayos atravesaran las ramas, deleitándonos con colores vívidos y brillantes. Pero nada podía compararse a la imagen que estaba ante nuestros ojos. Un claro se abrió para presentarnos la magnífica costa de aquel lugar. Desde nuestra posición, podían verse las montañas que quedaban a nuestra izquierda, mezclando tonalidades de verde con algunos toques marrón. A nuestra derecha, el agua del mar, reflejando el típico color turquesa de las islas de Bali. La conexión entre el agua del mar y las montañas, era una pequeña zona de arena de playa, la cual parecía llamarte a gritos para que fueras a perderte en ella. Todo esto, acompañado de unas nubes blancas y esponjosas, que permitían así ofrecernos una estampa de lo más soberbia.

Matt giró su cabeza y posó sus ojos sobre mí.

—Camelia, esto es... —Volvió a mirar el paisaje, como buscando la mejor palabra que pudiera describir lo que estaba viendo—. Dios, no sé ni lo que es. No tengo palabras.

—Un pedacito de cielo —contesté.

—Joder, esta isla es el puto paraíso.

Sonreí. Lo era. Era el paraíso y era mi casa, mi hogar. ¡Qué orgullosa me sentía!

Estuvimos un rato anclados en aquel pequeño trozo de tierra, haciendo fotografías y hablando de la magnífica vista que teníamos delante. Las nubes rápidamente se habían ido condensando y el sol que antes nos había acompañado, se escondía tras un enorme nubarrón que teníamos encima.

—¿Has traído el chubasquero?

—Sí, lo tengo en la mochila. De todas maneras, yo creo que solo serán unas gotitas de nada.

—Tú mismo —le ofrecí una sonrisa socarrona.

Conocía perfectamente aquel punto de la isla y podía asegurar que unas gotitas de nada no se acercaba ni lo más mínimo a lo que estaba a punto de caer. Pensé en insistir, pero también me hacía gracia descubrir su cara cuando una lluvia torrencial repentina cayera sobre él.

Seguimos la marcha y las gotitas de nada —como él se había referido a la lluvia que empezaba a caer— dieron paso a un diluvio universal. ¡Sin exagerar! Una cortina de agua empezó a caer encima de nosotros con fuerza y ferocidad, empapando cada una de las partes de nuestro cuerpo.

—¡Joder! ¡Pero esto que es! ¡Hace unos segundos teníamos un sol abrasador!

—¡Te lo dije! En esta parte de la isla el tiempo cambia en segundos.

Los dos estábamos agazapados debajo de un árbol, con los chubasqueros puestos y con un paraguas en nuestras cabezas escondiéndonos de las frías gotas. Por experiencia sabía que no duraría demasiado, pero la ropa tardaría en secarse.

—¿Crees que durará mucho? —interpeló Matt muy cerca, provocando que elevara la vista para mirarlo.

—No, seguro que termina en unos minutos.

—Se me ocurre una manera de hacer que el tiempo pase rápido...

Y tal y como lo dijo, se acercó a mis labios mojados y con suavidad y delicadeza, empezó a besarlos con lentitud, llevando él el control de la situación. No recuerdo cuánto tiempo pasó, quizá fueron segundos o minutos, pero de repente nos dimos cuenta de que ya no caía ni una gota del cielo, el cual se había convertido en un manto azul lleno de luz.

Con una sonrisa tímida, nos separamos poco a poco, dejando que la suave brisa pudiera pasear entre nosotros. Sin mediar palabra, seguimos andando por el sendero a un ritmo medio.

—¿Llueve mucho en esta isla? —preguntó Matt queriendo saber más.

—Sí, llueve bastante. El tiempo es muy cambiante, sobre todo en algunas zonas de la isla, como este valle.

—Por eso todo es tan verde.

—Cierto. ¿Y sabes qué? —me miró instándome a continuar—. Hay una zona en esta isla, el monte Waialeale que está situado a mil quinientos setenta metros de altura sobre el nivel del mar, es el punto dónde más llueve de todo el planeta Tierra. Y lo tenemos aquí, en Kauai.

—¿En serio?

—Prometido. Se dice que tiene un promedio anual de trescientos cincuenta días de lluvia al año. ¿No te parece increíble?

—¡Pero qué dices!

—¡Que es verdad! Luego lo busco en Google y te lo enseño. ¡Desconfiado!

—Ja, ja, ja. Te creo, solo que me parece sorprendente. Esta isla es asombrosa y cada día me lo parece más. Dos semanas se me harán cortas...

—Seguro que sí. Yo tengo la sensación de que aún hay zonas que se me escapan, que no he tenido oportunidad de descubrirlas.

—Tienes suerte de vivir aquí, ¿sabes? Esto es un espectáculo diario y, además, da la sensación de estar de vacaciones continuas, ¿no te lo parece?

—¡Trabajo muchísimo, así que de vacaciones nada! Pero si, me siento afortunada de haber nacido aquí. Aunque eso no quiere decir que no quiera explorar mundo, seguro que hay cosas extraordinarias fuera de este trozo de tierra.

—¿Crees que ya tenemos suficiente confianza para que me expliques por qué no has viajado fuera de esta isla? Cuando hablamos del tema, me dijiste que era complicado...

—¡Qué memoria! —Le di un golpe cariñoso en el brazo, quitándome los nervios que me habían invadido tras la dichosa pregunta—. Lo es, o al menos, así lo veo yo. Mi madre murió cuando yo tenía dieciocho años. Teníamos un vínculo muy estrecho, éramos uña y carne, y la perdí.

—¿Puedo saber por qué?

—Tuvo cáncer. Estuvimos un tiempo luchando, pero ella estaba preparada para irse, así me lo hizo saber en numerosas ocasiones. Fue muy duro para mí y también lo fue para mi padre. Ellos seguían enamorados desde que se conocieron. Tenían sus riñas, como cualquiera de las parejas, pero tenían algo tan íntimo y necesario, que solo acompaña al amor.

—Entiendo. Continúa, por favor. —Matt caminaba a mi lado, acompañándome con la mirada, pero con nuestros cuerpos distanciados. Lo agradecí.

—Cuando ella se fue, mi padre y yo nos quedamos vacíos, nos faltaba una parte muy importante y, sobre todo, nos faltaba la pieza que nos unía. Fue cuando decidí mudarme, me costaba pasar

tiempo en casa de mis padres porque todo me recordaba a ella. —Respiré unos segundos, intentando no entrar en el dolor que me producía—. Estuvimos un tiempo distantes, descubriendo cómo debía ser nuestra nueva relación, visto que sin ella era una ardua tarea.

—Entiendo que debe ser muy difícil perder a una madre y más teniendo en cuenta la relación que teníais.

—Lo fue. Debo decir que ahora, diez años después, el dolor ha cambiado, aunque aún quedan pequeños resquicios. Acepto que la perdí, pero la tengo presente cada día. En cambio, siento que mi padre no se ha recuperado del todo. Sigue teniendo todas las fotos de ella colgadas en casa. Por cierto, era preciosa.

—No me cabe la menor duda, solo hace falta mirarte a ti. —Me provocó una sonrisa—. ¿Cómo era ella?

—Maravillosa —contesté, sabiendo que él esperaba una mayor descripción—. Tenía el pelo negro, como el azabache, y la piel blanca como la porcelana. Sus ojos eran verdes, muy parecidos a los míos, y tenía una mirada penetrante que dejaba descolocado a cualquiera. Era simpática, agradable y su tono de voz era celestial.

Todas las palabras las pronuncié con una sensación de paz en mi interior. Estaba describiendo a mi madre de la manera más fiel posible, pero de manera totalmente subjetiva. Recordaba su tono de voz aterciopelado, las nanas que me cantaba cuando era pequeña, sus tarareos cuando se movía por casa flotando, como si fuera una diosa.

—Era natural, como la vida misma. Se movía por el deseo, disfrutaba de cada pequeño rayo de luz y nos quería muchísimo, con una pasión desmesurada.

—Seguro que fue una mujer asombrosa. Me hubiera gustado conocerla, aunque siento que con tus palabras me he acercado un poco a ella. ¿Ese tatuaje tiene algo que ver?

Me rozó el interior de la muñeca, acariciando suavemente la zona donde descansaba una flor, una Magnolia para ser exactos que, por supuesto, me recordaba a ella. Asentí y me permití unos minutos de silencio, respirando todo aquello que estaba sintiendo.

—¿Me he puesto demasiado melancólica, no? —dije en tono de broma, relajando el ambiente.

—No, está bien. Lo que pasa es que te has ido por los laureles.

—Ja, ja, ja, tienes razón. ¿De qué hablábamos? —pregunté, aunque más para mí que para él—. Ah sí, de las barreras que me atrapan en esta isla. —Usé el comodín del dramatismo—. Creo que mi padre todavía no lo ha superado, pero es muy joven aún para quedarse anclado en el pasado.

—¿Crees que debería haber rehecho su vida?

—Creo que debería abrirse al mundo y no tener miedo de mostrarse. Desde hace tiempo, sospecho que tiene algo con Olina, la mujer que nos ha preparado el pícnic, pero nunca me ha dicho nada. Pienso que quizá no se atreve por sí a mí me duele pensar que él ya la ha olvidado, aunque sé seguro que no es así.

—¿Por qué no hablas con él?

—No sabría por dónde empezar... Se me hace un mundo entablar una conversación profunda, más por mí que por él. ¿Cómo le digo que quiero salir de aquí? Que necesito descubrir mundo, que quiero alejarme de esta isla, del hotel, de él... ¿Cómo lo hago?

Las preguntas se agolpaban en mi cabeza, una detrás de otra, y ninguna acompañada de una respuesta. Estaba segura de que la montaña no era tan grande, que yo misma estaba haciendo crecer el problema sin ser consciente de mi exageración, pero no veía la solución por ningún lado.

—¿Crees que no puedes hablar con él y ser sincera? ¿Qué crees que pueda decirte?

—No lo sé. Me da miedo que crea que lo estoy abandonando, que no lo necesito... No quiero

dejarlo solo.

—Pero no está solo. Tu misma has dicho que tiene a Olina.

—Lo sé, pero jamás me he separado de él.

Matt se detuvo y se colocó delante de mí, frenando en seco mi caminata. Me cogió de las manos suavemente, acogiéndome con cuidado.

—Camelia, me da la sensación de que el problema no es tu padre. Lo que me parece a mí es que tienes miedo. Tienes miedo de salir de la isla y descubrir todo lo que hay por ahí... Tienes miedo de vivir y por eso inventas mil excusas para no hacerlo. Perdóname si estoy equivocándome o si estoy metiéndome dónde nadie me llama, pero mi sensación es que sientes que no estás preparada para enfrentarte a ello sola. Y créeme, lo estás.

—Eso no lo sabes —dije yo, sabiendo que todo lo que estaba diciendo era cierto.

—Lo sé. Solo hace falta mirarte. Eres una persona extraordinaria. Eres fuerte, tienes carácter, eres resolutiva, sabes lo que quieres y vas a por ello, ¿qué más necesitas para salir de aquí?

—Joder Matt, lo dices como si fuera lo más sencillo del mundo.

—Lo es Camelia, lo es. Si estás decidida, debes hablar con tu padre y explicarle lo que sientes. Estoy seguro de que lo entenderá, pero si no lo pruebas, tendrás la sensación de haber perdido parte de tu vida solo por miedo. —Después de aquella frase, Matt se quedó pensativo, taciturno, como si aquello que acabara de decir pudiera sentirlo en su propia piel.

Sin palabras, decidimos dejar la conversación aparcada durante un largo rato. Nos dedicamos a caminar y a observar el paisaje verde que nos rodeaba. Las nubes no dejaban de moverse, tapando el sol de vez en cuando, para ofrecernos una multitud de colores. Después de un trecho, nos topamos con un arroyo cargado de piedras de diferentes tamaños, en el que la única salida era cruzarlo, aún sabiendo que el riesgo de caída era importante. Desde nuestra posición, pudimos ver como los turistas cruzaban el río sin zapatillas, otros bordeándolo y saltando piedras y otros simplemente bajaban por el lateral hacia la playa que había a nuestra derecha; cada uno de ellos haciendo uso de su propia estrategia. Nosotros, decidimos bajar por el lateral hacia la playa, para poder visitar también aquella parte del camino.

A partir de ahí, el día fue rodado. No volvimos a tener lluvias torrenciales, aunque sí cayó alguna que otra precipitación que nos volvió a dejar la ropa totalmente mojada. Visitamos las Hanakapiai falls, unas cascadas en medio de la montaña, destacando sobre el verde de fondo. Descubrimos senderos escondidos entre la maleza, volvimos a ver paisajes de los que te dejan sin aliento y disfrutamos de la compañía del otro en silencio, con palabras y con muchísimas caricias que me hicieron sentir verdaderamente única. Teníamos una conexión imposible de explicar y darme cuenta me daba un vértigo espantoso. Nuestra relación tenía fecha de caducidad y aunque quedaba una semana por delante, estaba segura de que se convertiría en algo complicado, muy complicado.

El día terminó y llegó la hora de despedirnos. Estábamos rendidos. El esfuerzo que habíamos empleado en aquella montaña nos había dejado exhaustos, sin fuerzas, pero con un regusto dulce que quedaría grabado en nuestra memoria mucho tiempo. Doy fe de ello.

—Camelia, ha sido un día perfecto. —Su voz denotaba cansancio.

—Sí, ha estado muy bien —contesté con una sonrisa.

Supongo que era lógico, pero cada vez que debíamos despedirnos el ambiente se ponía tenso, dejábamos aflorar nuestra timidez y nos convertíamos en dos completos idiotas. ¡Qué desesperación!

—Estoy teniendo verdaderos problemas para separarme de ti, así que voy a darte un beso y me iré, ¿de acuerdo? Así, sin más —anunció Matt, haciendo que me sonrojara.

—Me parece bien —alegué, esperando con ansia el beso prometido.

Fue un beso de los húmedos, lleno de energía y pasión, cargado de mil mensajes que aún no éramos lo suficientemente atrevidos para decirnos con palabras. Con las dos manos, me agarraba el rostro, acercándose a él. Debido a su altura, mis pies estaban de puntillas, y con las manos me agarraba a su cintura para no perder fuerza, debido a que mis piernas flaqueaban de un modo gelatinoso. Minutos después, se separó de mis labios, mostrándome su boca enrojecida y una mirada llena de calor que me provocó un nudo en el estómago. Lentamente, empezó a desplazarse hacia atrás, sin dejar de mirarme y despidiéndose con la mano, se dio la vuelta y me dejó allí parada, sin fuerzas para hacer ni un solo movimiento. Segundos después, me llevé las manos a la cabeza y resoplé, sabiendo que aquello no iba a acabar bien para ninguno de los dos.

El lunes empezó como lo venían haciendo los últimos días, como un martillazo en la cabeza. Mi jornada inició con tranquilidad, yendo de aquí para allá, saludando a los clientes, revisando trabajo administrativo y demás. Quise evitar pensar en nada, pues la noche había sido más movidita de lo que hubiera imaginado en un principio y se notaba que la situación ya empezaba a pasarme factura, cosa que no me sorprendía en absoluto. Matt y yo no podíamos ni debíamos estar juntos, estábamos alejándonos de la realidad y la caída se me antojaba muy dura, por ese motivo, durante el día intenté evitarlo con todas mis fuerzas. No quería verlo, porque no quería sentir más. Punto.

Me centré en hacer mi trabajo, incluso hice más del que me había propuesto al asomar el día. Quería tener la mente ocupada y la única manera viable era trabajar como una posesa. Me encontré con mi padre, con Olina, hablé un poco con Roberto y durante la cena evité acercarme a la mesa de Matt y Bárbara, dado que no me apetecía hacer el papel de mi vida. Pude notar como él me buscaba con la mirada, pero ni siquiera me vi con fuerzas de responderle con otra. Al terminar, fui por otro camino distinto para no encontrarme con él y lo conseguí. Conseguí llegar a casa y encerrarme dentro para no verlo. Me metí rápidamente en la cama y pensé: <<mañana será otro día>>. Y evocando sus ojos, me dormí.

El martes me desperté con un humor distinto, uno un poco más alegre y eso me relajó. Debía ser consecuente con mis actos y yo misma me había metido en aquel callejón sin salida, así que ahora me tocaba apechugar. Desaparecer así, sin más, sin ninguna explicación, tampoco era lo más lógico, así que me duché y me vestí con una energía diferente, sabiendo que Matt y yo teníamos una conversación pendiente.

Al abrir la puerta de mi casa para salir, me sorprendió ver un sobre cayendo al suelo. Sonreí, porque sabía de quien se trataba, pero noté como mis manos temblaban al querer descubrir que había en el interior. Allí estaba la nota, con su letra, a la que ya le había cogido cariño:

<<Camelia, sé que ayer intentaste evitarme (disimulas bastante mal), pero hoy no estoy dispuesto a que lo hagas. Te espero en la playa a las cinco, no estaría mal volver a repetir el paseo en moto de agua, pero me apañaré con lo que sea, siempre y cuando pueda estar contigo.
M.>>

¡Joder! Fácil no me lo ponía, la verdad. No pude evitar que todo mi estómago se contrajera en milésimas de segundo. ¿Cómo podía evitar todo lo que me hacía sentir? Quería alejarme, pero a la vez, había una especie de magnetismo que me ataba cada vez más a él y me acercaba a pasos agigantados a su lado. Tal y como había hecho días atrás, decidí olvidarme de mis pensamientos y volver a lanzarme al vacío, sabiendo que el suelo cada vez estaba más lejos y como ya bien sabía, la

caída iba a ser más difícil de reparar.

Pasé el día entre nervios histéricos, de esos que cuando te das cuenta de lo que está por llegar, aprietas las manos en puños y pegas un gritito de locura. Hice mis quehaceres y me distraje hablando con los compañeros —mi concentración iba en detrimento—, deseando que llegara ya la hora de verlo.

Repitiendo una de nuestras primeras citas, me acerqué a por la moto de agua —después de haber pasado por casa y equiparme como era debido— y me acerqué al punto en el que habíamos quedado. Recordé que me pidió llevarla si volvíamos a repetir salida, así que pensé en ofrecerle, más tarde, aquella posibilidad. Mientras me acercaba a la orilla lo vi y volví a quedarme sin aliento. ¿Podía ser más atractivo? Me esperaba en la arena con un bañador floreado, tan típico de la isla, y una camiseta blanca de manga corta que le quedaba como un guante. No estaba especialmente musculoso, pero tenía un cuerpo atlético. Llevaba una pequeña mochila colgada del hombro derecho y todo su atuendo iba acompañado de la mejor de las sonrisas, dedicada a mí. Se me cayeron las bragas, así, de golpe.

—¿Esperas a alguien? —dije, repitiendo expresamente la misma escena que la vez anterior.

—Sí. A ti. —Su respuesta ya no era la misma.

—Sube anda.

Subió, me dio un beso en la mejilla, se colocó el chaleco y se sentó detrás de mí, agarrándome bien de la cintura y provocándome un escalofrío.

—¿Listo?

—Por supuesto. ¡Vamos allá! —acompañó las palabras con un gesto de manos, estirando el brazo con el puño hacia arriba.

Me centré en el mar y en el horizonte que se abría ante mí. Aceleré todo lo que pude, provocando que la moto fuera dando saltos sobre las olas, sintiendo aquel famoso vacío en el estómago cada vez que la moto quedaba suspendida en el aire, la misma sensación que en una montaña rusa. Después de un largo rato de disfrute personal, desaceleré y fui parando la moto acuática para poder descansar.

—¡Qué velocidad!

—¿Has tenido miedo? Pobrecito...

—Simpática —declaró sacándome la lengua.

—Si quieres, de vuelta puedes llevarla tú.

—¿Si? ¿De verdad? —Empecé a reír a carcajadas debido a su fenomenal actuación, haciendo movimientos exagerados—. Sería un gran honor poder llevarla hasta la orilla, señorita. No puedo creer que tenga tanta suerte.

Se unió a mi risa y nos pasamos un buen rato siguiendo el juego tan tonto que juntos habíamos iniciado. En una de las ocasiones en las que él estaba de pie, lo empujé sutilmente provocando que cayera al agua, salpicando muchísimo a su alrededor.

—Serás... —No terminó la frase.

—Simpática, ya lo has dicho antes —contesté con picardía.

Recordando la venganza que le prometí cuando me cogió en volandas días atrás, me dije que ese era el mejor momento para poder hacer uso de ella. Una risa malvada se incendió dentro de mí y, manteniendo la calma para poder llevar a cabo mi plan, cambié mi rostro rápidamente a uno de pánico.

—Matt —dije con voz temblorosa—. Matt.

Él seguía riendo, pero al ver mi cara se quedó paralizado.

—¿Qué pasa? —Entendió que algo no iba bien. ¡Menuda actriz estaba hecha!

—Matt, no te muevas. Escúchame.

—¿Qué? Joder Cam, ¿qué pasa?

—Escúchame, no te pongas nervioso.

—Pero como no voy a ponerme nervioso... Dios, ¿qué ocurre? —Su cara era de completo pánico y eso era gracias a mi admirable interpretación.

—Matt, no te muevas por favor. No te asustes, huelen el miedo.

—¡¿Pero de qué coño estás hablando?!

Empecé a notar como se ponía nervioso de verdad y empezaba a hiperventilar. Tuve que hacer esfuerzos sobrehumanos para no reírme a carcajada limpia.

—Matt, escúchame atentamente. No hagas ningún movimiento brusco, cada vez está más cerca.

Hablábamos a través de susurros, como si alguien pudiera oírnos.

—¿Esto es una broma? Dime que es una broma.

—¿Te parece a ti una broma? —Por dentro estaba muriéndome de risa. Quizá lo estaba llevando demasiado al límite, pero entonces recordé que se la debía, y más cuando él decidió no darle importancia a mis palabras. Pues ahí estaba yo, demostrándole que yo también sabía jugar.

—Cam, dime que está pasando. —Le hice una señal con mi dedo índice en mis labios, instándole a bajar el tono de voz.

—Poco a poco, te vas a ir acercando hacia la moto, pero muy lentamente. Intenta no mover mucho las extremidades, porque les atrae.

—A quien atrae por Dios... —Su voz sonaba desesperada y débil. ¡Ja! Otra vez se lo pensará antes de meterse conmigo.

—Vale, genial. Así, lo estás haciendo bien. Poco a poco. ¡Para! —grité—. Lo tienes muy cerca Matt...

—¿Es un tiburón? —Su cara ya no reflejaba susto, sino miedo y pavor profundo. <<Quizá debería terminar con la broma>>, pensé, pero es que parecía tan inocente... Tan grande y tan asustado.

—Está a punto de rozarte Matt, necesitas tranquilizarte. Los nervios no van a ayudarte y si lo nota, estamos perdidos.

—Ayúdame Cam, por favor.

—Está bien, acércate poco a poco e intenta cogerte de mi mano.

—¡Aaah! Creo que me está rozando algo Cam —gimoteó sin control, asustado por lo que creía estar viviendo.

—Sí, parece que lo tienes muy cerca, pero no parece que esté intentando hacer otra cosa, quizá solo te está oliendo...

Justo cuando nuestros dedos estuvieron a punto de tocarse, retiré la mano gritando:

—¡Cuidado! Lo tienes muy cerca, Matt, no sé si voy a poder ayudarte. Cualquier movimiento brusco puede asustarle y atacar. Joder Matt, no sé que decirte.

—Cam, te lo suplico. Ayúdame, me está rozando joder. ¡Tengo un miedo de pelotas!

De repente Matt, envuelto en un miedo profundo, volvió a notar otro roce y subiendo con fuerza e ímpetu a la moto, se cogió a mí al mismo tiempo que miraba hacia el agua, justo de donde acababa de salir.

—Pero...

Mis carcajadas le devolvieron a la realidad. Estaba estupefacto, sin palabras, y aún estaba medio aturdido por lo que creía que acababa de vivir.

—Cam, dime que no es verdad. —Se pasó las manos por el pelo, con actitud desesperada—. No me jodas que era una puta broma.

Prometo que intentaba dejar de reír pero me era imposible. El sonido de mi risa debía oírse hasta en la isla vecina.

—¡No era una broma! Era...

—¡Una tortuga! ¡Una puta tortuga! Joder Camelia, ¡pensaba que era un tiburón! ¡Tú has dicho que lo era!

—¡Eh! ¡Que yo no he dicho nada! Tendrías que haberte visto la cara <<por favor Cam, te lo suplico>> —dije imitando su tono de voz, ridiculizándolo.

—¿Cómo puedes haberme hecho esto? No me lo puedo creer. —Su sonrisa empezaba a asomar, ahora que el miedo ya descansaba lejos de su cuerpo.

—Tengo que decirle señor Cox que la paciencia no es uno de sus atributos —objeté haciendo alusión a lo que me dijo él aquel día en la playa—. Te dije que la venganza se sirve fría y tú decidiste no creerme. Ya te dije que conmigo no se juega.

—¡Dios, eres horrible! ¡Eres una bruja!

Las carcajadas volvieron a resonar por toda la isla, pero se fueron acallando, ya que Matt se fue acercando a mis labios, de manera desesperada y hambrienta, para besarme con rabia, sin ninguna contención, despertándome una parte salvaje que no sabía que tenía escondida. Me mordió, me lamió, me agarró de la cintura con fuerza, mientras yo no podía hacer más que dejarme llevar en esa espiral de pasión que había creado. Jamás me habían besado así y deseé que el tiempo se parara.

Entre beso y beso, fueron pasando los minutos y desperté de mi ensoñación al notar que el sol había cambiado posturas. Aunque hubiera preferido perderme en el infierno, tuve que separar mis labios hinchados de los suyos, rompiendo nuestro dulce momento.

—Podría pasar horas perdido en tus labios —expresó, tan natural.

—Y a mí me encantaría que lo hicieras, pero es hora de volver. —Puse un mohín, mostrando mi desacuerdo pero aceptando que no había más remedio—. ¿Te apetece conducir a ti?

No hizo falta respuesta, su sonrisa respondió por él. Tan despreocupado y jovial, que tuve que morder mi labio inferior para no abalanzarme de nuevo sobre él. Sin mediar palabra, me coloqué detrás de él, me agarré a su cintura, y dejé que me llevara de vuelta a tierra firme, dónde todo se volvía un poco más real, dónde la magia que habíamos compartido iba cargada de conciencia.

Volvimos a la orilla donde lo había recogido un par de horas antes y me fui rápido, excusándome con la falta de tiempo. La despedida fue veloz, fugaz incluso diría yo, pero no me sentí preparada para nada más. No me malinterpretéis, no me fui corriendo ni huí de la situación, simplemente, quise quedarme con el bonito recuerdo de lo que habíamos vivido minutos antes.

—¿Te veré hoy?

—Hoy necesito descansar Matt, ya hablamos mañana.

No le di tiempo a elaborar ninguna respuesta. Me largué, poniendo la moto a toda velocidad, aprovechando mi viaje de vuelta para respirar hondo y aceptar, de una vez por todas, lo que estaba viviendo. ¿Me estaba enamorando? ¿Lo estaba ya? ¿Teníamos futuro? Las preguntas revoloteaban en mi cabeza sin control, haciendo que la ansiedad instalada en mi estómago creciera sin pausa.

El turno en el restaurante fue entretenido, me centré en mi trabajo y en olvidar todo lo que tenía alrededor. Me sentí un poco autómatas, pero mi mente lo agradeció. Y evidentemente, la noche estuvo plagada de sueños de todo tipo, a cada cuál más loco, dónde él era el protagonista. <<La he cagado bien cagada>>, me dije.

Podría decir que todo se había vuelto más sencillo, que las comidas de olla que había tenido días atrás habían sido producto de un jet lag casi inexistente, pero no. Aquella no era la verdad. La realidad era que cada vez más, sentía que mi camino no era el que había estado pisando, sino otro que se abría de nuevo a cada paso.

Después del domingo en la montaña con Camelia, lo sentí. Me di cuenta irremediablemente de que esa mujer a la que apenas conocía, estaba enamorándose poco a poco con su sencillez y su naturalidad. Sí, quizá parece una frase muy manida, sacada de una novela romántica dónde el amor provoca fuegos artificiales, pero puedo asegurar que así mismo me sentía yo. Por lo que, consecuentemente, podéis suponer como me sentía el lunes, tras pasar todo el día sin verla, cuando noté que me estaba evitando, además de la manera más ridícula posible. Tuve un pequeño dolor en el pecho, una sensación fugaz avisándome de que debía reponer fuerzas y no cesar en mi empeño de volver a compartir tiempo con ella. Así que después de dejarle la nota, deseé y confié en que ella aparecería, a poder ser, encima de aquella moto de agua que tanto me había hecho disfrutar los primeros días en la isla. Y no me equivoqué, apareció, con su sonrisa más resplandeciente, dedicada solo a mí.

Y claro, una cosa lleva a la otra, y después de la gran putada que me hizo en el agua, haciéndome creer que tenía un tiburón detrás de mí —sí, me lo creí—, pude saborear sus labios durante un rato largo pero que, por supuesto, me pareció insuficiente. Besarla era un placer nuevo que había incorporado a mi vida. Sus labios eran apetecibles a más no poder, suaves como el mismísimo algodón de azúcar y me respondían con la misma ansia que yo provocaba. ¿Cuál era el problema? Que todo tenía un futuro muy poco claro, por no decir negro, y estaba cantado que terminaría mal. Pero aun sabiéndolo, aun siendo consciente de eso, no podía dejar de hacerlo. Y por un lado u otro, esto iba a explotar, iba a destrozarnos un poquito porque estaba escrito en el destino y nosotros aún no lo sabíamos.

Llegó el miércoles y me di cuenta de que mis vacaciones cada vez estaban más cerca del final. Babe había estado yendo de aquí para allá, e intuí que el mulato que en ocasiones la acompañaba, debía ser una de las razones. Ella y yo teníamos un acuerdo y, aunque alguna vez nos habíamos acostado, más por confianza que por pasión, nuestra relación se fomentaba sobre los pilares del puro interés, tanto por su parte como por la mía —o la de mi padre para ser más exactos—.

Me pasé el día bastante melancólico, descansando en la piscina, leyendo en la playa, paseando por los alrededores, con la antena puesta por si la veía. Pero no apareció en todo el día, por lo que decidí ir a esperarla cerca de su casa, en el lago, mientras lanzaba piedras al agua, buscando los tres rebotes esperados.

Llevaba un rato allí, centrado en mis pensamientos, que casi no la vi llegar. Digo casi, porque

inexplicablemente, noté como se acercaba a mí, teniendo el tiempo justo para girarme y quedarme frente a ella.

—Hola preciosa —dije con una sonrisa de oreja a oreja, de las sinceras que salen de manera automática.

—Hola Matt —qué bien sonaba mi nombre en sus labios.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Sí, claro. —Sonrió—. ¿Te importa que entre en casa a dejar las cosas? Voy algo cargada.

—Claro, te espero aquí.

Joder, quien me ha visto y quien me ve. Yo, un hombre bastante seguro de sí mismo, con una confianza envidiable, me sentía como un adolescente delante de su primer amor. Me hacía gracia pensar que de alguna manera lo era, mi primer amor quiero decir. Era la primera vez que sentía tan intensamente y, allí estaba yo, nervioso por tenerla frente a mí y quedarme sin palabras.

—Ya estoy lista. —Me pilló desprevenido, mientras yo estaba... mientras yo no estaba mentalmente allí.

—He pensado que podríamos dar un paseo por la playa, hay una luna preciosa hoy, casi llena. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto. Me dejo llevar, hoy ha sido un día largo.

—¿Y eso? ¿Mucho trabajo?

—No tanto, pero ha sido bastante denso. Problemas de última hora con la organización de las habitaciones, la supervisión de unas obras que estamos preparando, alguna que otra reclamación. En fin, el pan de cada día —respondió abriéndose a mí—. Hay días en los que no tengo tiempo ni de respirar, incluso olvido que tengo que comer. Es una locura. Siento que voy acumulando tensión y ya verás cuando salga, arderá Troya.

—Ja, ja, ja, espero no estar cerca cuando pase. Puedes desahogarte conmigo, pero la locura quieta, que de momento no estoy preparado para ver esa faceta tuya.

—No, si ya tengo claro que eres un poco cagado. Cada vez que pienso lo del tiburón, me da la risa otra vez. No sé si podré olvidar tu cara de miedo.

—Estás muy graciosa hoy para estar tan cansada.

—Necesito un poco de humor para seguir viviendo —manifestó ella teatralizando sus palabras.

¿Podía ser más preciosa? La miraba y mi cuerpo reaccionaba de todas las maneras posibles. Dios...no quería dejar de mirarla. La manera en como escapaban las palabras de sus labios, sus muecas cuando hablaba de algo que le hacía gracia, su manera de mirarme, TODO. Necesitaba encontrar un maldito error en su perfección, algo que me hiciera abrir los ojos y olvidar esta locura, algo que me permitiera poder volver a casa sin recordarla. Pero conforme pasaban las horas y los días, todo se me antojaba cada vez más complicado, por no decir imposible.

Llegamos a la playa y sin decirnos nada, nos estiramos en la arena, uno al lado del otro. Lo suficientemente cerca como para que nuestros dedos se rozaran sin quererlo.

—Cam, te propongo un juego. Me acabas de decir que te dejarás llevar, ¿cierto?

Se giró hacia mí y me sonrió. No tuve claro si a ella le apetecía jugar o no, pero se relajó tanto que aceptó de buen grado lo que le estaba proponiendo. Asintió con la cabeza y volvió a mirar hacia arriba, hacia el cielo lleno de estrellas que nos cubría la cabeza.

—Está bien, empecemos. Primero de todo, tienes que cerrar los ojos. Es importante que no los abras, porque entonces puedes distraerte fácilmente. —Hice un silencio—. Sobre todo si me tienes a mí al lado—. Le arranqué una carcajada.

—De acuerdo. Pero te aviso, si cierro los ojos durante mucho tiempo, corro el peligro de

quedarme frita.

— Lo tendré en cuenta —dije con una sonrisa casi imperceptible—. Si te oigo roncar, entenderé que mi propuesta te ha parecido soporífera y te dejaré aquí durmiendo la mona.

—Entonces, tenemos un trato.

—Venga va, concéntrate. Cierra los ojos y respira hondo. Nota como el aroma del mar se va introduciendo por tus fosas nasales, como la brisa suave y cálida que corre, va acariciándote la piel.

Estaba improvisando. No había planeado nada, simplemente estaba intentando conseguir que Camelia se relajara, que se calmara después de un día tan ajetreado, y quizá también aprovechar para memorizar cada una de las pecas de su cara. Pensaba utilizar cada uno de los minutos a su lado para grabarla en mi mente. Tenía la suerte de tenerla a mi lado, dejándose llevar, sintiéndose libre y olvidando por segundos que nuestra historia no era más que una locura sin sentido, sin salida, un camino con un final marcado y sentenciado.

Estirado como estaba, me giré en su dirección, apoyando mi cabeza sobre mi brazo izquierdo. Estaba cerca de ella, tanto que seguramente mi aliento podía rozar su piel, pero no se movió mostrándome su incomodidad, por lo que me relajé y continué con mi discurso.

—Imagina que estás en otro lugar, muy lejos de aquí. Ya no estás en esta playa junto a mí. Te encuentras lejos, en un rincón dónde siempre has deseado perderte. —Le di unos segundos para que pudiera situarse—. ¿Ya lo tienes?

—Ajá.

—¿Qué ves? Cuéntame qué puedes ver a través de tus ojos.

—Mmm, estoy en un sitio muy tranquilo. A mi alrededor, se respira paz.

—Continúa.

—Delante de mí, hay un valle enorme lleno de casitas viejas, como si fuera una ciudad antigua. Yo estoy arriba, en la punta de una montaña, rodeada de árboles, pero cerca de un claro que me permite ver todo el valle en su esplendor.

—¿Hace calor?

—La brisa que corre es cálida, pero no me siento agobiada por el calor. El sol me da en la cara, llenándome de luz y de paz al mismo tiempo. Es una sensación placentera. Los colores son totalmente extraordinarios. El sol se está despidiendo del día, mostrando solo una parte de él, de un amarillo brillante que casi me ciega.

—¿Qué más colores puedes observar?

— Alrededor de la esfera amarilla, se reflejan tonos rojos, naranjas, rosas... Todos mezclados con el azul del cielo. Madre mía, es impresionante.

—¿Qué te hace sentir, a parte de paz?

—Uf, es difícil describirlo. Es como si... Pensarás que estoy loca.

—Camelia, quiero que me digas exactamente lo que sientes. Deja de lado los prejuicios, lo que yo pueda pensar de ti, o lo loco que pueda parecerte. Sé tu misma, por favor.

—Está bien, está bien. Siento que desde aquí arriba, puedo comerme el mundo. Sería capaz de volar, si me lo propusiera. Es una sensación bastante difícil de explicar. Me veo...

—Más tú.

—Sí, quizá podría decir más yo.

—¿Y te gusta la sensación?

—Me apasiona.

Pude observar como su sonrisa se ensanchaba, mostrando sus bonitos dientes perfectamente alineados. Se la veía relajada, alegre. Mi ego creció un poquito al saber que era yo el que estaba

ayudándola a sentirse así.

—¿Y estás sola allí?

—Lo estoy. Soy muy consciente de que mi cuerpo físico está a tu lado —frenó su discurso para buscar a tientas mi mano derecha, para enlazarla con la suya—. Pero mi mente está allí, sola, sin nadie a quilómetros a la redonda. Me encantaría que pudieras ver lo que yo veo.

—Y a mí me encantaría verlo, compartirlo contigo.

Pasaron unos minutos en los que ninguno de los dos dijo nada. Ella, seguía con los ojos cerrados, acariciando mi mano suavemente. Yo, no dejaba de mirarla. ¿Camelia y yo, eramos reales? Una parte de mí pensaba que solo eran unas vacaciones, que todo se magnificaba, que me sentía desbordado de emociones porque era todo nuevo. Por la cercanía que estaba viviendo con Camelia, los olores, las vistas, el lugar... Pero otra parte, no sabría decir si la más sensata, era la que me hacía preguntar qué mierda había hecho con mi vida hasta ese momento. ¿Por qué me había conformado con mirar desde una ventana, si podía estar en el balcón? ¿Cómo cojones había pasado tan rápido el tiempo y yo seguía sin avanzar? Todas esas preguntas, junto a otras muy existenciales, no paraban de pasearse por mi mente sin descanso, las cuales habían aparecido de repente el mismo día en el que pisé la isla.

No me di cuenta de que Camelia llevaba rato mirándome. Se había girado sobre su brazo derecho, poniéndose frente a mí y observando mis facciones detenidamente, concienzuda y concentrada. Su mano izquierda, paseaba por mi rostro, aportándome una tranquilidad arrolladora, aunque yo en esos instantes no pudiera digerirla bien.

—¿Dónde tienes la cabeza? —preguntó Camelia con dulzura.

Cambié de posición y me senté mirando hacia el mar. Mis manos, se pasearon por mi rostro y mi pelo, intentando quitar todos esos pensamientos que me estaban descolocando. <<¡Joder, ahora no toca pensar en mierdas!>>, me dije. Pero claro, el mindfulness aún no formaba parte de mí. Y, como era de esperar, la cagué.

—¿Estás bien?

Camelia me trajo de vuelta a la playa.

—Sí, lo siento. Es solo que... Da igual. Déjalo.

—Matt, habla. Cuéntame qué te ocurre, confía en mí. —Sonreí tristemente.

—Confío en ti, Cam, créeme. —Respiré hondo intentando encontrar las mejores palabras para expresar lo que sentía, queriendo, firmemente, abrirme y explicarle a Camelia qué pasaba por mi cabeza—. Verás, creo recordar que un día ya te lo comenté, pero conforme han ido pasando los días, el pensamiento se ha vuelto más lógico y más insistente, aunque a su vez más surrealista.

—Te escucho.

—Mi vida ha sido suficiente para mí. He tenido todo lo que he querido y he deseado, mis padres se han encargado de ello y, a mi manera, he sido feliz. Quizá todo parece demasiado superficial, pero hasta ahora no tenía esa visión. Lo que me espera al volver también es algo que ha formado parte de mí durante mucho tiempo. Comenzaré a dirigir la empresa de mi padre, siendo el principal encargado de que todo siga viento en popa, como hasta ahora. Volveré con mi familia, mis amigos, Bárbara...

Tenía que nombrarla, porque inevitablemente Babe formaba parte de mi realidad, aunque al decirlo fui consciente de que podía herir a Camelia. Pero estaba equivocado, Camelia era más fuerte de lo que nunca creí posible, no se mostraba frágil ante un hombre, ni se achicaba cuando se encontraba delante de un problema. Era grande, con todas sus letras, y yo me hacía pequeño a su lado.

—Pero... —pronunció Camelia, sabiendo que nuestra historia tenía un pero bien grande.

—Pero ahora mismo, delante del mar, de la luna llena, de ti... Todo carece de sentido. ¡Pierde la gracia! No me interesa dirigir ninguna empresa, sabiendo que mi padre estará al acecho, preparado para llamarme la atención al más mínimo error. No me apetece oír las gilipolleces de mis amigos en una noche de fiesta, ni tampoco hacer el numerito con Bárbara en los diferentes eventos. ¡No quiero nada de eso! —Mis palabras salieron con un tono más elevado del que me hubiera gustado, enfadado conmigo mismo y en parte, también con ella, por consentir que estuviera sintiéndolo todo y no haber sido capaz de pararlo—. No me apetece volver a mi rutina, porque todo lo que he estado viviendo estos días aquí, me muestra que mi vida hasta ahora ha sido una mierda. Me jode darme cuenta de que no he tomado una puta decisión en mi vida, que me han convertido en todo lo que soy ahora y no me gusta. Dios, qué inútil me siento.

—Matt, quizá ahora mismo lo ves así porque estás de vacaciones, tienes demasiado tiempo libre, pero sabes que no duran eternamente, ¿no?

—¡Claro que lo sé! —Al soltarlo, noté que quizá el tono no había sido el más adecuado.

—¡Eh! Mira, estoy escuchando cada una de tus palabras, intentando entenderte, pero para nada tengo intención de aguantar cualquier comentario tuyo que sea inapropiado. —Y ahí salieron las garras de Camelia, aquella faceta suya que yo todavía no conocía, pero que provocaría que me enamorara aún más de ella, si es que era posible—. ¿Lo entiendes?

—Perdóname Cam, tienes razón. —La cogí de las manos, colocándola frente a mí, cara a cara, con nuestras piernas enredadas—. Lo siento. Es solo que, siento que estoy enfadado.

—¿Con quién?

—¿La verdad? Conmigo. Pero también estoy enfadado contigo.

—¿Conmigo? Lo que me faltaba —retiró sus manos, pero volví a cogerlas rápidamente, intentando aclarar lo que acababa de decir.

—Escúchame Cam. No lo estoy diciendo con mala intención, ni para provocar ninguna discusión. Estoy expresándote como me siento y, si quieres que deje de hacerlo, solo tienes que pedírmelo. No diré nada que pueda herirte.

—Matt, no podrá herirme nada de lo que digas, sobre todo si es una cosa que debes gestionar tú. Si estás enfadado conmigo, es tu problema, no es el mío. —Seguía con las uñas fuera, defendiéndose de cada ataque.

—De acuerdo. Entonces déjame que te explique. —Aceptó y se calmó, facilitando así la expulsión de mis palabras—. No estoy enfadado directamente contigo, quizá he usado las palabras equivocadas. Estoy enfadado con la situación, con esta situación —señalé el espacio libre entre nosotros.

—Sigue, te escucho. —Sonreí dándole las gracias.

—Mi vida, tan sencilla como la creía, se rompió un poco el primer día que llegué a la isla. Y cada día que ha ido pasando, ha sido peor que el anterior. ¿Sabes por qué? —Su cabeza hizo un movimiento negando—. Por que al conocerte, me he dado cuenta de que nunca y, te lo repito bien claro, NUNCA había sentido nada parecido por nadie. No quiero que creas que es un discurso preparado para conseguir nada de ti, simplemente, es lo que siento.

—Matt... Ya tuvimos esta conversación hace unos días, esto es una locura. Estás casado, quizá no por amor, pero lo estás. Y estás en tu luna de miel. No puedes desquitarte de todo.

—Y no lo estoy haciendo Cam, asumo todo lo que forma parte de mí. Pero inevitablemente, tú también empiezas a hacerte un hueco. Dios Camelia, cuando te miro, pierdo el puto aliento. Por eso todo se vuelve más complicado. Podría decirte que esto es una aventura, que se queda aquí, que lo pasamos genial. Podríamos haberlo olvidado hace unos días y haber seguido como si nada. ¡Pero NO

PUEDO! No puedo quitarte de mi cabeza ni un minuto del día.

—Yo... La verdad es que no sé qué esperas que te diga. Estás viviendo la realidad distorsionada, sin ver lo que verdaderamente es. ¿Quieres mi opinión? —No, no quería, pero no tenía más remedio que escuchar su visión.

—Lo que estamos viviendo puede ser muy bonito —me sentí cobarde y no me abrí como él esperaba, no podía hacerlo—, pero no es real.

—Sí que lo es, Camelia. Es muy real, no me jodas.

—No lo es, porque en unos días, todo esto —imité el movimiento que minutos antes había hecho para hablar de nuestra relación y, lo hice enfadada, con sorna—, habrá terminado y dejará de existir. No podremos incluirlo en nuestras vidas, porque tú estás casado, y yo vivo en esta isla de la que no puedo salir. ¿No lo ves? No puedes venir aquí a hablarme de que sientes no sé que mierdas, cuando lo cierto es que por mucho que las sientas, no podemos hacer nada con ellas.

—Joder Camelia, frena un poco.

—¿Qué frene? ¿Piensas dejar a tu mujer por mí? ¿Renunciarás al trabajo de tus sueños, por mí? No lo harás, te lo puedo asegurar. Porque aunque quisieras, no te lo permitiría. —Cuando dije la última frase, Matt rio y a mí me entraron ganas de atacarlo más, aún consciente de que ya lo estaba haciendo—. Responsabilízate tu de tus problemas, ya me haré yo cargo de los míos.

—Deja de decir tonterías y deja de atacarme de esta manera. Estoy hablando contigo y estoy exponiéndote lo que me pasa, pero veo que no ha sido una buena idea.

—No, no lo es. Igual que todo esto que nos pasa —dije acompañándolo con las manos—. Mira, ¿sabes qué? Estoy muy cansada y me apetece ir a dormir.

—¿En serio? ¿Piensas dejar así la conversación? ¿Así es como huyes?

Y sí, señoras y señores, así es como yo, Camelia Moore, huía de él por no ser capaz de hacerme cargo de la conversación. Muy digna era capaz de ponerme, pero a la hora de la verdad, me cagué, así, hablando claro. Me dio tanto pánico hablar de lo que sentía, ser consciente de que no íbamos a ningún sitio, que me largué, corriendo para ser más exacta y, por supuesto, no miré atrás. Además, con toda la rabia que había ido acumulando durante la conversación, no solté ni una sola lágrima por él. Mi enfado iba más allá de él y de nuestra relación, el enfado también me incluía a mí por no encontrar una puta salida a lo que estábamos viviendo.

Presumo de ser una persona consciente de sus propias reacciones y, aunque en esos instantes no me interesaba analizar nada sobre ello, lo supe. Supe que era lo que me pasaba con Matt. Entendí, nada más empecé a correr, a qué venía aquella manera de enfrentarme a lo que estábamos viviendo. Estaba enamorada por primera vez en mí vida y me odié por ello. Por enamorarme de un hombre casado, de alguien que no estaba dispuesto a vivir bajo sus propias decisiones. No quería que dejara nada por mí, por supuesto que no quería, pero si de verdad estaba tan seguro de lo que sentía, podríamos buscar la manera, una puñetera solución favorable para los dos. ¿Estaba yo dispuesta a renunciar a algo por él? Por supuesto que no, no quería hacerlo. Mi vida era importante para mí, y mi bienestar era lo más valioso, pero un acuerdo entre los dos podría ser parte del plan.

Soy de la creencia de que las personas nos debemos respeto a nosotras mismas. Creo firmemente en ser fiel a tus deseos, a tus necesidades, por lo que no empatizo con las parejas que dejan su vida de lado para acompañar los sueños de otra persona. Es necesario mantener la propia esencia, lo que nos distingue de los demás. Pero perdernos en el otro... Eso simplemente no formaba parte de mi manera de ver el mundo y, por ese motivo, aquel día decidí correr. Me daba miedo actuar como lo hace una mujer enamorada e inconsciente, me aterraba crearme capaz de cualquier cosa para evitar perderlo, perdiéndome a mí inevitablemente.

Cuando llegué a casa, me hinché a dar golpes a mi almohada, dejando libre toda la rabia que mi cuerpo había acumulado las últimas horas. Sudé, grité, solté miles de improperios, pero una vez más, ni una sola lágrima apareció por mis ojos. Cansada como quedé, me dejé caer exhausta en la cama y poco después me dormí, aunque lo hice de manera intermitente durante toda la noche.

A la mañana siguiente todo había adquirido un cariz contradictorio. La sensación de rabia de la noche anterior se había convertido en culpabilidad. Me sentía bastante hipócrita al pensar que había tratado a Matt de la manera en que lo había hecho, tan naturalmente adolescente. Una rabieta por no tener lo que quería, nada maduro por mi parte, como podéis ver. Así que, durante toda la mañana, la culpabilidad que sentía, mezclada con el cansancio, me llevaron a la locura. Me equivoqué cientos de veces con las facturas, me olvidé por completo de una reunión que tenía con mi padre y los arquitectos de la obra que pronto comenzaría y además, llegué tarde al servicio de mediodía. Por supuesto, aquello me costó una conversación nada placentera con mi progenitor. Para resumirlo, fue el principio del fin... O del verdadero comienzo.

—¿Se puede saber dónde estabas? ¿Y por qué has llegado tarde?

—Papá, verás, es que hoy no me encuentro muy bien, y...

—Escucha Camelia, quizá te crees que soy tonto. Sé que algo te pasa, esta última semana lo he estado notando, pero la verdad es que jamás pensé que te afectaría en el trabajo. Esto es serio, Camelia.

—Lo sé papá. Soy consciente de que he estado algo despistada, pero...

—¡Ya basta! ¿Qué te pasa? —Mi padre se frotaba la cara con las manos, enérgicamente, demostrando así su preocupación—. ¿Qué te ocurre para que estés actuando así?

—Papá, quizá lo estás llevando demasiado lejos. Han sido unos días de despiste, lo siento, ¿vale?

Me sentía como una niña pequeña cuando es regañada por su padre. Estaba intentado mostrarme serena, pero odiaba sentirme así de diminuta delante de él. Ya no era la de siempre, me sentía con más fuerza y con más determinación.

—No me vengas con historias y sé clara, dime qué te pasa. Hay rumores, ¿sabías? Te han visto con un huésped por la playa, con una de las motos. ¿Qué se supone que estás haciendo? ¿Sabes que está prohibido, verdad?

—¡Joder papá! ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué esta semana he estado despistada, que he tenido errores? De acuerdo, lo acepto y lo siento. —Me estaba prendiendo como una llama, sin posibilidad de apagarme—. ¿Pero qué más quieres? Ya me he disculpado.

—¡Esto es un trabajo! —gritó. Y fue la chispa.

—¿Te crees que no lo sé? Hago cientos de horas en este puto hotel, desde hace tanto tiempo que ni me acuerdo. Me levanto y me acuesto pensando en todo lo que tengo que hacer, todo lo que tengo que organizar y me olvido de pensar en mí. ¿Quieres saber lo que pienso? Que estoy atrapada papá, que estoy harta de estar gastando mi energía por el hotel y que no tenga una mierda de

reconocimiento. Cada día estás recordándome cosas en vez de confiar en mí, constantemente al acecho, buscando mis errores y mis puntos débiles... ¡Estoy cansada! Estoy esclavizada en esta isla y nunca te has planteado si esto es lo que yo quería.

Hubo unos segundos de silencio. Yo estaba intentando equilibrar mi respiración, puesto que se había vuelto demasiado agitada. Mi padre, me miraba con los ojos abiertos, temiendo que siguiera mi retahíla de quejas. Decidió sentarse en el sofá de su despacho para descansar su cuerpo rígido, tal y como debía tenerlo. Decidí sentarme a su lado y continuar, pero esta vez con un tono más pacífico. Para acercar posiciones, coloqué mi mano izquierda en su rodilla, mostrándome cercana y dejándole claro que había rebajado mi rabia para poder continuar.

—Papá, tú y mama decidisteis montar este hotel y te aseguro que me siento inmensamente afortunada por formar parte de ello. Pero no te das cuenta de que me pides más de lo que yo debería dar. Siento que estoy siguiendo vuestros pasos sin ni siquiera haber sido consciente, sin haber tomado ninguna decisión al respecto. Tengo veintiocho años y no he salido de esta isla. ¿Crees que es lo normal?

Conforme iba avanzando la conversación, mi padre se mostraba más cabizbajo de lo que imaginé, dándose cuenta por primera vez de lo que estaba ocurriendo. Me miraba con los ojos bien abiertos, escuchando cada palabra con detalle y por primera vez, dándole valor a cada una de ellas.

—¿Te das cuenta de que esto no tiene que ver contigo, verdad? Soy feliz aquí, trabajando codo con codo contigo, pero me siento...

—Atrapada. Sí, lo he entendido —dijo con aceptación, a sabiendas del significado de esas palabras.

—Papá, estos días he estado despistada y lo reconozco. Estoy viviendo una situación nueva para mí y, sinceramente, todo me está superando un poco. Más de lo que me gustaría reconocer. Pero me duele que por unos errores puntuales, seas tan duro conmigo. —Respiré hondo—. No entiendo el motivo de tu desconfianza.

—Camelia, cariño, confío en ti más que en nadie de este mundo. Es cierto que he sido duro contigo, pero porque creo en la disciplina y en sus resultados. Pero quizá hasta este mismo instante, no he sido consciente del volumen de trabajo que te he exigido. A mí, durante años, me ha servido para sobrellevar la muerte de tu madre, pero sinceramente, no sé por qué he provocado que tú hicieras lo mismo. Quizá no quería que el duelo te afectara y, desde el principio, te di más y más tareas, para evitar que tu mente divagara y se pusiera triste. —Las lágrimas poco a poco iban descendiendo por mis mejillas, lentamente, asimilando todo lo que mi padre me estaba diciendo—. Y luego, como ves, no he sabido pararlo.

—Lo entiendo papá, de verdad que sí.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No sabía como hacerlo. Creí que te haría daño, que pensarías que quería abandonarte y no me vi capaz. Hace tiempo que le doy vueltas al tema y hasta ahora no he podido decirte nada. Aunque, seguramente habría sido mejor hacerlo de otra manera.

—No cariño, la verdad es que merecía que me dijeras todas esas palabras, aunque puedan parecer duras. Necesitaba un toque de atención y te lo agradezco. Me sabe mal que hayas pasado por esto tu sola. Olina me había comentado algo alguna vez, pero supongo que no me interesó creerla, era más fácil creer que todo iba perfecto.

—¡Así que Olina, eh! ¿Hay algo que quieras contarme? —Consideré oportuno darnos una tregua.

—Creo que esta conversación deberíamos tenerla otro día. —Sonrió, consciente de que había evitado el tema, pero con ganas de sentarse a explicármelo con detalles—. En cuanto a todo lo que

hemos hablado, ¿qué te parece si la semana que viene nos tomamos un día libre juntos y lo hablamos? Debo empezar a delegar el trabajo en los demás, no podemos llevar este ritmo.

—Me parece perfecto.

—¿Hay algo más que quieras contarme? ¿Algo sobre la situación que estás viviendo?

—No, papá, no me siento preparada. Estoy hecha un lío y no sé cómo seguir...

—¿Quieres un consejo? Vive cariño, haz lo que el corazón te diga, olvídate de ser siempre la niña perfecta y actúa. Es mejor arrepentirse de algo que has hecho, que de algo que te has quedado sin hacer.

—Gracias papá. Lo tendré en cuenta.

— Por cierto, te doy libre esta noche en el servicio de la cena. Tu misma sabrás como aprovecharlo.

Le planté un beso grande en la mejilla y salí del despacho de mi padre con energía renovada. No me entendáis mal, estaba cansada a más no poder, pero por dentro sentía una paz distinta a las últimas dieciocho horas. Entendí que el miedo nos paraliza y nos frena, sobre todo cuando sentimos que estamos haciendo algo que no deberíamos. ¿Pero quién dice que es lo que está bien y lo que está mal? ¿Quién debe juzgarme por hacer algo que creo que debería hacer? Era todo muy lioso, pero a la vez, también era realmente sencillo. Me pregunté a mí misma, usando las palabras de mi padre: <<Qué quieres hacer, Camelia? ¿Arrepentirte por haber hecho algo, o arrepentirte por no haberlo hecho?>>.

Me dirigí a casa a descansar y a preparar mi plan. Matt y yo teníamos una conversación pendiente y el tiempo apremiaba. Así que decidí escribirle una nota, como un guiño a su manera de comunicarse conmigo, y se la di a Roberto para que él mismo se la entregara de manera disimulada. En ella decía:

<<Matt, la vida no es esperar a que pase la tormenta, es aprender a bailar bajo la lluvia. Te espero a las 21:30 en la playa. C.>>.

Me encargué de preparar un picnic completo. En una cesta puse una toalla/manta o como quiera que se llamara aquel trozo de tela gigante que se había puesto de moda en todas las playas, con un mandala dibujado en el centro. Escogí una botella de vino blanco de sabor afrutado, junto a dos copas de cristal, las cuales envolví en dos servilletas de tela para evitar así que se rompieran. En cuanto a la comida, decidí preparar dos ensaladas variadas, con frutos secos y queso feta —la verdad es que no tenía ni idea de cuáles eran sus gustos, pero pensé que no pondría ninguna objeción al respecto—. Como postre, compré una caja de bombones en señal de perdón, para suavizar así nuestra última conversación y mostrarle que había enterrado el hacha de guerra, o al menos, esa era mi intención.

Estaba más nerviosa de lo que imaginé. Había sido bastante déspota con Matt y la verdad es que me reprochaba por ello. Simplemente, se me fue de las manos. Dispuesta a perdonarme a mí misma y a intentar arreglar la situación, me dirigí a la playa deseando que él apareciera.

Lo preparé todo. Puse velas y me senté a esperar con mis ojos fijos en el mar. Cuando llegara, estaba segura de que notaría su presencia. Y así fue como, segundos más tarde, un escalofrío me recorrió la columna vertebral, dándome la señal que había estado esperando.

—¡Así que bailar bajo la lluvia, eh! Hoy me parece que lo tendremos complicado —mencionó, mostrándome su capacidad de perdón solo pronunciando aquellas palabras.

Me levanté como un resorte, me temblaban las piernas, pero supe disimularlo bien. Me planté delante de él, levantando la vista para poder coincidir con sus ojos, bastante más arriba que los míos.

—Hola Matt.

—Hola preciosa.

—Primero de todo, quiero disculparme. Yo... —Me interrumpió.

—Camelia, no hace falta que digas nada. Al menos, no por ahora.

Se acercó a mis labios muy lentamente y los besó con dulzura, de manera suave, demostrándome la paciencia que operaba en su interior. Me dejé llevar y le devolví los besos, sintiéndolos uno a uno. Por mucho que quisiera negarlo, Matt era la persona más especial que había conocido en mi vida. El amor me llegaba a golpes de energía, lo sentía tan adentro, que entendí el miedo y el vértigo que podía crear. Pero a su vez, también entendía la fuerza que me transmitía. De mutuo acuerdo aunque sin hablarlo, empezamos a separarnos y nos sonreímos, como solo dos personas que se comprenden y comparten un lazo invisible son capaces de hacerlo. Todo lo que habíamos vivido, no era más que un recordatorio de que la suerte se escapaba de nuestras manos, una señal que no podíamos obviar, porque allí estaba, presente, y no había manera de deshacerse de sus garras.

—Ven, siéntate. Vamos a cenar. —Me atreví a decir después de mi aturdimiento.

Le enseñé todo lo que había preparado, llenamos las copas y empezamos a cenar.

—¡Qué rica esta ensalada! —Supe que era cierto al leerlo en sus ojos.

—Gracias —contesté con un deje tímido—. Me encantan las ensaladas, son mi especialidad.

—Ni que lo digas.

—Hoy he hablado con mi padre. —Matt me miró concentrado, instándome a continuar—. Más bien, hemos discutido. Pero la verdad es que creo que ha sido una conversación necesaria y esclarecedora.

—Cuéntame.

—Todo ha empezado porque me ha echado en cara mi comportamiento de estos últimos días y me he puesto furiosa. Supongo que nuestra conversación de ayer tampoco me ha ayudado a enfrentarme con más calma.

—Entiendo.

—La cuestión es que le he dicho que me sentía muy atrapada aquí, que no había tenido la oportunidad de salir de la isla, que daba mi vida por el hotel... En fin, mil espinitas han ido saliendo de mi interior y he explotado.

—Así que explotado eh... Me pregunto como será —comentó Matt irónicamente, poniendo un toque de humor a nuestra discusión del día anterior.

—Muy gracioso. —Sonrió y casi olvidé lo que le estaba contando—. La cosa es que parece que ha entendido lo que le estaba diciendo, cómo si él también lo hubiera tenido en mente, pero por diversos motivos, no hemos sido capaces de compartirlo.

—De ahí la necesidad de compartir nuestros pensamientos.

—Cierto. Estoy segura de que podría haber hablado con él antes y nos hubiéramos entendido. Pero el miedo me ha frenado.

—El miedo nos puede ayudar a lanzarnos, pero en muchas ocasiones, nos bloquea y no nos deja continuar —dijo con conocimiento de causa.

—La mayoría de veces en mi caso. El miedo me paraliza, no me permite decidir.

—Ven aquí pequeña, acércate.

Con la ayuda de su mano y dejando la cesta del pícnic atrás, Matt me colocó entre sus piernas, con mi espalda pegada a su pecho, de manera que se sentía cómodo para abrazarme bien fuerte, cubriendo cada parte de mi cuerpo y haciéndome sentir apoyada por completo. Dejé caer mi cabeza en su hombro derecho, dejándome mecer por ese hombre que me hacía perder el sentido y cerré los ojos, sintiendo cada uno de los besos que me iba regalando.

La playa se extendía delante de nosotros: la arena, el agua del mar, la brisa, las estrellas. Estábamos completamente solos, seguramente, no habría nadie en kilómetros a la redonda, y si había... ¿Qué más nos daba? Nos teníamos en uno al otro, era más que suficiente. Nuestras manos estaban entrelazadas y teníamos la mirada puesta en las olas, iluminadas por la luna llena que nos ofrecía la noche.

—Camelia, ¿estás bien? —preguntó Matt con la voz dulce y cercana. Estaba muy cerca de mi oreja, por lo que el escalofrío que sentí fue sobrecogedor. Sus palabras me hicieron volver a nuestra realidad, la que tenía un final decidido.

—Sí, claro. Es solo que...

—Ya, lo sé. —Matt sabía perfectamente como me sentía, porque él estaba viviendo lo mismo. Habíamos compartido secretos, confesiones, sentimientos. Me giré de manera que pudiera tener acceso a mis labios—. Cam, preciosa, quiero que esta noche vivamos, que nos olvidemos de todo lo que está por venir, que nos centremos en nosotros. Quiero mirarte, tocarte, sentirte, quiero pensar que no hay nada ni nadie que nos pueda separar, al menos no esta noche.

—¿Y olvidarnos de todo, Matt? ¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo eres capaz de hacerlo tú?

—Mirándote soy capaz de olvidarlo todo.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, sus dedos rozaban mis labios con suavidad, mirándome con absoluta admiración y deseo. Mi cuerpo temblaba de la dicha más absoluta, rozando el nirvana. Me dejé llevar, me vendí al momento. Los labios de Matt se acercaron a los míos. No era el primer beso que nos dábamos, pero sentí que este traía consigo más cosas implícitas que las veces anteriores, había algo más que pude percibir en el mismo instante en que nuestros labios se juntaron. Su lengua empezó a rozarme con tiento, pidiendo permiso para poder invadir mi boca, mientras yo no oponía ninguna resistencia.

El beso pasó de ser dulce a ser apasionado, con matices eróticos, que me volvieron loca en un instante. Su mano, la que había pasado por mis labios segundos antes, paseaba por mi cuerpo descubriendo todas y cada una de las curvas que formaban parte de mí. Casi sin darme cuenta, me cogió de la cintura y me sentó a horcajadas encima de él, provocando que mi cuerpo se estremeciera. Se detuvo con sus ojos clavados en los míos, la boca entreabierta y los labios de un rosado más que seductor.

—Camelia —pronunció mi nombre con voz suave y ronca, llegando a todas mis terminaciones nerviosas—, joder, no puedo dejar de mirarte, pero tampoco quiero dejar de besarte. No eres consciente de todo lo que me haces sentir...

Me sentía de la misma forma, excitada y expuesta, deseándolo más de lo que había podido llegar a concebir. Podía notar su entrepierna abultada, rozando mis partes íntimas y ruborizándome por completo.

—Eres más de lo que podría haber soñado. Siento tantas cosas por ti, que las palabras se quedan cortas.

—Entonces, demuéstremelo Matt.

Y con esas palabras abrí la veda. Matt me atrapó los labios de manera urgente, de manera necesitada, y yo me dejé hacer, disfrutando de cada segundo que lo tenía conmigo. Me entregué por completo, lo besé como si fuera la última vez —irónico en nuestro caso, porque lo era, era quizá nuestra última vez—.

Sus manos se movían por todo mi cuerpo, descubriendo zonas que jamás unos dedos habían rozado. Los míos, estaban completamente enredados en su pelo negro, permitiéndome acercar su boca a mí cada vez más. Se separó unos segundos para poder sacar mi camiseta por la cabeza y

dejarme con el bikini, el cual se apresuró a desabrochar, dejándome expuesta a él. Miraba mi torso desnudo con una profundidad que nunca antes experimenté, me deseaba muchísimo y yo también lo deseaba a él.

Aproveché para deshacerme de su camiseta y poder admirar así su cuerpo, tan musculoso y escultural como había podido ver las veces que fuimos a la playa. Su boca se alejó de mis labios, para ir dejando pequeños besos sobre mi mandíbula, mi cuello, mi clavícula, bajando poco a poco, haciendo que mi piel se erizara con cada nuevo contacto. Llegó a mis pechos y con los ojos cerrados, los empezó a devorar con pasión y a la vez con ternura, con emoción y con cariño, provocando que mis pezones se pusieran cada vez más rosados y más duros. Mis manos, casi por voluntad propia, se fueron acercando a su entrepierna, rozando su bulto y buscando darle, al menos, la mitad de lo que yo estaba recibiendo. Quería demostrarle que quería más, lo quería a él, y estaba dispuesta a llegar hasta dónde hiciera falta.

—Matt —su nombre escapó de mis labios sin control alguno.

Con determinación, me tumbó sobre la manta y se colocó encima de mí, sacándome con cuidado pero con prisa las piezas de ropa que me quedaban. Él mismo se sacó las piezas que le quedaban y me besó de manera desesperada.

—Camelia, estoy deseando meterme dentro de ti, necesito sentirte. —Las palabras estaban en sintonía con su cuerpo, que pedía lo mismo—. Pero quiero saber que estás segura, que esto es lo que quieres.

—Matt —con las dos manos le cogí la cara y le miré a los ojos—, nunca he estado más segura de algo. Hazlo, yo también necesito sentirte dentro de mí.

Y de manera suave pero determinada, se introdujo en mí dejándome unos segundos sin respiración. Con movimientos rítmicos pero pausados, empezó a moverse, consintiendo que mi cuerpo lo recibiera de manera anhelante. Los gemidos que salían de su garganta, la profundidad con la que me miraba y las cosquillas que empezaron a recorrer todo mi cuerpo, hizo que juntos llegáramos al éxtasis más intenso y arrollador que mi cuerpo había experimentado. Fue como sentir fuegos artificiales, explosiones de luz que me catapultaron a mis instintos más primitivos, dejándome fuera del cuerpo, alejándome de lo terrenal, para llegar al punto más álgido y profundo de mi alma. Mi visión seguía nublada, hasta que noté que Matt me besaba en las mejillas, recogiendo mis lágrimas con sus labios y mostrándome las suyas propias, dejando claro que para él, también había sido algo místico.

—Ha sido brutal —afirmó Matt—. Gracias Camelia, gracias por haber permitido que pudiera compartir contigo este momento. Gracias por existir y por darme la oportunidad de descubrir lo que realmente quiero.

Me pareció que sus palabras escondían tantísimas cosas que preferí dejarlas ir, era demasiado todo y no me sentía con la capacidad suficiente para sostenerlo. Para mí, aquel día también había hecho un clic. Ya nada podría ser como antes. Mi vida había cambiado y me sentía más perdida que nunca.

Nos quedamos tumbados en la arena, uno al lado del otro, con nuestras manos entrelazadas. Si aquello era un sueño, tenía claro que no quería despertar. Había sido una de las experiencias más bonitas de mi vida y, aun así, no terminaba de creérmela.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Bastante tarde, pero aún no estoy preparado para separarme de ti...

Sonreí, yo tampoco lo estaba.

—Ven a dormir conmigo, Matt. —Me aventuré a decirle, sin pensar más allá, tal y como me había decidido a actuar.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Pues yo no tengo nada que objetar. No hay nada que me apetezca más que pasar toda la noche contigo.

Empezamos a recoger todo el tinglado que teníamos montado en la playa y, de la mano, fuimos hacia mi casa. Era la primera vez que permitía que alguien durmiera allí, conmigo, en mi refugio. Pero con Matt no lo dudé, porque sabía que si no era él, no sería nadie.

Al entrar, dejamos todas las cosas encima de la mesa y, sin dejar de mirarnos a los ojos, fuimos dirección a la cama. Matt empezó a desnudarme de nuevo y yo sentía que no podía controlar los nervios que me corroían el estómago. Pero no quería dejarme llevar esta vez, quería llevar las riendas de la situación, demostrar que estaba allí, que estaba presente y que deseaba aquello tanto como lo deseaba él. Le detuve y, en silencio, le pedí que me concediera la oportunidad de llevar la voz cantante.

—Me vuelves loco, Cam

Las cuatro palabras me animaron a continuar, con más fuerza y determinación con la que había empezado.

Repetimos un par de veces más, pero con un cariz totalmente distinto al de la playa. La pasión reinaba en mi habitación, el fuego estaba presente y la locura nos había ayudado a evadirnos del mundo exterior. Los embistes, los besos apasionados, los jadeos... Todo el conjunto dejó algo impregnado en aquellas cuatro paredes, algo que durante un tiempo, quedaría allí guardado, marcándome un antes y un después.

Me dejé llevar completamente. Viví como no lo había hecho antes, pensando primero en mí y en mis necesidades, pensando en él en segundo lugar. No dejé que nada ni nadie estropeará mi bienestar. No permití que ni uno solo de los pensamientos negativos que estaban por venir, me destrozara aquella verdad que era tan nuestra y a la vez tan mía.

Y sí, pensándolo ahora en la distancia, quizá fui egoísta, me centré en lo que yo quería, olvidándome de todo lo demás, pero, ¿no era esa la idea? Debemos cuidarnos a nosotras mismas, debemos darnos lo que merecemos, consentirnos el lujo de ser protagonistas de nuestra propia vida.

¿Sinceramente? Yo no tenía nada que perder, era él el que estaba metiéndose en camisa de once varas.

Fue una noche extraordinaria, completamente opuesta a las que había vivido. Quizá la más especial. El poco tiempo que nos quedó, dormimos abrazados entre las sábanas, cuidando el uno del otro y aprovechando cada segundo que el futuro pretendía quitarnos.

Los siguientes dos días pasaron rápidos, entre besos y escaqueos, entre miradas furtivas y caricias a escondidas. Las vacaciones de Matt llegaban a su fin, miles de sentimientos contradictorios se agrupaban tanto en mi corazón como en mi mente y me sentía incapaz de ponerle nombre a todo lo que bullía en mi interior. Matt, por su parte, me demostraba que estaba ahí presente, viviendo cada segundo, pero a su vez, temiendo lo que estaba por llegar.

Aquel sábado por la noche era la fiesta de despedida de los huéspedes del Magnolia's Paradise, el adiós a sus fantásticas vacaciones, para volver a su rutina, llena de estrés, de problemas...y quién sabe si también de desilusiones. En resumen, a Matt y a mí nos quedaban solo horas para estar juntos y los nervios que me recorrían el cuerpo, estaban demasiado presentes.

Nos habíamos visto por la mañana, pero nuestra despedida sería por la noche, justo después de la fiesta. No era algo que hubiéramos decidido, simplemente, sabíamos que iba a ser así. Yo estuve toda la tarde preparando el salón principal para la gran fiesta, vigilando que cada detalle estuviera en el lugar que le correspondía, lo que me ayudó a no pensar en nada más.

Días antes, habíamos enviado a los huéspedes sus respectivas invitaciones para la fiesta, proponiéndoles así el atuendo ideal para la última noche. Todos debían vestir de blanco —cuando hacían la reserva de sus vacaciones, quedaban informados de esta celebración, que se había convertido en uno de nuestros puntos fuertes— y les pedíamos que lucieran una sonrisa, evitando así una sensación de tristeza por la despedida y cambiándola por una sensación de alegría por lo vivido.

Cuando parecía que estaba todo listo y que solo quedaban los invitados por llegar, fui corriendo hacia mi casa para poder vestirme para la ocasión. Las trabajadoras y los trabajadores del hotel, seguiríamos el mismo código de vestimenta que los clientes, creando así una atmósfera más cálida. Las luces que decoraban nuestro hotel también creaban esta fantástica aura, llena de luz y de paz. Era sorprendente como podía cambiar tanto un mismo lugar si se ponían los detalles adecuados.

Una vez de vuelta, respiré hondo para poder empezar la jornada festiva. El comedor, estaba decorado para la ocasión, así como el menú que los cocineros —en especial Olina— habían preparado. Los clientes fueron llegando, acompañados de sus sonrisas y contagiándonos de su buen humor. Yo me sentía dichosa, pero el agujero de mi estómago no me dejaba estar cien por cien tranquila. A lo lejos, observé a mi padre moviéndose como pez en el agua, saludando a unos y a otros, sonriendo y evidenciando lo mucho que le gustaba su trabajo.

Suspiré. A mí también me encantaba, sobre todo compartirlo con él, mi familia. Pero las ganas de vivir otras experiencias, también eran lo suficientemente fuertes como para empujarme al exterior. Las ganas de conocer mundo, de crecer personalmente, de volar y tomar mis propias decisiones. Sabía que para mi padre sería muy difícil, pero estaba dispuesta a intentarlo y a escucharme de verdad, dispuesta a priorizarme ante todo y ante todos. Curioso, ¿verdad? Es lo que deberíamos hacer siempre. Soy la única persona que estará conmigo toda mi vida, si ese no es motivo para priorizarme, no sé cuál podría ser.

Aunque me sentía plenamente centrada en mi trabajo, mi inconsciente no dejaba de buscarle. Pronto él aparecería del brazo de Bárbara, la mujer que me traía de cabeza. Es curioso como, sin tener culpa de nada, Bárbara se había convertido en una mujer horrible a mis ojos, como si ella

misma fuera la que me estuviera privando de mi suerte. Soy muy consciente de lo ridícula que me hace parecer este comentario y, mi parte sensata y lógica, —existía, aunque últimamente no la dejara aflorar mucho— sabía perfectamente que eso no era así, que los únicos que nos privábamos de nuestra relación éramos nosotros mismos. Esa insensatez también iba acompañada de un juicio constante hacia Matt, culpándole en secreto —y no tan secreto como se vería más tarde— de que nuestra relación no tuviera una continuidad.

Distraída me hallaba cuando noté su olor al pasar por detrás de mí. Me quedé petrificada, incluso me di cuenta de que había dejado de respirar justo cuando volví a llenar mis pulmones de aire con una fuerza provocada. Cuando supuse que ya se habían sentado en su mesa, miré en su dirección de manera disimulada y me mantuve lo más alejada posible del espacio que ocupaban. Pude visualizar como Matt me miraba de reojo, con una sonrisa que sabía que iba dedicada a mí. Fue demasiado para mí, así que me escabullí hacia la cocina para ver cómo marchaba todo. Allí me encontré con Olina, que me recibió con un cálido abrazo.

—Mi niña —pronunció nada más verme.

—¡Hola! —Mi saludo salió efusivo, quizá por los nervios que acumulaba—. ¿Cómo lo lleváis todo por aquí dentro?

—Controlado —manifestó con una sonrisa.

—No lo dudaba. El comedor está lleno de gente y he venido aquí a coger un poco de aire.

—Muy bien cariño. Por cierto, he hablado con tu padre. —Hizo silencio, esperando quizá algún comentario por mi parte. Al ver que no llegaba, decidió continuar—. Está un poco agobiado porque cree que vuestra conversación no le quedó muy clara. La verdad es que lo vi un poco perdido.

—Lo sé, soy consciente de que debemos volver a hablar del tema, pero prefiero hacerlo en unos días, ahora mi cabeza está... en otro lugar.

—Claro pequeña, ya sabes que si necesitas alguna cosa, solo tienes que pedírmelo.

—Lo sé Olina, lo sé.

—¿Puedo darte un consejo? —Asentí, sin saber por dónde iba a salir—. Cuando hables con tu padre, lo cual creo que debes hacer más pronto que tarde, sé sincera. Sincera con él y sobre todo, contigo misma. Eres lo suficientemente mayor para tomar tus propias decisiones, debes encauzar tu vida, pensar bien que es lo que quieres hacer y atreverte a vivir. No quiero que por miedo o por evitar hacer daño a los demás, dejes de hacer lo que realmente pueda llenarte. Solo tenemos una vida Camelia y depende de ti vivirla o no.

Me dejó noqueada. Prometo que fue como una bofetada hacia la realidad más absoluta. La responsabilidad de vivir mis días, era completamente mía. Nadie ni nada podía bloquearme el camino, porque solo dependía de mí, cosa de la que fui más que consciente en ese mismo instante. Tirar balones hacia fuera se me daba de miedo, responsabilizar a mi padre por no dejarme salir de la isla, creer que Matt me estaba enamorando de manera egoísta para luego dejarme tirada... Todo era responsabilidad mía y darme cuenta fue duro.

—Gracias Olina. No sabes cuánto me sirven tus palabras.

La abracé fuerte, transmitiéndole todo lo que sentía, deseando que le llegara a lo más profundo y supiera que le daba las gracias por estar ahí, por cuidar de mí.

Salí de la cocina hacia el exterior, pasando por el salón principal. La brisa que corría me hizo sonreír, así como lo hizo la luz de las estrellas. Olina estaba ahí para acompañarme en el proceso de la madurez y supe que mi madre formaba parte. Inspiré con fuerza, para renovar el aire de mis pulmones y para descubrir que la energía brotaba de mi interior, con garras y con impaciencia, empujándome a ser valiente, a ser yo misma.

Pasaron las horas, los clientes seguían moviendo sus cuerpos con ritmo en la sala de baile, y yo deseaba que Matt me sacara de allí. Ya había terminado mi turno, por eso lo esperaba con ganas. De repente, unos toquecitos en mi espalda me hicieron dar un bote, asustándome.

—Mi Camelia bonita. —La madre que lo parió. Roberto estaba allí con su sonrisa de suficiencia, dejándome con cara de pocos amigos—. ¡Joder, ni que hubieras visto un fantasma! Soy yo, tu Robertito.

—¿Crees que es necesario que me des estos sustos de muerte?

—Claro, como si no supiera que el susto ha sido más bien una decepción...

—Déjate de tonterías. ¿Intenta no asustarme más así, de acuerdo? Un día de estos conseguirás que se me pare el corazón. —Exageré, por supuesto.

—De acuerdo. —Se excusó levantando las manos en señal de redención—. ¿Va todo bien mi reina? Hace días que casi no nos vemos.

—¡Claro! Todo perfectamente. ¿A ti te va todo bien?

—Divinamente, *mijita*. He estado bastante entretenido por aquí... —Miró fijamente a un punto entre la muchedumbre.

Mi cabeza giró en dirección a la pista, allí dónde miraban sus ojos, para toparme de lleno con Bárbara, que bailaba sola al ritmo de *Conga*, la mítica canción de Gloria Estefan que todos habíamos bailado millones de veces.

—Vamos a la pista, Camelia. Bailemos esta canción, por los viejos tiempos.

No pude más que contagiarme de su energía y de su buen humor, ayudado por supuesto por el ritmo que marcaba la canción. Me sentía plétórica, aunque los nervios no habían abandonado mi cuerpo. Quería aprovechar cada minuto que me brindaba aquella noche, porque una parte de mí sabía que mi satisfacción no iba a durar mucho. De hecho, por la mañana habría desaparecido.

Rápidamente noté sus ojos sobre mí. Matt estaba en una esquina de la pista, posando sus ojos sobre mí, de manera... cómo decirlo, anhelante. El deseo me recorría todo el cuerpo y me dejé llevar disfrutando de ese momento de protagonismo.

—Mi amor, creo que es momento de separarnos. Por lo que veo, a los dos nos están esperando... ¡Disfruta de la noche!

Roberto me abrazó y me dejó allí, en el cambio de canción, un poco descolocada. Pude ver como se escapaba de la sala con Bárbara, disimulando, seguramente creyendo que nadie lo estaría viendo. Excepto él y yo. Matt también era consciente de lo que sucedía, pero me demostraba que solo tenía ojos para mí, que no le importaba lo más mínimo. Con una mirada nos bastó para entendernos, cada uno decidió salir por una puerta, pero sabiendo que nuestro destino final era el mismo.

Una vez estuve lejos de la actividad y del ajetreo, cerca de la playa, me paré a esperar. Saber que Matt estaba por llegar, me ponía los nervios a flor de piel. Minutos después, por detrás, noté una de sus manos alrededor de mi cintura, mientras que con la otra apartaba mi pelo a un lado para besarme en el cuello, allí dónde nacen las cosquillas, donde el deseo se hace evidente y dónde se encienden cada una de las terminaciones de la piel.

—¡Qué ganas tenía de hacer esto! —susurró.

Si la noche empezaba así, no respondía de mis actos. Despacio me giré hacia él, dónde me recibió con un beso de lo más dulce y sensual, dificultando aún más la tarea de permanecer tranquila.

—Tenía muchísimas ganas de volver a besarte —pronunció interrumpiendo el beso—. Y joder... Lo de la pista de baile, no era necesario. He tenido que disimular algunas partes de mi anatomía para que nadie se diera cuenta...

—¡Oye, que solo estaba bailando! —dije con la poca inocencia que invadía mi cuerpo.

—Bailando... Quiero volver a verte bailar entonces, pero esta vez en privado.

Durante un largo rato, solo existieron las estrellas, el mar y nosotros dos. El mundo había desaparecido y nada importaba más que cuidarnos el uno al otro, mirarnos con una profundidad inmensa y aprovechar cada segundo de aquello que estaba a punto de terminar. Porque era una verdad absoluta, una certeza descomunal que se cernía ante nosotros, sin posibilidad de cambiarlo. El destino ya había decidido.

Vivimos una gran despedida, aunque tanto Matt como yo, no habíamos puesto palabras que la describieran. Estábamos más juntos que nunca, pero a la vez, ya nos estábamos alejando. Podría decir que me dolía en lo más profundo de mi alma —y de hecho, así era—, pero también estaba viviendo cada segundo que me estaba regalando la vida al lado de Matt.

Él era... Todo lo que jamás fantaseé. Para mí, el amor era algo intangible, una utopía. Era una fantasía que los mortales habíamos inventado para no sentirnos solos, una necesidad de la sociedad de ternos atados en matrimonios infelices, callados y viviendo nuestros días de mierda, como marionetas. Una manera de ternos controlados, alejados de la libertad que supondría no vivir bajo esas normas, que nos permitiría decidir y disfrutar de todo, evitando así que todos tropezáramos con la misma piedra, una y otra vez. Porque desgraciadamente, esa era la realidad. Vivimos por amor, sufrimos por amor, mentimos y engañamos por amor... ¿No debería entonces llamarse de otro modo? Amor es una palabra demasiado bonita para todas las connotaciones negativas que conlleva.

Y en ese barullo de pensamientos e ideas erróneas, entre creencias realmente limitantes, apareció Matt. ¿Para qué? Seguramente para romper con todos mis esquemas y cambiar, de una vez por todas, mi visión de la palabra AMOR, con sus cuatro letras en mayúscula, por supuesto. Encontrarme con que el amor no es todo lo negativo que creí, me dejó realmente fuera de combate y por eso, la locura se apoderó de mí.

Matt me demostró, en tan solo dos semanas, que el amor podía ser mucho más que una relación monógama. Me enseñó que hace falta querernos a nosotros mismos para poder querer bien a los demás, que alegrarse por los éxitos del otro podía convertirse en el propio éxito. Esos catorce días me proporcionaron luz, abrí los ojos a mi vida y me llené de energía para poder coger las riendas de mi propio camino. Me ayudaron a tener claro quien era yo y qué quería de mi misma. Y no, no me refiero a que necesitaba tener a Matt en mi vida para ser feliz —que a su vez, también lo creía—, sino a darme cuenta de que quería volar y cambiar cosas que no me llenaban el alma.

Matt fue un soplo de aire fresco, una realidad aplastante. Sentí la complicidad, la confianza, el cariño, el respeto, la libertad. Entendí, por primera vez, que quería decir estar enamorada, en el buen sentido de la palabra. En su definición más pura.

—Gracias Matt —dije, rescatándonos de donde fuera que estuviéramos. Su respuesta fue una cara de pregunta—. Estas dos semanas han sido... La verdad es que no sabría como describírtelas, pero en resumen, podría decir que me han cambiado.

—Creo que entiendo lo que quieres decir. —Me besó, confirmando sus palabras—. Para mí, han sido un gran punto de inflexión, un paso más hacia la madurez.

—¿Madurez, eh? Ya tocaba... —dije, para quitarle un poco de profundidad a la conversación.

—Oh, que humor más soberbio.

—Lo sé, he estado practicando.

De repente, Matt se abalanzó sobre mí en la arena, manteniendo mis manos por encima de la cabeza y plantando su cara frente a la mía, dejando solo un par de centímetros de distancia.

—¡Oye! ¡Suéltame!

—¿Te crees muy graciosa, verdad?

—¡Sé que lo soy! No intentes hacerme creer lo contrario —dije, riéndome de mi propia tontería.

—Sé que lo eres, además de muchas otras cosas...

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué? —comenté coqueta.

—Para empezar, eres la mujer más sexy que he visto en mi vida.

—¡Exagerado!

—No, no, déjame seguir. Creo que eres cabezota, pero hasta esa condición tuya me parece fascinante. —Acompañó esa frase con un beso en la punta de mi nariz—. Eres preciosa, valiente, inteligente, muy interesante, sincera, alegre... Eres una persona increíble, Cam.

Me soltó para poder incorporarme y quedar sentado frente a mí. Coloqué mis piernas abiertas, por encima de las suyas, para así poder estar más cerca de él.

—¿Todo eso piensas de mí? —Asintió, convencido. Y por supuesto, le creí—. Nadie me había dicho nada parecido.

—Lo pienso, lo creo y lo siento —mantuvo el silencio—. Y me gustaría ser más sincero, pero no quiero asustarte...

—Me das miedo... —dije, con los nervios empujando mi garganta. Un beso llegó a mis labios, quizá no tranquilizándome, pero si demostrándome que él también los sentía.

—Camelia, ahora mismo estoy viviendo el presente. El aquí y el ahora. Podríamos hablar de qué pasará, de qué opciones tenemos. Podríamos. Pero sinceramente, ahora mismo no le veo el sentido. Para mí, tiene más lógica poder expresar lo que siento por ti.

¿Estaba cagada? Más que nunca. El corazón me latía a mil por hora, la garganta se me secaba a una velocidad fulminante, pero solo quería oír de su boca todo lo que quería decirme. Quería empaparme de cosas bonitas, de palabras llenas de amor hacia mí.

—Camelia, te quiero. Estoy enamorado de ti. Es la primera vez en mi vida que estas palabras salen de mi boca y siento que pueden llegar hasta la luna si hiciera falta, porque las siento como la verdad más absoluta.

—Yo... —¿Cómo podía responderle a eso? Me daba pánico seguir con la conversación.

—No necesito que digas nada. Estas dos semanas han sido un bálsamo para curar mis heridas y para darme cuenta de lo que necesito.

—Pero...

—Cierto, existe un pero. Antes de poder seguir lo que mi corazón me pide, necesito colocar los pilares de mi estructura en su sitio. Necesito arreglar ciertos aspectos personales y laborales que me permitan empezar a vivir, como de verdad quiero hacerlo.

Las lágrimas corrían lentamente por mis mejillas, sobre todo al ver la gran sinceridad que emanaba en sus palabras, acompañadas de un brillo de ojos de lo más llamativo. ¿Qué era lo peor de lo que me estaba diciendo? Que yo sabía que tenía razón. No podía lanzarse a la piscina si no cogía las riendas de su vida y empezaba a tomar decisiones. De la misma manera que debía hacerlo yo. Aun así, aunque fuera consciente de lo que me decía, no me sentía preparada para seguir hablando de ello. El pánico se adueñó de mí y actuó, sin darme opción a réplica.

—Matt, yo no puedo seguir con esta conversación.

Empecé a levantarme de manera atropellada, alejándome poco a poco.

—Camelia, espera. No te vayas así.

—Esto duele demasiado, no quiero seguir escuchándote. Lo siento, de verdad. Que tengas mucha suerte, Matt.

—¡Cam! —gritó, pero solo podía oírlo a kilómetros de distancia, pues los sollozos no me permitían escuchar con claridad—, ¡CAM!

¿Sabéis cuando algo te duele por dentro, pero no sabes identificar qué parte es? Es como una sensación de compresión, que dificulta que el aire fluya como lo ha estado haciendo hasta ese mismo instante, arriba y abajo, para quedarse estancado en alguna parte, paralizado. Así mismo me sentía yo.

Por primera vez me había enamorado y la acababa de perder. ¡Joder, menudo idiota! Si me ponía a pensarlo, me parecía una situación de lo más inverosímil, surrealista, como de otro planeta. Con Camelia había conocido el amor, había descubierto cómo era sentirse correspondido, y puedo asegurar que es una sensación flipante, la puta ostia, hablando claro. ¿Cómo podría olvidarlo? ¿Cómo siquiera podría vivir lejos de ella, ahora que la había conocido? Todo me parecía confuso, una broma de mal gusto.

Me quedé en la arena, sentado con las rodillas dobladas y mis codos apoyados en estas. Las manos iban de mi cara a mi pelo, intentando asimilar cuál debía ser mi próximo movimiento. Lo cierto era que no tenía ningún sentido ir a buscarla, alargarlo no podía traernos nada bueno, ni a ella ni a mí, aunque era lo que más deseaba en el mundo. Ella era lo que más deseaba en el mundo. Pero en un alarde de valentía, me atreví a ser sincero con ella y sobre todo, conmigo mismo. Debía buscar mi camino para poder encontrar el nuestro, si es que existía aquella posibilidad. Primero era necesario poner orden a mi vida, centrarme dentro del caos y empezar a tomar mis propias decisiones. Aunque eso significara alejarme de ella, tal y como acababa de pasar.

El mar me transmitió la paz que necesitaba para poder moverme. Era tarde, pasadas las cuatro de la mañana, y en unas horas el autocar salía en dirección al aeropuerto. Ya no podía alargar más mi estancia allí, la luna de miel se había terminado, pero todo lo que había vivido quedaba bien resguardado en mi interior. No me sentía el mismo. Los días con Camelia me habían cambiado y me tocaba empezar a demostrarlo.

Fui hacia mi habitación y me planté delante de un papel y un boli, con la firme intención de transmitir a Camelia todo lo que no había podido decirle a la cara. Le dejaría la carta y sería una manera de cerrar —o mejor dicho, de poner en pausa nuestra relación— y poder marcharme con la tranquilidad de haber hecho lo correcto, tanto para ella como para mí.

En la cama se encontraba Bárbara durmiendo, no se inmutó de mi llegada. Durante nuestra luna de miel, habíamos estado más alejados que de costumbre y, sinceramente, no me extrañó. Ella había hecho la suya mientras que yo había hecho lo mismo, cumpliendo nuestro pacto. Nos habíamos casado por total conveniencia, no tenía ningún sentido demostrarnos nada.

Las letras de mi carta fluyeron sin descanso, provocando que me doliera un poco la mano al terminar.

<<Estimada Camelia:

Siento que nuestra despedida se haya convertido en una experiencia triste, cuando todos los instantes que he compartido contigo han sido maravillosos. Quiero decirte tantas cosas que mi mente es incapaz de centrarse y escribirlas una a una, así que intentaré ser lo más claro posible.

Te quiero, sí, sé que ya te lo he dicho y sé que quizá es demasiado, pero lo siento como una verdad verdadera, con una seguridad del que sabe que no está errado. Enamorarme de ti ha sido lo que necesitaba en mi vida, ha sido un golpe seco contra la realidad que me ha hecho darme cuenta de lo infeliz que he sido hasta ahora —aunque suene tópico—. La cosa es que yo no era consciente de esta infelicidad hasta que descubrí lo que significaba el amor y la vida, la confianza y la autoestima, el respeto hacia ti mismo y hacia los demás. Y tu, mi preciosa Camelia, me has abierto los ojos.

Quizá mi despedida te parezca un acto cobarde, pero en el fondo yo sé que es valentía. Me voy a enfrentar al mundo que me ha rodeado desde que nací, con otras intenciones, con otros objetivos. Voy a tomar decisiones, a tomar el camino correcto y, solo así, podré volver a ti. ¿Cómo? Aún no lo sé, pero confío en que podamos encontrar la manera.

Te propongo que nos tomemos unos meses para nosotros mismos, que reflexionemos sobre nuestros propios pasos. Pero pasado este tiempo, cuando todo tenga su sentido, estaré esperándote, en Vancouver, en Kauai o en la mismísima luna si hace falta. Volveré a por ti, pero no para salvarte de nada, sino para encontrarme una vez más a mí, estando al lado de quien quiero estar.

Siento si todo lo que digo te parece una locura, a mí, en cambio, me parece la cosa más cuerda que he dicho nunca.

Vive preciosa, yo lo haré, teniéndote presente cada uno de los días de mi vida hasta que vuelva a verte.

P.D: Volveremos a encontrarnos Camelia, estoy seguro de ello. Y entonces será nuestro momento.

Matt>>.

Soy un hombre sensible, pero no de lágrima fácil. Quizá, mis circunstancias tampoco me habían llevado a sentir nada tan intensamente como lo estaba haciendo en ese momento, dónde una lágrima me recorría la mejilla lentamente, haciéndome sentir más vivo que nunca. Las cosas cambian y las personas también lo hacen. ¿Podría enfrentarme a todo lo que me esperaba? ¿Tendría el suficiente valor, o seguiría el camino que otros habían trazado para mí? Me sentía valiente, pero a la vez, estaba cagado de miedo. ¿Quién no lo estaría en mi situación?

Doblé la carta, escribí su nombre y salí de nuevo de la habitación para poder entregársela. Llegué a su casa, allí dónde habíamos compartido más que una simple caricia, y metí la carta por la ranura libre que quedaba bajo la puerta. Me senté en los escalones de la entrada, respirando el silencio que allí flotaba. Me encontraba tan cerca de ella y a la vez tan lejos...

Volví a mi habitación y me estiré en el sofá, por la mañana terminaría de meter todas mis cosas en la maleta, no me sentía con fuerzas, estaba bajo mínimos.

Por la mañana suele verse todo más claro, pero no fue ese mi caso. ¿Qué había hecho? Había perdido mis últimas horas lejos de ella. Quizá no volvía a verla, o con suerte, no lo haría en un largo tiempo.

Abrí mis ojos y me encontré con Bárbara, que ya lo tenía todo preparado. Estaba terminando de maquillarse y ponerse tan divina como nos tenía acostumbrados.

Era guapa, muy guapa a decir verdad. Su pelo rubio perfecto caía en ondas por la espalda,

vigilando hasta el último detalle. Su cara era muy bonita y, su cuerpo, un putito disfrute. Y está claro que os preguntaréis cómo no había sido capaz de enamorarme de ella, pero la verdad es que no me transmitía ni la mitad de lo que Camelia me había dado. Bárbara era una mujer bastante fría, con las ideas muy claras y los objetivos de vida marcados a fuego en la piel. Sabía lo que quería y no le importaba hacer lo que hiciera falta para conseguirlo. Éramos amigos desde hacía muchísimo tiempo, nos entendíamos, aunque había días en los que me costaba más tolerarla. Su frivolidad sobrepasaba mis límites y a veces, me costaba de digerir.

—¡Despierta dormilón! ¡Hoy volvemos a casa! —declaró con tono alegre.

Gruñí, dejándole claro que me dejara un rato en paz.

—¡Venga hombre! Será que no te has divertido durante estas vacaciones... Toca volver a la realidad y coger las riendas de la empresa de una vez —decía ella con la cabeza altiva, creyendo a pies juntillas cada una de sus afirmaciones; todo ello mientras terminaba de ponerse el rímel en las pestañas.

Me levanté de la cama y me metí en la ducha, sin ni siquiera contestar a ninguna de sus palabras. ¡Qué paciencia! ¿Qué se creía ella, que iba a llevar el cotarro? Uno de los límites que pondría, empezaría por ella, sin duda. Si iba a llevar la empresa de mi padre, habría cambios, por supuesto, pero no del mismo estilo que Bárbara deseaba imponer.

Una vez duchado y con todo recogido, abandonamos la habitación, dejando una propina generosa en la mesa principal de nuestra estancia.

—¿Voy acercándome para pedir un taxi para el aeropuerto, de acuerdo?

—¿Cómo? ¿No vamos a volver en el autobús?

—¡Qué dices! Ahí no vuelvo ni loca. Cariño, hay que empezar a aceptar que estamos hechos de otra pasta.

—¡Joder! Cuando estás en este plan, no hay quien te aguante. Haz lo que te dé la gana.

—Lo haré, aunque pensaba hacerlo de todos modos —respondió con una sonrisa.

Recorrí el resto del camino solo, metido en mis pensamientos, pero sin dejar de buscarla. Quería verla una última vez, despedirme de ella frente a frente, me aterraba olvidar su mirada. Pero no tuve suerte, ya que al llegar a la recepción, el taxi ya nos estaba esperando y el padre de Camelia listo para despedirnos.

—Señor y señora Cox, muchas gracias por haber decidido pasar su luna de miel con nosotros. Espero que todo haya sido de su agrado y les invitamos a volver en otra ocasión, siempre serán bienvenidos. —El discurso lo acompañó con un saludo de mano a los dos, mostrándose verdaderamente agradecido.

—Ha sido un placer señor Moore, su hotel es precioso —respondió Bárbara, en un tono de amabilidad realmente sospechoso.

—Si señor Moore, un placer. Volveremos a vernos, se lo aseguro. —Y lo dije de verdad, no había ni rastro de duda en mi afirmación.

De camino al aeropuerto, me reafirmé en mis pensamientos. Lo haría, lo tenía claro. Cogería las riendas de mi vida con fuerza, me respetaría, me haría valer y, cuando todo tuviese sentido, volvería a por ella. Solo deseaba que no fuera demasiado tarde...

Dos meses habían pasado desde la marcha de Matt, dos meses en los que mi cabeza y mi corazón habían pasado por múltiples estados: arrepentimiento, abandono, culpa, desilusión; para pasar a sentir enfado, furia, frustración, terminando por fin en calma y aceptación, uno de los pasos más arduos en cualquier circunstancia.

Había estado barajando miles de posibilidades respecto a Matt, pero constantemente recordaba una frase de su carta —la cual seguía releendo día si y día también— que decía: <<Vive preciosa, yo lo haré>>. Debía vivir, tenía claro que era mi siguiente paso, no porque él me lo hubiera pedido, sino porque tenía todo el sentido del mundo para mí, pero ¿Cómo se hacía eso? Creía que pensar en mí primero era un acto egoísta, pero estos últimos meses había entendido el verdadero significado: ser egoísta significaba querer cambiar lo que los demás piensan sobre un determinado tema, querer llevar la razón y hacer prevalecer tu verdad por encima de los demás, pero no tiene ninguna relación con priorizarse. Me di cuenta de que para poder querer bien, debía empezar por mí.

En mi cabeza no paraba de repetirse, en bucle, una canción con la que identificaba ese instante de mi vida, la búsqueda de mi destino, la necesidad de descubrir que habría más allá de aquella isla.

*He buscado siempre aquí una respuesta
esperando en la orilla, y no sé muy bien por qué...
Solo quiero ser la hija perfecta
pero regreso a la orilla, no hay nada que pueda hacer.
Cada amanecer, cada sensación
cada atardecer, al caer el sol,
vuelvo a imaginar que hay algún lugar
dónde debo ir...
Veo la línea entre el cielo y el mar en frente,
¿y quién sabrá, si hay más allá?
Y si el viento que sopla de cola es fuerte,
me llevará,
si me voy un mundo nuevo descubriré.
Ya sé que aquí todos en la isla
piensan que son muy felices
todos se dejan llevar.
Sé que todo el mundo en esta isla,
tiene un sitio concreto,
todos tienen su lugar.*

¡Ay Vaiana, como te entendí! ¿Quién me iba a decir que compartiría tantos sentimientos con un personaje de Disney? Suerte que no me sentía una princesa desvalida con necesidad de encontrar un hombre que salvara mi vida, porque lo íbamos a tener crudo. Gracias a las mujeres que empezaron a

luchar en el pasado, cada vez hay menos princesas de cuento y más guerreras de vida. Y Vaiana, como yo, ya no era así.

A partir de ese momento, empecé a construir un plan, me escuché desde dentro, me dejé sentir, todo para tener claro el siguiente paso que debía y quería dar. Y lo descubrí, claro que lo hice, aunque eso significara tener una conversación difícil con mi padre, aunque significara romper con mi rutina, con mi estabilidad, para poder empezar a crear una nueva. No me sentía desdichada, pero sí que notaba que faltaba algo en mi día a día, una especie de vacío que no me permitía sentirme plena y realizada.

Una mañana, después de haber meditado como lo llevaba haciendo los últimos dos meses, me sentí fuerte, empoderada y decidida, y aprovechando el empujón de mi yo interior, fui en busca de mi padre para poder compartir todos los pensamientos que me rondaban sin descanso. Lo encontré en su despacho, enterrado en un montón de papeles, cosa que no me sorprendió en absoluto.

—Hola papá —me acerqué a darle un beso—, te veo un poco agobiado entre tanto documento.

—Ay cariño, por más que lo intento, el orden no forma parte de mis cualidades. ¡No soy capaz, ya lo ves!

—No hace falta que lo jures —repliqué con una sonrisa—. ¿Te apetece dar un paseo y así te despejas un ratito? Prometo no robarte mucho tiempo.

—Claro hija, me irá bien desconectar un poco.

Esperé a que dejara todo el papeleo más o menos organizado —si es que eso era posible—, y juntos, salimos del despacho. Caminamos en silencio durante un rato, cada uno sumido en sus pensamientos más íntimos, sin ganas de compartirlos. ¿Qué estaría pensando? ¿Imaginaría que venía a contarle?

—Dime Camelia, ¿qué ronda por tu cabeza? —Entendí que me conocía demasiado y sabía cuando mi mente tramaba alguna cosa.

—¡Cómo me conoces! —quise añadir, intentando destensar la conversación que estábamos a punto de tener.

—Como si fueras mi hija, nada más y nada menos.

Respiré hondo y aunque ya había elaborado interiormente mi discurso, decidí improvisar y dejarme llevar por el corazón, por lo que sentía, para poder transmitírselo de la manera más fiel posible.

—¿Te acuerdas de la conversación que tuvimos hace unas semanas? La de... —Me silencié a propósito.

—Sí, claro. Lo recuerdo.

—Verás, he estado pensando mucho. He necesitado un tiempo para darme cuenta de que es exactamente lo que me pasa, que me falta verdaderamente para sentirme completa. He decidido que...

—Te vas —interrumpió mi padre.

—Si papá. Me voy. Necesito conocerme fuera de esta isla, descubrir que puedo hacer, de lo que soy capaz. Necesito crecer como persona, y la mejor manera es alejarme de mi hogar, de mi zona de confort, para poder empezarlo a descubrir por mi misma.

El silencio se instauró entre nosotros. Íbamos andando por un camino de tierra, rodeado por grandes eucaliptos, frondosos y muy verdes, que con dificultad dejaban entrar algún rayo de luz del sol. Un sol que iba dorando nuestras pieles e iba calentándonos el corazón. Porque, seamos realistas, el sol acaricia nuestra alma, el sol nos da energía, nos empuja a la felicidad. Es uno de los imprescindibles en nuestra existencia. Pasaron unos quince minutos hasta que mi padre habló.

—¿Cuál es tu plan?

—Me gustaría hacer un viaje por Asia. —Al decirlo en voz alta, sentí que me reafirmaba, que estaba por fin decidiendo mi camino—. Me apetece ver otra realidad, algo distinto a lo que estamos acostumbrados.

—¿Tienes pensado irte mucho tiempo? —preguntó, con un poco de inseguridad en la voz.

—Todavía no lo tengo claro. Esta tarde, cuando reserve el vuelo, cogeré el billete de vuelta abierto, para poder decidirlo según la marcha.

—Entiendo...

—Papá, tengo claro que necesito dar este paso. Es importante para mí. No sé que decidiré en un futuro, si regresaré y no querré irme más, o si en cambio, me volveré adicta a los viajes —dije aportando un poco de humor a nuestra conversación, cosa que funcionó para destensar un poco la angustia que se había instaurado en nosotros.

Entendía el peso que podía suponer para mi padre sostener todo lo que le estaba contando, pero no podía estar más segura de la decisión que había tomado. Volvimos a caminar en silencio, hasta que de pronto mi padre paró, invitándome a hacer lo mismo, y me cogió de las manos.

—Camelia, cariño. Te quiero, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Aún recuerdo cuando te cogí por primera vez en brazos. —Sonrió, con sus ojos brillantes por la emoción—. Acababa de nacer mi preciosa hija, fruto del amor de mi vida. La adoraba. Adoraba a tu madre.

Una lágrima se desprendió de sus ojos para caer lentamente por su mejilla. Me estremecí. Era la primera vez que veía a mi padre emocionarse de esa manera, sentir con tanta profundidad. Y sentí que lo quería aún más, si es que eso era posible. Me acarició la mejilla, por la que también resbalaba alguna lágrima, y me miró a los ojos fijamente, llegando a tocar mi alma.

—Estoy orgulloso de ti y sé que mamá también lo estará, esté donde esté. Te has convertido en una persona admirable, llena de fuerza y de vitalidad, y por fin tomas las riendas de tu destino. Qué afortunado me siento.

—Joder papá, qué bonito.

—Me he venido arriba, pequeña —comentó para hacerme reír—. Quiero pedirte perdón por no haber tenido en cuenta tus necesidades, por haberte retenido aquí sin pensar en lo que te hacía falta de verdad.

—No papá, no tienes que pedirme perdón. Entiendo que desde que se fue mamá, todo han sido obstáculos. Te encontraste solo y eso hizo que te centraras en el Magnolia's, perdiendo de vista todo lo demás. Que por cierto, esto me recuerda... —dije exagerando una expresión pensativa—. ¿Qué pasa con Olina?

—Eso digo yo, ¿qué pasa? —observó haciéndose el loco.

—Papá, déjate de tonterías. ¿Hay algo entre vosotros?

—No, no hija. ¡Qué dices!

—¿Pero te gusta?

—¿De verdad tenemos que hablar de esto? Se me hace algo incómodo hablar contigo de estos temas.

—A ver papá, tengo veintiocho años, no soy ninguna niña a la que tengas que ocultarle las cosas. Entiendo que quisiste mucho a mamá, pero ya es hora de que espables.

—¡Oye! Un respeto, que soy tu padre. —¡Cómo me gustaba hablar con él, lo echaría de menos!— Veamos, claro que me gusta Olina, y mucho... ¿Y sabes qué? Yo creo que le gusto a ella también, pero seguramente he ido poniendo barreras que no le han dejado acercarse a mí, al menos en el sentido romántico.

—Entiendo. Pues ahora que me voy, quizá es una buena excusa para acercar posturas. Pídele una cita papá, no pierdas el tiempo. Solo tenemos una vida —dije recordando las palabras que ella misma me había dicho—, y no hay nadie en el mundo que me guste más que Olina.

—Lo sé. ¿Es especial, verdad?

—Lo es.

—Está bien. Lo haré —expresó convencido.

Lo abracé, diciéndole muchísimas cosas en ese abrazo, pero la principal era que lo quería, que lo apoyaba en todo y que quería que fuera feliz.

—Hablando del tema... ¿Hay algo que quieras contarme?

—Está bien. Tú te has sincerado conmigo, ahora es mi turno. Pero papá, te pido que no me juzgues...

—No lo haría Camelia, confío en todas tus decisiones. Estoy convencido de tus buenas intenciones.

—Verás, seguro que recuerdas a Matt...

—¿Matt?

—Matthew Cox. —La cara de mi padre fue todo un poema. Pude fijarme que reprimió el comentario, recordando las palabras que acababa de pronunciar—. Antes de que digas nada, me confesó, y le creí papá, llámame ilusa, que su matrimonio era una farsa, que solo era un mero trámite para que su padre le traspasara la empresa. Fue una de las condiciones que le puso, y para él, supongo que el objetivo era más importante.

—Entiendo.

—La cuestión es que tuvimos un primer encontronazo, no nos caímos nada bien. —Hice una mueca acompañando mis palabras—. Él intentó remediarlo y me pidió que le enseñara la isla, como si fuéramos amigos. Al principio no quise involucrarme, pensé que solo sería un día y lo llevaría a visitar alguna parte bonita y que ahí quedaría. Pero repetimos, seguimos quedando, porque papá, quizá suena tópico, pero sentí que él era diferente a todos los demás hombres que he conocido. Me sentía tan bien a su lado... Y empezamos a conocernos.

Mi padre escuchaba con atención mi relato, sin un ápice de juicio en su mirada, por lo que me relajé y seguí contándole aquellos días tan intensos.

—Nos entendimos bien papá, conectamos. Y sí, tuvimos algo y fue muy bonito mientras duró. Pero los dos eramos conscientes de que nuestra relación —lo acompañé haciendo comillas con los dedos— tenía fecha de caducidad.

—¿Cómo estás ahora? ¿Cómo lo has llevado estos meses? —preguntó.

—Al principio estaba muy enfadada. Idealicé la situación, pensando que lo dejaría todo y se quedaría conmigo, ya sabes que Disney nos ha hecho mucho daño —dije con una triste sonrisa—, pero respiré hondo y fui realista. No era lo que iba a pasar, de hecho, no quería que pasara. Nuestra historia tuvo un principio y un final.

—¿Habéis vuelto a hablar desde que se marchó?

—No, no hemos hablado. Me escribió una carta y me comentó que necesitaba tiempo para entender que era lo que quería hacer, cuál debía ser su camino ahora que todo había cambiado. Me aseguró que volveríamos a vernos, que lo nuestro no terminaba ahí, pero prefiero no pensar en ello. La mejor manera de protegerme es creer que ya no volveremos a vernos, eso me hace estar más tranquila.

—Entiendo que debe ser difícil. Está casado, y seguramente no lo tendría fácil para divorciarse, sobre todo si su padre se lo pidió como condición.

—Parece una telenovela, ¿verdad? —añadí, poniendo una pizca de humor.

—¡Ni que lo digas! Ojalá tuviera final feliz, como las de la televisión.

—Estoy tranquila porque sé que será lo que tenga que ser.

Seguimos andando en silencio haciendo el camino de vuelta hasta el hotel. Pese a la última conversación, me sentía contenta porque expresarlo en voz alta me había liberado, ya no sentía el peso enorme sobre mis hombros, había desaparecido. Sonreí, todo empezaba a ir rodado.

Un mes más tarde, ya tenía la mochila preparada. Mi vuelo salía en cinco horas, así que tenía el tiempo justo para pasar por el hotel a despedirme. Fui a ver a mis compañeros y compañeras del hotel y pasé por la cocina a decir adiós a Olina y a recibir el abrazo tierno que guardaba para mí.

—¿Ya te vas, mi niña? —preguntó con los brazos bien abiertos, invitándome.

—Si Olina, ya lo tengo todo listo.

—Estoy muy contenta de que puedas hacer este viaje y que lo hagas tranquila. Sabes que todo estará bien por aquí. Cuidaremos el hotel y a tu padre.

—Sobre todo a mi padre, ¿no? —dije con un guiño.

—¡No lo dudes! Ahora que ya hemos tenido un par de citas, no voy a dejarlo escapar —aseguró convencida.

Su frase me encantó. Mi padre y Olina... Merecían volver a sonreír como lo andaban haciendo el último mes. Soy muy consciente de lo doloroso que ha debido ser para mi padre dar ese paso hacia delante, pero lo cierto es que él sigue vivo y debe vivir, no podemos quedarnos anclados en el pasado. Hay que avanzar y solo depende de nosotros mismos hacerlo.

Me constaba que Olina llevaba mucho tiempo interesada en mi padre, aunque nunca lo había expresado así de claro. Pero había sido paciente, lo había ido cuidando desinteresadamente, y se había ido acercando a él, convirtiéndose en su mejor amiga. Y con los años, por fin crecía el fruto. Me alegraba pensar que mi padre tenía a alguien así al lado, alguien bueno que compartiría sus días, tanto los buenos como los malos.

También fui a despedirme de mi padre, guardando a buen recaudo la última frase que pronunció: <<Camelia, disfruta, vive cada día como si fuera el último y no permitas que el miedo no te deje ver las estrellas>>. Ay, mi padre.

Roberto me esperaba cerca de mi casa para llevarme al aeropuerto.

—Mi amor, ¿seguro que no quieres quedarte? ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Robertito, te las apañas genial sin mí, no me vengas con historias.

—¡Qué remedio! Si mi princesa no me hace caso, tendré que espabilarme, ¿no?

—A veces me pones nerviosa, ¿lo sabes? ¡Déjate de princesas, que no te necesitamos para que nos salves!

—¡Solo estaba bromeando! Sabes que no lo digo con malas intenciones

—Lo sé, lo sé. Pero yo te lo recuerdo por si se te olvida. —Sonreí pícaramente.

Una vez en el aeropuerto, Roberto se apeó, cogimos la mochila y me acompañó a la terminal.

—¿Vas a ir a por él? —La pregunta me pilló desprevenida.

—¿A por quién?

—¡A por quién va a ser! ¡A por el maridito de la Barbie!

—¡Pero qué dices! Claro que no, ni me lo había planteado. —Y era cierto, no me lo había planteado, pero Roberto acababa de plantar la semilla en mí y para mi mala suerte, el pensamiento me visitaría en más ocasiones de las que me hubiera gustado.

—¡Ay, bueno! Pensé que te haría ilusión volver a verle. Si por casualidad te lo piensas, dale

recuerdos a la *bicha* de mi parte.

—Claro amigo, en eso estaba yo pensando. ¡No se me ocurre mejor plan!

Nos reímos juntos y nos abrazamos. Era la primera vez que nos separábamos tanto tiempo desde que nos conocimos y me dio pena, aunque mis ganas de volar eran más grandes.

El aeropuerto de Kauai —Kauai Island Lihue— era pequeño, nada que ver con los aeropuertos de las grandes ciudades que había visto por la televisión. Únicamente había una terminal y se trataba de un pequeño edificio que se asemejaba bastante a unas grandes cabañas, con las puertas abiertas de par en par y el ambiente caldeado en todos los rincones. Estaba bastante abarrotado, aunque el mes de agosto ya hacía tiempo que había quedado atrás. La cola del único paso de seguridad llegaba hasta pie de calle, dejándonos a los últimos debajo del porche que coronaba la entrada.

Al pasar la cinta de seguridad, me acerqué a la sala de espera, la única que había en el aeropuerto, y tomé un asiento que quedaba libre. Respiré hondo y sonreí. Era la primera vez que iba a coger un avión, y aunque una parte de mí estaba repleta de miedo, la otra parte me empujaba a ser valiente y a atreverme a todo lo que estuviera por venir. Y la verdad es que para tener miedo, me enfrentaba de lleno a ello, porque no era un avión, sino tres que debía coger para llegar a destino: Nepal. Me esperaba un viaje realmente largo, con mucho tiempo para pensar, para reflexionar, sabiendo que su rostro seguiría volviendo a mi memoria, incluso aunque intentara evitarlo.

Mi primera escala era Seattle, en Estados Unidos, dónde debía esperar alrededor de diez horas. Al pasar ese tiempo, me embarqué en un vuelo hacia Dubai, que nada más y nada menos, duraba catorce horas, una auténtica locura, para finalmente, embarcar en uno hacia Katmandú.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Tribhuvan y, al bajar, un olor muy particular se instaló en mis fosas nasales, adelantándome al aroma que la ciudad me iba a regalar. Era una mezcla de especias, sudor y humedad y, aunque podía parecer poco agradable, a mí me gustó.

Lo primero que hice fue recoger mi mochila grande de la cinta por dónde salía el equipaje y me acerqué a la ventanilla de cambio de divisa, debía cambiar mis dólares por rupias nepalíes. Desde el primer instante, tuve que empezar a lidiar con la insistencia de los locales, gente acostumbrada a regatear con el dinero, a pedir más por cada servicio, por lo que tuve que dejar clara mi posición y no dejarme embaucar por sus bonitas sonrisas.

El ambiente al salir del aeropuerto fue de lo más sorprendente, tan contrario a lo que conocía, que me costó encontrar la quietud en ese vaivén de nervios. Había muchísima gente esperando en las inmediaciones del aeropuerto, sobre todo del género masculino, preparados para llevarte en coche a cualquier parte de la ciudad. Me decidí por uno de los taxistas que encontré a mi paso de camino de la salida y le pedí, tras regatear el precio, que me llevara al centro de la ciudad. Durante unos días me hospedaría allí. Tras cuarenta y ocho horas de vuelo, lo único que me apetecía era darme una ducha y descansar, necesitaba recuperar fuerzas para todo lo que estaba por llegar.

Los días pasaron mientras visitaba cada rincón de aquella magnífica ciudad. Ciertamente, que tuve que adaptarme al estilo de vida de los nepalíes, aprender a aceptar la variedad de aromas de sus calles, así como descubrir su manera de entender el mundo. No se asemejaba nada a Kauai y, aunque me fascinaba su gente, hubo ocasiones en las que deseé teletransportarme y volver a mi zona de confort.

Visité Swayambhunath —declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1979— un complejo situado en lo alto de una colina, al que para ascender, tuve que subir muchísimos escalones. Tantos como trescientos sesenta y cinco. ¡Bendito Google! Allí, además de haber un montón de turistas, pude encontrar una estupa —construcción típica del budismo—, varios santuarios

y templos, un museo, un monasterio tibetano y una cantidad sorprendente de monos. ¡Sí, monos! Al principio pensé que eran muy graciosos, pero ya me avisaron de que era mejor no acercarse a ellos, podían ser peligrosos.

También estuve en el templo de Pashupatinath, también declarado Patrimonio de la Humanidad, y más visitado por hinduistas que por budistas, cosa que descubrí también leyendo una guía de la ciudad. Al pagar la entrada, un nepalí que se presentó como Brahma, propuso hacerme de guía y decidí darme la oportunidad de conocer más ese lugar. Me habló del pasado y del presente, sorprendiéndome por lo poco que había evolucionado. Pude visitar varios templos dedicados a la fertilidad y observar desde fuera —considerando que no estaba autorizada la entrada a los turistas— un templo de sacrificios animales, que anteriormente fue de personas, y un edificio al cual llegan personas enfermas en sus últimos días para morir allí. Ese lugar tan emblemático, está rodeado de construcciones alrededor del río Bagmati —afluente del Ganges—, dónde presencié en vivo y en directo una cremación de las que allí se celebraban. Un grupo de personas estaba cerca de los escalones que daban al río y, encima de una plataforma que flotaba en el agua, había una mujer cubierta de telas blancas y naranjas, envuelta en flores y arroz, simbolizando la abundancia para la nueva vida en el caso de futuras reencarnaciones. Antes de proceder a la incineración, se realizó un rito muy importante para los creyentes, dónde se lavó y se purificó el cuerpo de la persona. Seguidamente, introdujeron los pies de la persona fallecida en el río. Como era una ceremonia hindú, la mujer estaba tumbada en la madera grande y, en el centro, tenía un ramillete de sándalo —una planta de uso medicinal—. Como pude observar, antes de que la mujer fuera alcanzada por las llamas, las telas naranjas fueron retiradas y dejaron, que tanto la madera como el cuerpo sin vida de la mujer, quemara hasta quedar reducida a cenizas. Me impactó. Vivir así la despedida de una persona me estremeció de tal manera, que un par de lágrimas recorrieron mi rostro y me hizo pensar en lo volátil que es nuestra existencia, en lo vulnerables que somos. Mi mente no dejó de darle vueltas a eso de camino al hotel, preguntándome por qué no vivimos más intensamente sabiendo que nuestro paso por la tierra tiene los días contados. Por la noche tuve sueños de lo más raros, mezclados con la vida y la muerte y, a diferencia de otros días, él volvió a aparecer.

También visité el barrio de Thammel, la plaza Durbar, el barrio de Patan y muchísimos lugares de los alrededores de la ciudad de Katmandú. Todo me parecía precioso, así que no paré de hacer fotografías para poder enseñárselas a papá y a Olina a mi vuelta.

Una noche, paseando por el centro, encontré un restaurante que días antes ya me había llamado la atención, ya no solo por su nombre, OR2K, sino por su carta. Decidí cenar allí, sin más compañía que mis pensamientos. La ambientación era preciosa. Las mesas bajas, acompañadas de cojines de distintos tamaños, reposaban sobre alfombras de diferentes colores y texturas. Todas las mesas estaban iluminadas por velas, reflejando sus llamas en las copas de cristal de los distintos comensales. Las paredes estaban vestidas con enormes cuadros, junto a las típicas banderitas de Nepal, combinando con sus colores principales: verde, rojo, blanco, azul y amarillo. Me indicaron una mesa dónde sentarme y, mientras ojeaba la carta y decidía que pedir —me lo habían puesto difícil con todos los platos veganos que ofertaban—, escuché que en la mesa de al lado, un grupo de chicas jóvenes se dirigían a mí.

—Perdona, ¿vas a cenar sola? —Llevaba tantos días compartiendo el tiempo conmigo misma, que me pareció de lo más raro que lo dudaran.

—Sí, claro.

—¡Siéntate con nosotras! —propuso una de ellas, la misma que me había hecho la pregunta, mostrándome una bonita sonrisa—. Nos gusta conocer gente nueva y tu tienes cara de ser buena

persona.

—¡Qué buena intuición! —contesté sonriendo. Debía decidir cenar sola, un plan que últimamente disfrutaba mucho, o compartir ese rato con unas chicas que parecían de lo más simpáticas. Me levanté de golpe y me acerqué a su mesa—. Gracias por la invitación. Me llamo Camelia.

Me senté y pedí mi plato, ellas acababan de hacerlo minutos antes. Se presentaron como Amelie, Daphne y Ginger, nacidas en Londres. El acento era muy distinto al de Hawai, pero entre risas, pudimos entendernos fácilmente.

—¿Has viajado sola hasta aquí? —preguntó Ginger, la misma que había empezado la conversación.

—Sí, de hecho es la primera vez que viajo.

—¡Qué atrevida! Yo no sé si hubiera podido hacerlo sola —comentó Daphne—. ¡Suerte que acostumbramos a viajar juntas!

Eran un trío muy simpático. Me contaron de qué trabajaban, lo que habían estudiado, sus hobbies y me preguntaron a mí por todo ello. Les fascinó que viviera en Kauai y a mí me encantó todo lo que explicaban. Siempre envidiamos lo que no tenemos, ¿verdad?

Empecé a explicarles mi visita a Pashupatinath y ellas me contaron que también habían presenciado un crematorio. Hablamos de la vida, de las oportunidades, de las locuras y de los miedos y, no sé cómo fue, que terminé hablándoles de Matt y de todo lo que habíamos vivido.

—¡Camelia! Parece una historia de película. ¿Qué vas a hacer? —preguntó Amelie.

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a ir a buscarlo? ¿Vas a buscar su contacto en Facebook o Instagram? ¡Daphne es una experta del *stalkeo*!

—No, no. Ni me lo había planteado. —Me quedé callada unos segundos—. No he pensado qué hacer, la verdad.

—Yo creo que deberías ir a buscarlo.

—¡Qué locura!

—De locos está lleno el mundo, Camelia. Antes hablábamos de la vida, de que hay que dejar los miedos atrás, que la mitad de las veces dejamos de hacer las cosas porque no nos atrevemos. ¿Qué puedes perder?

—¿Y si no lo encuentro? ¿Y si no quiere verme? Demasiadas variables posibles. —Odié verme en esa tesitura, en esa inseguridad.

—Pues lo aceptas y vuelves a tu maravillosa isla. Si tiene que ser, será, solo debes tener valor y convertirte en la protagonista de tu propia historia.

Me dio que pensar. Muchas veces esperamos que las cosas pasen porque sí, porque creemos en el destino, o porque confiamos que la otra persona implicada dará el paso. Pero... ¿no deberíamos actuar más y pensar menos? Constantemente esperando a que todo cambie, sin mover ni un solo dedo. Quejas y más quejas de que no nos gusta lo que estamos viviendo, no nos gusta nuestro trabajo, nos sentimos poco realizados, pero ¿hacemos algo para cambiarlo? La verdad es que solamente depende de nosotros. Si quería cambiar algo, tenía que salir a buscarlo. ¿Quería volver a ver a Matt? ¿Estaba dispuesta a provocar cambios en nuestra relación, fuera cual fuese el resultado? ¿Valía la pena intentar algo, si había la posibilidad de que aquello me hiciera daño? <<Quien no arriesga, no gana>>, dicen. Y ahí me quedé estancada, con esa frase resonándome muy dentro, repitiéndose en mi cabeza sin cesar. Vivir, arriesgarse, aunque todo pudiera salir mal.

Volví al hotel con nervios y excitación. Lo había pasado realmente bien con las chicas y nos habíamos dado los números de teléfono para poder seguir en contacto. Ellas tenían pensado hacer

una ruta —Annapurna Base Camp—, y me habían propuesto acompañarlas, pero yo no tenía claro si estaría a la altura de llevar a cabo tal excursión, así que les dije que me lo pensaría. Lo que sí acepté fue acompañarlas a las clases de yoga que realizaban de buena mañana, con la salida del sol, en una sala con vistas a una gran estupa.

¡Menudo descubrimiento! Mi primer contacto con el yoga me transmitió tanto, que no falté ni un solo día. Incluso, cuando decidí no unirme a ellas en la salida al campo base del Annapurna, continué yendo a esas clases que me transmitían tanta paz. Pude conectarlo con la meditación diaria que llevaba unos meses experimentando y noté ciertos cambios en mí. Me sentí más segura de mi misma, más en paz.

Las clases se impartían en una sala de un edificio muy antiguo y poco cuidado, dónde a través de las ventanas, abiertas de par en par, se podía ver una estupa que presidía el centro de una gran plaza. El chico que impartía las clases, era un joven nacido en aquel barrio —Bouddha—, que seguía el yoga como forma de vida, algo que me sorprendió y me fascinó a partes iguales. Al entrar, cogías una esterilla y buscabas un espacio para colocarla, esperando a que el profesor llegase. Nada más entrar, Bikesh, que era así como se llamaba, se metía en el papel de lleno, empezando con el trabajo de la respiración, un básico en el yoga. Día sí y día también, empezábamos inspirando y expirando el aire de manera controlada, pero dependiendo del día hacíamos unas *asanas* u otras.

Una vez finalizada la clase, dejábamos la voluntad, y con las chicas íbamos a desayunar a una cafetería muy cercana, Himalayan Java Coffee, dónde podíamos alejarnos de la comida nepalí, para acercarnos más a occidente. Cuando ellas estuvieron en el Annapurna, yo seguí yendo allí, como parte de mi rutina, dónde desayunaba tranquilamente. Una de las cosas destacables de ese divino lugar, es que había una gran estantería repleta de libros de todas las temáticas, tanto novelas, como libros instructivos de yoga, pasando por guías de las montañas del Himalaya. Pasé horas allí, con un libro y un té, disfrutando de la tranquilidad que eso me proporcionaba. Y una bombilla se encendió, una idea cruzó mi mente y dejé que anidara allí, echando sus raíces.

Después de dos meses y medio en Katmandú, viviendo el día a día, descubriendo rincones preciosos, haciendo yoga cada mañana, asistiendo a meditaciones en los templos budistas de la ciudad, riendo y conociendo a Daphne, Amelie y Ginger, decidí volver a casa. Todavía me quedaban ahorros, pero ya había empezado a tejer mi siguiente paso, mi siguiente viaje. Por lo pronto, volvería a casa, a mi rutina, para poder trazar un buen plan.

Tras regatear con el taxista el precio del viaje al aeropuerto, metí mi gran mochila en el maletero y me despedí de las calles de la ciudad que tan bien me había acogido. Me despedía de mi primera aventura y ya tenía en mente la siguiente. ¡Viajar era adictivo!

El camino a casa fue parecido al de ida: tres aviones y mucho tiempo de espera entre ellos. La suerte me sonrió en los dos primeros vuelos, pues nadie ocupó el asiento contiguo. Aterricé en Seattle por la mañana de un día gris, bastante normal en aquella ciudad. Me quedaban más de doce horas por delante, por lo que me senté en un banco a decidir que podía hacer. Y pensé en las chicas que había conocido en Katmandú, en cómo me animaron a hacer locuras y en que tenía una posible aventura delante de mis narices y la estaba evitando deliberadamente. Mi mente trabajaba rápidamente, pensaba en las posibilidades, en el miedo y la adrenalina que corrían por mis venas... ¿Debía atreverme? O mejor aún. ¿Quería hacerlo? Sin pensarlo más, me acerqué a una ventanilla de la compañía aérea con la que había volado.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me gustaría comprar un vuelo a Vancouver. —Fue decirlo en voz alta y me temblaron las piernas de la emoción.

—De acuerdo. ¿Para cuándo...

—Para ahora —la interrumpí—. Quiero decir, para el siguiente que tengáis.

—Déjame ver. —Sonrió, quizá por amabilidad, quizá porque pensó que estaba loca con esa impaciencia—. Hay un vuelo que sale en dos horas. ¿Este le iría bien?

—Sí, perfecto. Muchas gracias.

—Necesita también un billete de vuelta, de no ser así, quizá tenga problemas para entrar en Canadá.

—Claro, deme el último que haya para hoy.

Mientras le daba los datos y la documentación necesaria, pensé que era un disparate, pero la excitación era tal que mi mente no era capaz de barajar qué podía salir mal. ¡Qué ilusa!

Durante la hora de vuelo pensé, sin demasiada intención, en las probabilidades. ¿Cómo sería el reencuentro? ¿Se habría olvidado de mí? ¿Estaría deseando verme? Pero las preguntas iban y venían sin que pudiera darle demasiada importancia, los nervios no me daban tregua. Mi vuelo de vuelta salía a medianoche, así que tenía un margen importante para lo que surgiera. Mi mochila, la que había facturado en Nepal, iba directamente a destino, por lo que iba muy ligera de peso. Si por

alguna razón no me daba tiempo a coger ese avión, mi equipaje quedaría sin recoger y supuse que lo guardarían en la oficina. O podría llamar a mi padre para que pudiera ir a buscarlo... Sinceramente, no me importaba demasiado. Pasaría lo que tuviera que pasar, y ya lidiaría con ello llegado el momento.

Cuando llegué al aeropuerto, me acerqué a la parada de taxis y cogí uno hacia el centro. Había oído hablar de Vancouver. Era una ciudad relativamente nueva y por ello se respiraba un ambiente fresco y poco cargado, al menos bajo mi punto de vista. Iba con las ventanillas del coche bajadas aunque el aire era bastante frío. En el camino, pude ver diversidad de barrios, algunos más empobrecidos que otros, pero cuando estaba acercándome al centro —el Downtown—, me enamoró lo que veía. Ante mis ojos se abría una metrópoli moderna, lujosa. Brillaba. El color verde era uno de los principales en aquel lienzo celestial, cubriendo parques con enormes árboles, dándole un toque mágico a sus calles.

Nos adentramos en una zona elegante y por lo que pude ver, de alto nivel, dónde se encontraba el centro de negocios. Los edificios, altos y con fachadas acristaladas, mostraban un aspecto delicado, a la vez que sólido y resistente.

Al taxista de aspecto hindú le indiqué la dirección de la empresa de Matt, la cual había podido encontrar en un rápido vistazo a internet. Estaba nerviosa, de hecho, temblaba. La inquietud se había apoderado de mí y necesité unas cuantas respiraciones para volver a coger las riendas de mi cuerpo.

Me adentré en el gran hall de la entrada y con la voz temblorosa, me dirigí a la recepcionista del majestuoso edificio.

—Buenos días —carraspeé—. ¿Podría avisar a Matthew Cox?

—¿Padre o hijo? —preguntó seria.

—Hijo.

—¿De parte de quién?

—Camelia, su amiga. —Por alguna extraña razón, me sentí intimidada.

—Espere ahí.

Mientras caminaba hacia la zona de sofás, sentía mis pulsaciones en la boca, como si los latidos de mi corazón tuvieran la intención de salir de mi cuerpo y alejarse lo más rápido posible.

De repente, oí una voz conocida y todos los latidos insistentes cesaron. Quise esconderme.

—¿Puedes llamar a Matthew y decirle que le estoy esperando? —No parecía tenerle ningún agrado a la recepcionista—. No puedo creer que siempre me haga esperar.

—Sí, claro. Ahora mismo.

La recepcionista cogió el teléfono:

—Sí, señor Cox. La señora Bárbara le está esperando. Sí. También tiene una visita. Sí, dice que es una amiga suya. Camelia.

La recepcionista colgó. Bárbara debió escuchar mi nombre, porque seguidamente se acercó por mi espalda para saludarme, o más bien, para clavarme un puñal.

—¡Dios mío! ¿A quién tenemos aquí?

—Hola señora Cox.

¿Qué coño había hecho? Se me había ido de las manos... No debería haber venido, estaba segura de ello.

—¿Has venido a ver a mi marido? —Joder. Claro, tu marido.

—Bueno, verás... Me dijo que si alguna vez estaba en la ciudad, podía venir a visitarlo.

—Sí, sí, cariño. No te preocupes. Entiendo que te lo dijera. Esos días estuvo muy perdido y quizá se sintió solo. Y bueno, tú, le fuiste bien para pasar el rato.

Mis emociones eran como un buen cóctel: una preparación a base de vergüenza, arrepentimiento y rabia. ¡Cómo deseé darle un puñetazo!

—Eso sí, de aquí a que quiera volver a verte... Muy atrevida eres.

Mientras hablaba, yo iba lamiéndome poco a poco las heridas. Las palabras hirientes que salían de su boca venenosa, debían estar prohibidas, mientras ella se iba acariciando la tripa, como si...

—Y bueno, ya que estás aquí, me encantará darte la noticia en persona. Matt y yo vamos a tener un bebé. —Respira, respira—. Después de la luna de miel, nos sentimos más unidos que nunca. Y ya sabes, no hemos parado de... En fin, ¡qué te voy a contar! ¡Ya sabes cómo se hacen los bebés!

Me quedé sin respiración, sin habla. Había posibilidades de que no saliera bien mi visita, pero aquello... Me superó. Me destrozó por dentro, porque las expectativas son muy malas y pueden hacerte creer cosas que no son. Y el batacazo había sido de campeonato.

—Tengo que irme. No hace falta que le digas a Matt que he venido.

Salí como un rayo, porque no quería que nadie viera las lágrimas que habían empezado a caer por mi rostro. ¡Maldita Bárbara! Era puro veneno y Matt iba a tener un bebé con ella. ¡Con ella! Las lágrimas dieron paso a la rabia, pero no por él, sino por mí. Por creer en una historia de amor, aunque desde que tengo uso de razón, hubiera huido de eso. Me enfadé también por creer en las palabras vacías de aquel cabrón que habían provocado que mi corazón se rompiera.

Volví al aeropuerto a tiempo para coger el vuelo de vuelta a Seattle, dónde llegué con tiempo para coger el último avión que me llevaría a mi casa. Los recuerdos me pesaban tanto que aún no había llegado y ya estaba deseando volver a salir.

La vuelta a Vancouver fue una tortura. Estaba marchándome del puto paraíso, nunca mejor dicho. No solo la isla de Kauai me había fascinado, sino que conocer a Camelia me había cambiado la vida. Si, si. Lo tenía claro, ya me había cambiado. Quisiera o no, la idea había anidado en mí de una manera casi sobrenatural, de golpe, sin darme opción a dudarlo. Ya no era el mismo Matt que había sido anteriormente. Ella... Ella había sido la chispa, había encendido el motor de cambio sin ni siquiera ser consciente de ello. Y yo, había dejado, sin ninguna resistencia, que se fuera colando poco a poco en mi interior, como si fuera intrínseco.

El vuelo, aunque duraba poco menos de seis horas, se me hizo eterno, porque Bárbara no dejaba de parlotear y yo, sinceramente, no tenía ganas de escucharla. ¿En qué maldito momento acepté el trato de casarme con ella? ¿Cómo podía haber estado tan vacío? El pensamiento no dejaba de rondarme la cabeza y, como si de un clic se tratara, el punto de vista hacia todo lo que me concernía había cambiado de rumbo.

—Matt, no me estás escuchando.

—Lo sé Bárbara, es que ahora mismo no me apetece hablar.

—¡Haz un esfuerzo anda! —comentó ella, tan ajena a todo cuánto ocurría en mi fuero interno.

Giré mi cabeza hacía el lado opuesto a ella, dejándole la respuesta más que clara. Quizá estaba siendo seco con ella, lo sé, pero no me apetecía hablar de nada ni con nadie.

En el aeropuerto, ya bien entrada la noche, nos vino a recoger Jim, uno de los chóferes de la empresa, y nos llevó, nada más y nada menos, que a nuestra nueva casa. No digo hogar, porque a día de hoy, aún no lo he sentido como tal. Antes del viaje ya habíamos hecho la mudanza, para así, al volver, empezar la nueva vida de casados. ¡Qué ironía!

No habíamos acordado cuál iba a ser nuestra postura ante nuestro matrimonio. Sabíamos que era de conveniencia, pero como no teníamos nada que nos atara a otras personas, en alguna ocasión habíamos tenido acercamientos. ¡Total, íbamos a casarnos! Pero, como bien sabéis, ya no podía pensar igual, por lo que decidí acomodarme en una de las habitaciones de invitados y dejé que ella se quedara con el dormitorio principal, aún sabiendo que mi acto dejaba una conversación pendiente.

—¡Buenos días! —saludó Bárbara, dándome un beso en la mejilla al pasar por mi lado. Moví la cabeza en señal de respuesta.

Quizá no eramos pareja, pero habíamos sido amigos desde tiempos inmemoriales, incluso sin cosas en común. ¡Menudo hipócrita estaba hecho!

—¿Has dormido bien? Pensé que vendrías al dormitorio principal.

—Necesitaba descansar y dormir bien.

—Entiendo. —Quisiera o no, ahí empezaba a sembrar la semilla de mi camino.

—Aunque creo que de momento, seguiré durmiendo allí.

—¿Por qué? ¡Qué más da Matt! A mí no me importa que durmamos juntos, ya lo sabes.

—Ya, pero no tiene mucho sentido. Nosotros no somos ese tipo de matrimonio, ¿verdad?

—Cierto, pero también podríamos tenerlo en cuenta...

Pronunció la frase de manera muy acaramelada y me di cuenta de que iba a ser más difícil de lo que había pensado. Jamás me enamoraría de ella y, por lo que entendía, ella tampoco lo haría de mí. Podíamos fingir delante de la gente, de hecho, es lo que habíamos estado haciendo, pero entre nosotros sabíamos que lo nuestro no era real.

—Bárbara, dejemos las cosas como están.

—Joder Matt, que raro has vuelto de las vacaciones. ¿Tendrá algo que ver la chica rubia del hotel?

—¡Qué dices!

—Tonta no soy. Ya sé que tuviste algo con ella. No me estarás diciendo que te has enamorado, ¿verdad? —expresó en tono gracioso, como si realmente fuera algo imposible.

—Claro que no, Babe. Parece mentira que no me conozcas.

Y sí, aquello fue una profesional maniobra de distracción. ¿Me conocía? La verdad es que ni yo mismo lo hacía.

Empezaron los cambios en la empresa. El traspaso se estaba haciendo efectivo y yo estaba trabajando más horas que un reloj, lo que por una parte agradecía infinitamente, así mi mente no tenía tiempo de boicotearme con pensamientos que aún no podía asimilar. Mi padre estaba compartiendo conmigo los secretos de la empresa, todos y cada uno de los detalles que debía tener en cuenta para conservar el mismo éxito, que todo sea dicho, era grandioso.

Me gustaba. Disfrutaba llevando el control. Me encantaba liderar un equipo, inventar estrategias, hacer nuevos aliados. Era un trabajo que me llenaba, pero también era consciente de que me quitaba tiempo de vida, lo que hasta ahora no me había importado.

Aunque mi mente estuviera cien por cien en la empresa, por las noches el rumbo de mis pensamientos vagaba por lugares más lejanos, como Kauai. ¿Qué estaría haciendo Camelia? ¿Pensaría en mí? ¿Se habría atrevido ya a viajar, a dar un paso adelante? Confiaba en que ella pudiera hacerlo, en vista de que yo seguía con las manos atadas.

Estuve hablando con mi hermana Maddie sobre la empresa y terminé sincerándome y abriendo mi corazón como había hecho con Cam. <<Quien me ha visto y quien me ve>>, pensé. Habíamos quedado en un restaurante cercano a las oficinas, a sabiendas de que podíamos encontrarnos a mi padre.

—Hermanito —Maddie abrió bien sus brazos.

—Hola renacuaja —contesté respondiendo a su achuchón.

—¿Cómo estás? —preguntó mientras no sentábamos.

—He estado mejor.

Maddie era cinco años más joven que yo. Nuestra relación era muy cercana, además de hermanos, también éramos amigos, pero no siempre había sido así. La diferencia de edad se hace más visible en los años de adolescencia y en los principios de la edad adulta, dónde las tonterías de una niña cuestan más de soportar. Pero Maddie había crecido y se había convertido en una mujer sorprendente. La miraba y no podía dejar de admirarla. Era una persona atenta, cariñosa y humilde; pensaba en los demás, pero a su vez, respetaba mucho sus decisiones y sus necesidades, cómo deberíamos hacer todos. En la universidad había sido la primera de su promoción, sacando matriculas de honor, sin dejar de banda sus relaciones sociales. Había estado rodeada de amigos y amigas, de los de verdad. Es decir, de los que yo carecía.

—Tengo tantas cosas que contarte Maddie...

—Aquí estamos entonces, soy toda oídos. —Sonrió a la vez que tomaba mi la mano.

Y le conté todo, desde la propuesta de papá de casarme con Bárbara, hasta lo que sentí por Camelia, pasando por mi vacía existencia. ¡Qué dramático me estaba volviendo! Pero que real me parecía y que sentido tenían todas las palabras que salían de mi boca.

—Joder Matt... ¿Pero cuándo ha pasado todo esto? Me sorprende escucharte, pero me alegra que empieces a ser consciente. Te quiero mucho, muchísimo. Pero es cierto que como persona siempre has dejado mucho que desear. Siento ser tan directa.

—No te preocupes, me va bien una ayudita para abrir más los ojos, que por lo que parece los he tenido mucho tiempo cerrados.

—¿Y quieres hacer algo? Es decir, todos estos nuevos pensamientos, ¿dónde te llevan?

—No lo sé Maddie, no tengo nada claro, pero sé que no estoy en el camino correcto.

—Y volviendo atrás en el tema... —Dio un sorbo a su copa de vino—. Me parece flipante que papá te chantajeara para cederte la empresa. Sé que muchas veces sus valores son una mierda, pero no pensé que caería tan bajo. Por lo visto, nunca conoces a nadie lo suficiente.

Maddie sabía de lo que hablaba. En pleno siglo veintiuno, mi padre creía que la empresa debía liderarla el primogénito varón, una gilipollez a mi parecer. Maddie deseaba coger las riendas de la compañía, estaba más que capacitada, pero mi padre no entraba en razón. Sus ideales no le permitían ver que Maddie podía aportar cosas brillantes al negocio familiar y, en su lugar, solo contaba conmigo para desempeñar esa labor.

—Maddie, creo que tú deberías liderar la empresa.

—Eso díselo a papá. No es capaz de entender que una mujer pueda tener el control y hacerlo incluso mejor que un hombre. No lo digo por ti, claro está.

—Lo sé. ¿Sabes que me contó? Que no se casó con mamá por amor, sino por negocios. Según él, debía hacerlo.

—¿De verdad? —Se sorprendió Maddie—. Ahora entiendo muchas cosas...

Seguramente, los dos callados, compartíamos pensamientos. Mamá ha sido una mujer muy sumisa, aceptando las decisiones de papá, incluso sin estar de acuerdo. Es cierto que los escuchaba discutir muchas veces en su habitación, sobre todo por Maddie, teniendo en cuenta que se estaba convirtiendo en una chica con demasiadas ambiciones y eso no entraba en los esquemas de mi padre. Pero aun así, ella no se atrevía a tomar decisiones si mi padre no las compartía.

—Necesito tiempo para pensar. No sé cómo lo haré, ni por dónde seguirá mi camino, pero quiero saber si estarías dispuesta a coger las riendas de Cox & Co llegado el momento.

—Matt, nada me haría más feliz. Estoy más que dispuesta y preparada, aunque sinceramente, lo veo un imposible.

—Tú déjame a mí, estoy seguro de que algo se me ocurrirá.

No quise encender la llama de Maddie, no quise que albergara esperanzas por algo que no sabría si conseguiría, pero de alguna manera, estaba tan convencido de que algún cambio ocurriría, que no lo pensé demasiado. Le abrí la puerta, dejé que la emoción entrara en ella de golpe, por lo que mi lucha estaba asegurada. Lo haría por ella y sobre todo, por mí.

Me gustaba la responsabilidad que poseía en el negocio, el puesto de director general, pero estaba disgustado y enfadado con las formas. Mi padre no había actuado bien y a mí me había hecho falta un tiempo para darme cuenta. Podría haberme fustigado, repetirme mil veces lo idiota que había sido, avergonzarme de mi gran hipocresía, pero en lugar de ello, convertí esas energías en pensar cómo podía enfrentarme a ello, como podía cambiar la situación en la que me encontraba.

Sabía que mi padre no aceptaría que Maddie se hiciera cargo de la empresa. Lo conocía muy bien para saber que no pensaba cambiar de opinión, jamás lo hacía; no sabía si por orgullo o por ignorancia. Cuando tomaba una decisión, iba con ella hasta el final, aunque por el camino encontrara obstáculos que dificultaran su llegada. Por ese motivo, tuve una conversación con uno de los abogados de la empresa, un amigo mío que me debía un favor. Le pregunté sobre mis posibles movimientos, sobre la posibilidad de cederle, yo mismo, la mitad de la dirección de la empresa a mi hermana, sin tener el consentimiento de mi padre. Era un movimiento arriesgado, pero debía estar preparado por si él no cedía a mi petición.

Me pregunté varias veces el porqué de mi empeño por cambiar las cosas. Era consciente de que me estaba metiendo en un gran berenjenal y las consecuencias podían ser catastróficas; pero lo tenía claro. Debía hacerlo, sabía que el beneficio personal sería inmenso y, además, podría ayudar a mi hermana a conseguir su sueño.

Iba paso a paso, sin prisas, siendo cuidadoso con cada movimiento; pero a veces las circunstancias de la vida, te empujan a tomar decisiones más apresuradas y aquel día, el destino me lo quiso mostrar. Estaba en mi oficina, como solía hacer de lunes a viernes durante las horas de luz solar. El teléfono sonó y Cora, al otro lado del teléfono, me comentó que Bárbara me estaba esperando abajo y que una amiga mía también había venido a visitarme. El estómago me dio un vuelco al escuchar su nombre. Camelia. Me quedé paralizado unos segundos, intentando entender lo que estaba pasando. ¿Camelia estaba allí? ¡No podía creerlo! Mil imágenes me pasaron por la cabeza, mientras mi corazón latía acelerado dificultando mi respiración. Cuando pude reaccionar, salté de mi silla con rapidez y cogí el ascensor, sintiendo que bajaba con desesperada lentitud. Antes de que la puerta se abriera, respiré hondo. Una pizca de esperanza se encendió al creer que había ido allí a buscarme, a proponerme algún plan loco que estaba deseando aceptar.

Llegué con la respiración justa para poder pronunciar:

—Cora, ¿dónde está?

—La señora Bárbara está...

—Camelia —la interrumpí. ¡Camelia! ¡Buscaba a Camelia!

Cora pareció buscar en todas direcciones, como si de repente, la hubiera perdido.

—Estaba allí mismo señor, en esa butaca.

Pero allí no había nadie. ¡Maldita sea, no estaba! Se había ido. Salí corriendo del hall hacia la calle y empecé a correr buscándola por todas partes, pero desgraciadamente, no la encontré. ¿Era una maldita broma del destino? ¿Dónde se había metido? Volví a la recepción rápidamente.

—¿Ha dejado un número de teléfono? ¿Una nota?

—Lo siento señor Cox, no ha dejado nada. Ella estaba ahí, pero no sé que ha debido pasar.

—¿Cómo era? —pregunté. Quizá era una broma de mal gusto, aunque casi nadie sabía de su existencia.

—Señor, era una chica rubia, bajita, con unos ojos verdes muy vivos.

¡Joder! No podía razonar porque me sentía totalmente fuera de mí. ¿Qué coño podía hacer? No tenía nada, ni un teléfono, ni una dirección, ni siquiera la había podido encontrar en redes sociales. Lo único que se me ocurrió fue que podía llamarla al Magnolia's, sí, eso haría. Me aseguraría que no estaba allí y le dejaría una nota, así podrían avisarla de que me llamara.

—Ah, señor Cox —comentó Cora cuando estaba de camino al ascensor—. La señora Bárbara también estaba por aquí. Ellas hablaron y después me dijo que le esperaría en casa.

—¿Cómo?

—Señor, no ha entendido lo que...

—¿Quiénes hablaron? ¿Bárbara habló con Camelia?

—Si señor, lo hizo como si se conocieran. Bárbara fue a saludarla cuando la vio.

¿Sabéis cuando una chispa de rabia se enciende dentro de tu cuerpo y, sin saber como, empieza a crecer sin límites y con una fuerza sobrehumana? Pues así mismo me sentía. ¿Habría sido capaz Bárbara de decirle algo a Camelia? Quise creer que no, que seguramente Camelia se habría ido porque tenía prisa, no por Bárbara. ¡Qué iluso!

Subí al despacho a recoger mi chaqueta y me fui camino a casa, tenía una conversación pendiente. Otra vez.

El camino, como era evidente, se me hizo eterno. Normalmente, cogía la moto para realizar el trayecto del trabajo a casa, pero necesitaba un poco de aire fresco para calmarme. Estaba tan cabreado que podía llegar a matar a Bárbara, estaba seguro de que ella era la única culpable de haber espantado a Camelia.

Vivíamos en Yaletown, a unos veinte minutos de dónde trabajábamos. Era un barrio de moda, con restaurantes y locales acostumbrados a la vida nocturna, dando servicio a los más ricos de la ciudad. Había soñado con vivir allí, pero cómo en los últimos meses me estaba pasando con todo, empezaba a aborrecerlo.

Llegué a casa y entré como un vendaval, lo cual me hizo darme cuenta de que así no conseguiría nada. Respiré hondo y la busqué por todo el ático, encontrándola en la habitación principal, dentro del baño.

—Bárbara —dije dando toquecitos a la puerta.

—Estoy dándome un baño, Matt.

—Necesito hablar contigo.

—Espérate a que salga.

—No, ahora —dije. Y entré en el baño, dónde ella estaba dentro de la bañera rodeada de espuma, salvándome la vista de su cuerpo desnudo, que en aquel instante era lo último que me apetecía ver.

—Joder, Matt. ¿No puede esperar?

—No, no puede.

—Mmm, ¿quieres darte un baño conmigo? Puedo hacerte un espacio... —declaró coqueta, apoyándose en el contorno de la bañera, dejando entrever parte de su pecho.

—No me toques los cojones Babe. ¿Qué has hecho?

Bárbara volvió a estirarse en la bañera poniendo cara de no haber roto nunca un plato y me desquició. ¡Autocontrol, ven a mí!

—¿Qué coño has hecho Bárbara?

—No sé de que me hablas, cariño.

—Si que lo sabes. Ella... Ella estaba allí. —Me tembló la voz y no pude evitarlo.

—¿Quién? —Hizo una mueca como si estuviera recordando—. Ah, la chica del hotel de la luna de miel.

—Si, Bárbara. Ella. ¿Qué le has dicho?

—Ay Matt, nada. Hemos hablado un poco y luego me ha dicho que tenía mucha prisa y se ha ido. No le des más importancia.

—Mira Bárbara, me tienes hasta las pelotas. Habla claro y deja de decir gilipolleces. Sé valiente y dime que mierda le has dicho.

—Joder, me parece que eres tu el que me está tocando a mí los ovarios, guapo. No me hables en ese tonito, ¿te queda claro? Porque puedo ser muy mala si me lo propongo.

—¡No me jodas! Por lo que parece, ya te lo has propuesto.

—¿Qué quieres que te diga? No sé qué quería ni a qué ha venido, pero simplemente le he dicho la verdad. Que estamos casados y que presentarse así a verte... Bueno, la verdad es que me ha parecido demasiado atrevido, ¿no crees?

—A ver Bárbara, déjame explicártelo otra vez. Estamos casados, pero no es un matrimonio al uso, no estamos juntos, ¿lo entiendes? ¡No lo estamos!

—Eso lo dices tú. A mí no me da la gana que una cualquiera venga a dejarme en evidencia, a buscar a mi marido humillándome delante de los demás. ¿Tú te crees que soy tonta? No pienso dejar que me arrebatas todo lo que he conseguido Matt, no lo creas ni por un segundo.

—¡Dios, esto es una puta locura! ¿Qué le has dicho?

—¿Quieres saberlo? —amenazó a la vez que se levantaba y salía del agua mostrándome su cuerpo desnudo, enseñándome así lo que había perdido—. Le dije que la vuelta de la luna de miel nos había unido y que, cómo regalo, estábamos esperando un bebé. Y ahora vete de mi puta habitación y déjame en paz.

¡*Boom!* Ahí estaba. Se había quedado tan tranquila después de decirlo que yo me quedé sin recursos, sin palabras para poder responderle. Le había dicho a Camelia que estaba embarazada y, aunque no sabía el porqué de su visita, estaba seguro de que la noticia le había hecho marcharse, sin darme opción a réplica.

Me fui. Me marché de casa a caminar por las calles iluminadas de la ciudad y terminé en la playa del West End, al inicio de Stanley Park, apoyado en uno de los muchos troncos que adornaban la arena de la zona. La luna se reflejaba en el agua y, ese espectáculo, me hizo pensar en qué había pasado para que todo cambiara. Qué pequeña pieza de ajedrez se había movido para desmontar una partida entera.

Camelia había creído a Bárbara y me dolió. Lo nuestro había sido verídico y la historia de Bárbara desmontaba toda realidad posible. Tenía claro que aquello no podía quedar así, había ido demasiado lejos, por lo que vi clara mi oportunidad de poner las cartas sobre la mesa y actuar en consecuencia. Bastaba ya de miedos e inseguridades, bastaba de dudar de mis próximos movimientos. Iría a por todas. Y no lo haría por Camelia, ni por Maddie, lo haría por mí, me lo debía.

Fue llegar a casa y respirar. Las últimas horas me habían descolocado, me habían removido de tal manera que en el viaje de vuelta fui incapaz de conciliar el sueño, y eso que era bien entrada la madrugada. ¿Qué me había pasado? Tenía un nombre muy claro: expectativas. Sin querer, sin ser consciente y, aún habiendo posibilidades de que saliera mal, había creído que el reencuentro con Matt sería una cosa fascinante, algo típico de cualquier novela romántica. Los dos mirándonos, sin saber qué decir, rozando nuestras manos, haciéndonos promesas de amor. Pero evidentemente, no era real, solo era una idea que mi mente, dándole permiso, había creado por mí. No era la primera vez que las expectativas me jugaban una mala pasada y, aunque esta vez había querido evitarlo, no había sido capaz.

Por ese motivo, pisar tierras hawaianas, me alivió un poco el dolor que sentía en el pecho, allí dónde el amor reside.

—Mi niña...

Las palabras de mi padre, tan simples a primera vista, me permitieron inspirar amor, cómo si fuera un bálsamo curativo para momentos de desamor. Lo había echado de menos y su abrazo me lo hizo recordar.

—Papá, tenía muchas ganas de verte.

—No más que yo cariño, no más que yo. —Me apretujaba contra él, rellorando la energía que me faltaba—. Déjame verte. ¿Estás bien?

—Claro papá, solo estoy cansada. ¡Ha sido muy largo el viaje!

—¡Me lo imagino! Pero ya estás en casa y puedes tomarte unos días libres para reponerte de tu aventura. Aquí lo tenemos todo controlado.

—Ay papá, gracias. Yo creo que con un poco de descanso ya estaré preparada para volver a la rutina. Dependerá del jet lag.

—No te precipites. ¡Ya lo decidirás!

Y volví a abrazarle esta vez con una sonrisa, refugiándome en sus brazos y reparándome de cualquier dolor.

—Estoy muy contento de tenerte aquí de nuevo. ¡Casi tres meses es mucho tiempo!

—¡Lo es! Yo también estoy contenta, papá. —Lo estaba, aunque no tanto como me hubiera gustado.

Volví a la rutina tres días más tarde. Me incorporé al trabajo con las mismas tareas, aunque no con tanto estrés, puesto que mi padre había repartido un poco más las responsabilidades de las que yo solía hacerme cargo.

Todo parecía haber vuelto a la normalidad, excepto mi mente, que no paraba de revivir las palabras tan desagradables que había recibido de Bárbara. Si lo pensaba bien, era difícil no juzgarse por lo que acababa de pasar. Ellos eran un matrimonio y yo me creí con derecho de ir a visitarlo,

buscando... No sé que iba buscando, sinceramente, pero está claro que no era lo que encontré. Me sentía enfadada con él, me sentía herida, pero quizá malinterpreté sus palabras cuando decía: <<Vive, yo lo haré>>. ¿A eso se refería? ¿Lo había olvidado todo para empezar una nueva vida? Mil preguntas se arremolinaban en mi cabeza y aunque la mayor parte del día intentaba tenerla silenciada, por la noche brotaban con empeño de nuevo, creando más y más dudas que no me dejaban dormir. Por lo que, buscando soluciones, recordé lo que me hacía sentir el yoga y decidí empezar las mañanas con aquellas prácticas que me sanaban el alma.

Funcionó. Por supuesto que no había olvidado a Matt ni tampoco las palabras que Bárbara me había dedicado, pero sorprendentemente, me sentía en paz con la experiencia vivida. Pensaba en él, pero sin hacerme daño. Me acordé de la frase que me dijeron en Katmandú: si tiene que ser, será, y con aquel lema, fui descansando poco a poco de tanto juicio y tanta crítica hacia mi misma, liberándome de tanto pensamiento negativo. Y un día, de repente, como cuando un rayo de luz atraviesa una nube gris, supe que había llegado el momento. Había pasado medio año desde mi vuelta de Katmandú, por lo que me sentía con ganas de emprender una nueva aventura.

—Papá —me acerqué a su despacho.

—Dime cariño.

—Ya sé que quiero hacer, lo tengo claro. —Levantó la vista de los papeles en los que andaba inmerso.

—No te sigo —aseguró bajándose las gafas al puente de la nariz y mirando por encima de ellas.

—Me voy a la India, papá.

—¿Qué se te ha perdido a ti en la India, cariño? —interpeló intentando no mostrarse alarmado con mi nueva decisión.

—He decidido hacer una formación de yoga y allí sé que encontraré lo que estoy buscando. Fue en India dónde se descubrió esta práctica, así que considero que es el mejor lugar para poder seguir este camino. Debo indagar e investigar un poco, pero estoy convencida. Me apetece mucho hacerlo.

—No sé que decirte ahora mismo Camelia, me pillas desprevenido.

—No necesito que digas nada, solo que estás de acuerdo de que vuelva a irme.

—Por supuesto, sabes que quiero que sigas tu camino y seas feliz.

—Entonces está decidido. Cuando tenga claro las fechas y el destino, ya te informaré. —Rodeé la mesa del escritorio y le di un beso en la mejilla y un abrazo, todo acompañado de una sonrisa genuina, de las que te afirman que estás en el camino correcto.

A partir de ahí, mi mente únicamente estaba centrada en esta nueva aventura, que cada vez tenía más ganas de que llegara.

Volvía a irme y, esta vez, a diferencia del viaje anterior, el miedo había desaparecido. Me sentía orgullosa de mi decisión. La despedida fue difícil, como todas las que he vivido, pero con la seguridad de que volvería. Me esperaban seis meses de estancia en la India, seis meses que dedicaría a formarme en la práctica del Yoga, sabiendo que cambiaría completamente mi modo de enfrentarme al mundo, si no lo había hecho ya.

La experiencia fue sencillamente espectacular. ¿Sabéis esa sensación de placidez que solo se vive cuando tu cuerpo está en sintonía con tus propios pensamientos? Así me sentía yo después de seis meses en aquel país tan especial.

Durante mi estancia, dediqué mis días a formarme para ser profesora de yoga, aunque el objetivo fuera otro. Había descubierto que esa práctica me ayudaba a fluir y disfrutar de los pequeños detalles, agradeciendo de una manera sana y sincera, cada minuto de vida.

Durante el período de formación, el día a día era potente y dedicado. Muy duro, a decir verdad. Las clases duraban algo más de doce horas, desde bien entrada la mañana, hasta el atardecer, cuando el cuerpo ya pedía a gritos un descanso.

Realicé varios cursos de diferentes niveles, lo que me permitió conocer a distintos profesores — verdaderos sabios a mi parecer— y por lo tanto, distintas maneras de enfocar las prácticas, aunque al final, todos seguían la misma filosofía: la trascendencia de los sentidos, la mente y el intelecto. Aprender yoga en la India permitía hacerlo desde una visión holística, aprendiendo yoga más allá de la práctica de posturas —llamadas *asanas*—, y trabajando sobre todo la respiración, a través de un conjunto de técnicas llamadas *Pranayama*. Además, también nos centramos en la meditación y en el mantra. Entre un curso y otro, me tomaba un período de vacaciones, dónde realizaba las prácticas de manera individual y meditaba, con la intención de seguir el camino que estaba descubriendo.

Durante ese tiempo, experimenté miles de sentimientos que me ayudaron a limpiar mi mente, mi corazón y mi cuerpo y, aunque la dureza era visible, la satisfacción final era la evidencia de que estar allí había valido la pena.

Me temblaban las manos y no podía dejar de pensar en si estaba o no haciendo lo correcto. La inseguridad se estaba adueñando de mí y dudaba de cada movimiento. Pero debía hacerlo, de lo contrario, todo habría sido en vano.

Piqué con los nudillos en la puerta del despacho, intentando sonar firme, como quería que sonara mi voz unos segundos después.

—Hola papá —me acerqué con seguridad a su mesa, la que aún ocupaba.

—Dime hijo, ¿necesitas algo?

—Sí, quería hablar contigo de algo.

—Dame un minuto.

Mi padre había decidido conservar su despacho, aunque al traspasarme la dirección de la empresa había delegado todas y cada una de las tareas en mí. Aun así, la grandiosidad del edificio me había permitido instalarme en un despacho grande, diáfano y con vistas a los rascacielos de la ciudad. Además, a lo lejos, también podía ver el mar, una imagen que me relajaba y me estresaba a partes iguales. De todas maneras, estaba dispuesto a renunciar a esas cuatro paredes si todo no salía como había planeado.

—Dime.

Mi padre era un hombre serio, de convicciones firmes e ideas antiguas. Había sido educado de manera muy estricta, por lo que él había intentado hacer lo mismo con Maddie y conmigo, lo que a mi parecer no había funcionado como esperaba. Su aspecto, además de su carácter, hacía que todas las personas que conocía bailaran a su son, sin atreverse a llevarle la contraria. Era implacable, y aquello, de alguna manera, me empujaba más a contradecirlo. ¿Lo hacía por rencor? ¿Por rabia? Quería pensar que lo hacía porque era lo correcto, aunque no hubiera puesto la mano en el fuego por tal afirmación.

—Hace ya meses que asumí el cargo de director de esta empresa y la verdad es que he aprendido muchísimo sobre muchas cosas, pero también me ha hecho darme cuenta de otras.

—Hijo, ves al grano.

—Está bien. —Respiré hondo para coger las fuerzas necesarias para atravesar las barreras que mi padre había construido a su alrededor—. Quiero que Maddie sea la directora de esta empresa, papá.

—No digas tonterías, Matthew. ¿Qué mosca te ha picado? Por lo que tengo entendido, tú querías ese cargo y ya lo tienes. ¿Qué coño quieres ahora?

—Papá, Maddie lo merece más que yo. Está más formada y sus ganas y su empeño pueden llevar a la empresa mucho más lejos de lo que está. Maddie es brillante y merece ese puesto.

—Esta conversación ya la hemos tenido y ya tomé mi decisión, no voy a cambiarla.

—Me gustaría que lo pensaras bien. Yo seguiría formando parte de la empresa, pero creo que ella es la que debería supervisar todo.

—Sinceramente, no sé a qué viene esto ahora. ¿Ya te has cansado? ¿Qué quieres hacer ahora, viajar y tocarte las pelotas? No esperaba esto de ti, hijo. —Soplé.

—No papá, no tiene nada que ver con eso. Sigo pensando que Maddie...

—Ya lo he dejado claro —interrumpió—. ¿Hace falta que te lo repita?

La paciencia nunca había sido una de mis virtudes, pero pensaba apostar más por ella. Me sentía orgulloso de la paz que respiraba, aunque por dentro fuera un manojo de nervios. Respiré hondo y continúe, me tocaba contraatacar.

—Está bien, papá. Lo he intentado por las buenas, pero parece que no entras en razón. Si no estás dispuesto a hacer el traspaso de mi cargo a Maddie, voy a renunciar a mi puesto.

—No puedes hacer eso. —La rabia encendió sus ojos y sus mejillas, como si fuera un volcán a punto de explotar—. Ella no puede hacerse cargo de la empresa.

—Puedo hacerlo y lo haré. Deberías saber que Maddie es muy capaz de todo, es una pena que no sepas ver todo su potencial por el simple hecho de ser una mujer.

—Matthew, estás cometiendo un error. No puedes renunciar, hay cláusulas del contrato que te lo prohíben.

—Papá, no digas tonterías. Puedo hacer lo que me de la gana. No estoy cometiendo ningún error, al contrario que tú. Por cierto, voy a divorciarme de Bárbara. Me dan igual las alianzas, los tratos o lo que hayas hecho, pero ya no podrás manipularme más.

—Te prohíbo que me hables así —gritó, dando un golpe en la mesa. Su actitud me calmó, aunque pudiera parecer lo contrario. No quería estar a las órdenes de un hombre que carecía de sentimientos.

—Deberías haberlo pensado antes. No quería que termináramos así, pero veo que tus juicios no te permiten ver más allá, te nublan la vista. A modo informativo te diré que en una semana me marcho de Vancouver por un tiempo. Si recapacitas, estaré dispuesto a firmar para hacer el traspaso a Maddie y seguiré formando parte de la empresa, ayudándola en su gestión y asumiendo algunas tareas, pero solo en el caso de que se haga efectivo el cambio. De lo contrario, no volveré a trabajar en Cox & Co nunca más.

Dejé a mi padre sin palabras, pero con una rabia interior de campeonato. Con seguridad, me giré hacia la puerta y caminé, mientras me sentía triunfante por no haber perdido los nervios, por haberme mostrado tranquilo e implacable, tal y como él me había enseñado.

La semana pasó rápido sin apenas darme cuenta. Entre una cosa y otra, había estado ocupado las veinticuatro horas del día.

—¿Ya lo tienes todo listo? —preguntó Maddie.

En los últimos meses, nuestra relación se había hecho más fuerte, si es que era posible. Maddie era simplemente maravillosa y me enorgullecía ser su hermano. Había aprendido mucho de ella; su temple, su seguridad y su capacidad para gestionar conflictos. Había tenido que soportar como nuestro padre le quitaba valor por el simple hecho de ser mujer y eso a cualquier persona le hubiera crispado y enfadado, pero Maddie lo entendía, mostraba empatía incluso en ese caso.

—¿Ya has pensado que vas a hacer? Papá no ha hecho ningún movimiento y no tengo claro si su orgullo le permitirá hacerlo.

—No te preocupes, Matt. Tengo fe en que cambiará de opinión, solo necesita tiempo. Debe ser duro que un hijo te plante cara, y él aún debe estar asumiéndolo. Además, confío en que mamá conseguirá que se ablande.

—No sé que decirte, la verdad. Yo no lo veo tan claro.

El sonido del teléfono cortó nuestra conversación. Habíamos recibido un mensaje, cada uno en su

teléfono, de nada más y nada menos que nuestro padre. Poco a poco, las cosas se iban recolocando...

<<Necesito hablar con vosotros, os espero en mi despacho a las doce>>.

Ahí estaba. Mi padre había estado pensando en mi propuesta, aunque todavía no tenía claro cuál sería el veredicto final, la última sentencia. Maddie y yo hicimos mil conjeturas mientras íbamos de camino en el coche, suponiendo qué podría haber ablandado el corazón de nuestro padre o si en cambio, solo pensaba decirnos que seguiría él al cargo. Quería creer que mis palabras habían provocado un cambio positivo, una idea nueva en la que mi padre no había reparado. Los nervios se acrecentaron conforme el ascensor iba subiendo hasta el noveno piso, allí dónde se encontraba su despacho.

Picamos a la puerta y entramos, sin esperar a que él nos dijera que podíamos pasar. Nos sentamos uno al lado del otro, delante de su mesa. Eramos dos contra uno, y de eso mi padre era muy consciente. De alguna manera, nos tenía en su contra, nos había ido tirando piedras que habían creado un gran muro, por el cual era difícil volver a acceder. ¿Lo hacía de manera consciente? Creía que no, que sus recursos, su exitosa y responsable vida, no le habían ayudado a hacerlo de otra manera. Estaba al pie del cañón, siempre, velando por sus intereses y por el crecimiento de Cox & Co.

—Tú dirás —dije en un tono serio, con las manos entrelazadas y los codos apoyados en las rodillas.

Maddie estaba nerviosa. Ella deseaba por fin que papá la viera y la reconociera, que le diera el valor que tanto había anhelado y, sorprendentemente, aún no había perdido la ilusión creyendo que el día llegaría. Y allí estaba, plantada delante de él, esperando oír de una vez por todas lo que había estado soñando.

—Veréis, llevo toda la semana pensando en la propuesta de Matthew y tengo que decir que me pareció una locura cuando me lo propuso. Desde siempre he creído y, me han hecho creer, que el hombre es el encargado de llevar las riendas, de controlarlo todo. Mi padre, al hacerme el traspaso de esta empresa, me dejó claro que debía ser mi primogénito el que tomara el mando. Nunca se planteó la posibilidad de que pudiera ser Maddie y, quizá por ello, yo tampoco lo hice.

Nosotros lo escuchábamos atentos, viendo la cara oculta de mi padre, esa que nunca había mostrado. Debía ser duro estar continuamente a pie de guerra, sin mostrar ni un ápice de humanidad delante de sus trabajadores, incluso delante de sus hijos. Sinceramente, lo vi vulnerable y me gustó. Es realmente admirable mostrar la parte vulnerable de cada uno, sin sentirla como la parte débil, y a los hombres, por regla general, nos cuesta más hacerlo. Pero gracias a la evolución, al empoderamiento de la mujer, todo parece ir avanzando, aunque lo haga a pasos de tortuga.

—Estuve hablando con vuestra madre y joder... —Pareció romperse un poco—. He sido muy duro con vosotros, pero creí, de veras, que estaba ayudándoos a crecer más fuertes, más independientes, más seguros de vosotros mismos. Matthew, confiaba en tus capacidades, pero sinceramente, nunca me planteé las de Maddie... Y sé que eres capaz de todo cariño —expresó mirándola con admiración—. Lo sé porque siempre lo has demostrado, aunque yo tuviera los ojos vendados.

>>Tengo que reconocer que se me hace raro pensar en que Maddie pueda dirigir nuestra empresa, no porque dude de ti hija, sino porque hasta hace una semana jamás había cruzado mi mente. Pero estoy dispuesto a darte la oportunidad, a dejar que me demuestres lo que puedes hacer y así me des una lección de vida.

A Maddie se le iluminaron sus ojos marrones, brillando más de lo que ya estábamos acostumbrados a contemplar. Se sentía afortunada y orgullosa de nuestro padre, aunque no lo hubiera verbalizado. El amor que profesaba Maddie a todos nosotros, era real, puro y eso la hacía aún más

única, enseñándonos a todos lo que es querer sin contemplaciones, sin dudas, sin juicios ni rencores. Era un diamante en bruto y por fin, íbamos a poder verla en acción.

—Papá —aclaró Maddie con la voz entrecortada—. Prometo que no te decepcionaré, puedo hacerlo.

—Cariño, siento si te he dado otra impresión hasta ahora, pero nunca podrás decepcionarme.

Ella fue hacia mi padre, rodeando la mesa, y le dio un abrazo cálido y lleno de amor, cómo solo ella sabía darlos.

—Papá, joder, gracias —dije yo—. Cuando veníamos para aquí, no sabíamos lo que nos ibas a decir, pero deseábamos que fuera esto que acaba de pasar. Maddie es muy competente papá, ella puede con todo.

—Lo sé hijo, y siento no haberlo visto. Puse en ti todas mis energías, mostrándome severo contigo, sin darte la opción a decidir nada por ti mismo. Pero veo que has sido más valiente que yo y has podido modificar tu camino antes de que fuera demasiado tarde. En cuánto a Bárbara...

—Si, voy a divorciarme. Ella me lo está poniendo un poco difícil, pero tengo claro que quiero hacerlo. Nunca la quise papá, al menos no de esa manera.

—Entiendo, ¿puedo preguntar dónde vas?

—Voy en busca de mi felicidad y tengo una ligera idea de dónde puedo encontrarla.

Llevaba meses sin pisar mi preciosa isla, mi hogar. Mi vida había cambiado tanto en el último año, que ni yo misma era consciente de mi realidad. Los acontecimientos del pasado año me habían llevado a tomar decisiones importantes y no podía estar más contenta de haberlo hecho. Por fin, había tomado las riendas y me había tirado a la piscina. Y allí estaba yo, pisando de nuevo el suelo de mi templo, pero sintiéndome totalmente distinta, renovada, libre. A lo lejos, vi la sonrisa de mi padre, la que echaba tanto de menos, y corrí a sus brazos cómo cuando era pequeña y él me venía a buscar al colegio.

—¡Papá! Oh, papá.... —Las lágrimas se agolparon de repente en mis ojos, nublándome la vista—. ¡Cuánto te he echado de menos!

—Cariño, mi preciosa Camelia. ¿Cómo estás? ¡Déjame verte! —manifestó aguantando sus lágrimas—. ¿Cómo ha ido el viaje de vuelta?

—Ha ido todo genial, papá. Ha sido una experiencia fascinante.

—Me alegro tanto de que tomaras esa decisión. ¿Ha valido la pena?

—Muchísimo.

—Entonces, no puedo pedir más. Gracias cariño, por ser tan valiente y por hacerme ver lo equivocado que estaba reteniéndote aquí. Ya con el primer viaje lo vi claro, pero esta vez, he terminado de reafirmarme.

—Papá, tú no tuviste la culpa de nada.

—Sí hija, sí. Podría haber estado más atento a tus señales, podría haber pensado en lo que tú necesitabas y no centrarme tanto en el hotel. Me equivoqué.

—Entiendo lo que quieres decir, pero no quiero oírtelo. Tus actuaciones fueron igual de válidas que otras, lo hiciste por el hotel, por mí y por ti, y fue tan lícito cómo cualquier otra decisión que hubieras tomado. Así que déjate de reproches y ponme al día. ¿Cómo ha ido todo por aquí estos últimos seis meses?

—Ay hija, todo muy tranquilo. Olina me ha estado ayudando mucho... —Se ruborizó y me enternecí.

—¿Cómo va con ella? ¡Quiero que me cuentes más!

—Lo haré Cam, lo haré. Pero ahora debo ir a atender el servicio de comedor y necesito que me hagas un favor.

—¿Ya me estás dando faena? —reproché en tono cómico—. Si lo llego a saber entro por la puerta de atrás...

—¡Muy graciosa! No, de verdad. Necesito que vayas a la caseta de alquiler de canoas, porque necesito que le digas al chico que se quede en el puesto una hora más esta tarde.

—¿Y por qué no se lo dices por el walkie-talkie? —contesté extrañada.

—Ya lo he probado y no lo coge. Debe tener mucha faena.

—Ay papá, está bien. Iré a casa a dejar todas las cosas y me acerco a la caseta, no te preocupes.

—Gracias hija. ¿Nos vemos esta noche para cenar?

—¡Claro papá! —Le di un abrazo—. ¿Sabes qué?

—Dime preciosa.

—Te he echado mucho de menos. Te quiero.

—Y yo a ti cariño.

Cogí mis cosas y me dirigí a mi casa, deseando deshacer las maletas y tumbarme en la cama, aunque rápidamente recordé que tenía que pasarme por el puesto de canoas. Pensé que seguramente sería un nuevo fichaje, ya que mis compañeros del resort, normalmente, se adaptaban al flujo de clientes más que al horario que debían cumplir.

Al abrir la puerta de mi casa inspiré profundamente, dejando que todos los olores que allí convivían fluyeran por dentro de mis fosas nasales, inundando mi mente de recuerdos bonitos y otros no tan bonitos que había aprendido a sobrellevar. Decidí que más tarde desharía mi equipaje y me estiré unos minutos en la cama, dejándome mecer por la brisa que entraba por la ventana. Como era de esperar, me quedé dormida profunda y relajadamente, perdiendo la noción del tiempo. Al abrir los ojos, me di cuenta de que el sol ya estaba perdiendo altura, creando en el horizonte esa mezcla de colores tan preciosa y que tanto había echado de menos. Naranja, rojo, rosa, amarillo... Una de las mejores visiones de la isla, sin duda. Me apresuré como pude y salí de casa en dirección a la garita de canoas.

A lo lejos, vi como el chico ya estaba recogiendo la caseta. No parecía tener ningún cliente, así que tampoco creí necesario que se quedara, pero consideré que era mejor seguir las ordenes de mi padre, no quería empezar con mal pie. Al llegar, el chico en cuestión estaba de espaldas, recogiendo el material con una destreza propia de alguien que lleva tiempo trabajando en esto. Me sorprendí al darme cuenta de que me parecía familiar, como si lo conociera de alguna cosa.

—¡Hola! —alcé la voz para que el chico pudiera oírme—. Soy Camelia, hija de Jack. Venía a decirte... —Me quedé muda durante unos segundos.

—Hola Cam. —Esa voz. Esa voz la reconocería en cualquier sitio. Además, la acompañó de una sonrisa que me dejó sin palabras.

—¿Qué haces aquí? No estoy entendiendo nada. —Mi mente no paraba de barajar ideas y de pensar en qué podría estar haciendo Matt allí, pero ninguna de ellas me cuadraba lo suficiente cómo para entenderlo—. Esto no tiene sentido.

Estaba distinto. Sus ojos desprendían una luz que nunca antes había conocido y se había dejado crecer la barba, pareciéndome más guapo aun.

—Si que tiene sentido Cam, trabajo aquí.

—¿Qué quieres decir? ¿Desde cuándo?

—Desde hace unos cinco meses aproximadamente.

—¿Qué? ¿Por qué? —Me sentía completamente paralizada. Me acordé de la conversación que tuve con Bárbara y de golpe el enfado creció de manera vertiginosa—. ¿Y tu bebé? ¿Has abandonado a tu hijo para venir a alquilar canoas?

—Camelia, no existe ningún bebé. —Me habló con tranquilidad, como el que tiene la certeza de saber que lleva la razón, que no hay porqué alarmarse—. Hablé con Bárbara cuando te fuiste y me lo confesó todo. Todas aquellas mentiras las inventó para alejarte de mí.

—¿Por qué haría eso? No me mientas, Matt, no lo hagas.

—Camelia, estoy diciéndote toda la verdad. No hay ninguna razón por la que deba mentirte. —Me ofreció su mano, pidiéndome que le acompañara—. Ven, déjame explicarte.

Accedí, porque quería saber qué demonios estaba haciendo allí y saber qué había pasado realmente. Era como si, al marcharme, todo hubiera desaparecido, y verlo a él allí, me había devuelto los recuerdos, tanto como los buenos como los no tan buenos. Nos sentamos en la orilla de la playa, allí dónde el agua no tenía fuerza para llegar.

—Desde que volví a Vancouver, todo cambió. Las dos semanas que pasé en la isla, contigo, me despertaron, como si hubiera estado dormido durante toda mi vida. Me percaté de que el camino que estaba llevando no me llenaba, no era lo que quería, pero darte cuenta de algo así no es fácil. Me sentía atrapado pero hasta que no te conocí, no pude abrir los ojos.

—Yo no hice nada, Matt.

—Si lo hiciste, aunque no fueras consciente. Fuiste tu misma. Me hablaste de tus días, de tus sueños, de tus inquietudes, todo con una sonrisa y con una fuerza que caló en mí. Tu energía me envolvió y me empujó a echar un vistazo a mi propia realidad, reparando en que no estaba viviendo, solamente sobrevivía.

—Cuando te fuiste, no volví a saber de ti. Lo que habíamos vivido me pareció tan real...

—Fue real. Pero necesitaba hacer gestiones, organizar la empresa, organizar mi mente y mi vida. Necesitaba hacerlo por mi mismo, no por ninguna razón externa, aunque esa razón fuera la que me había abierto los ojos. Pero no todo fue tan fácil... Bárbara no me lo puso fácil, porque eso implicaba que nuestra unión debía romperse y eso no le hacía ninguna gracia. Alejarse de los lujos, de las fiestas de gala, de todo el caché que nuestro matrimonio le aportaba, todo era una derrota para ella, había perdido, y eso no me lo pudo perdonar. Bárbara ha sido y es una persona superficial, como yo lo fui, hasta que te conocí.

—Pero, ¿entonces, no estaba embarazada?

—No Cam, no lo estaba, nunca lo estuvo.

—¿Y la empresa? Por lo que entendí tu padre te había nombrado director general.

—Es una larga historia que si me dejas, te contaré encantado, pero preferiría hacerlo en otra ocasión.

Matt no dejaba de mirarme. Me hablaba con serenidad, explicándome todos los detalles y contestando a cada una de mis preguntas, cómo si deseara compartir todos y cada uno de sus pensamientos. No podía creer lo que estaba pasando. Unas horas antes, estaba en un avión volviendo a mi rutina, a mi día a día, después de haber hecho un viaje que me había cambiado completamente. Y en ese mismo instante, me encontraba hablando con Matt, al que hacía casi un año que no veía, y por el que seguía sintiendo lo mismo y con la misma fuerza. ¿Podía eso ser posible?

—¿Y qué haces aquí? —pregunté, queriendo saber más—. ¿Llevas aquí cinco meses trabajando?

—Si. Y vine a por ti, Camelia. Vine a buscarte. Vine a por mi oportunidad de ser feliz.

—Pero yo no estaba.

—Lo sé. —Y sonrió—. Al llegar aquí y darme cuenta de que no estabas, hablé con Jack, tu padre, y le conté nuestra historia. Le conté cómo me había enamorado de ti y cómo seguía soñando contigo cada noche. Le conté que quería acompañarte en tu camino, que quería estar contigo y ver qué podía depararnos el futuro.

Mientras iba recitando esas palabras, Matt se iba acercando cada vez más a mí, cogiendo mis manos con delicadeza y dedicándome una mirada llena de sueños.

—Le dije que te esperaría todos los días, hasta poder verte y preguntarte una cosa.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué pregunta?

—Camelia, ¿quieres que nos demos una oportunidad?

—¿Cómo vas? —preguntó.

—¿A ti que te parece? —Le mostré el sudor que caía por mi espalda—. ¿Me la estás devolviendo, verdad?

Le hizo gracia mi comentario, porque me sonrió con ese gesto al que aún no me había acostumbrado. Recordé nuestra excursión por Kauai, el Kalalau Trail, una de nuestras primeras aventuras juntos. Allí nos descubrimos, nos conocimos un poco más, nos acercamos lento, sin saber que nos calaría tan hondo, tal y como lo había hecho.

—¿Te refieres a la excursión interminable? ¿O a la brillante broma del tiburón? Porque no, no se me ocurriría devolvértela... —Puso cara de buen niño, sonriéndome cómo lo haría alguien que acababa de mentir deliberadamente.

—No puedo creer que aún no lo hayas olvidado, veo que te toqué la fibra.

Intentó atraparme, pero con las fuerzas que todavía me quedaban, salí corriendo hacia arriba, escapándome de él y de sus atractivas garras. No sabía dónde estábamos yendo, pero estaba segura de que valdría la pena. Habíamos empezado a subir una montaña con una gran pendiente, encontrándonos rocas y piedras por el camino, las cuales ayudaban a reafirmar el paso. Los troncos de los árboles, así como sus ramas, se cernían sobre el camino, privándonos del sol, ese sol que raras veces asomaba en aquella ciudad. Encontramos por el camino carteles que marcaban la distancia recorrida, dejando claro que aún me quedaba la mitad del trayecto total, así que decidí seguir a buen ritmo pero vigilando no cansarme demasiado.

—Ya estamos llegando, solo falta un empujón más.

Y por supuesto, al llegar arriba pude comprobar que sí, había valido la pena. Estábamos en Grouse Mountain y acabábamos de ascender por el Grouse Grind, un sendero de tan solo tres kilómetros, pero con ochocientos cincuenta y tres metros de desnivel positivo. Parecía poco, ¡pero tardamos hora y media en llegar a destino! Solo estaba autorizado hacer el camino de subida, para bajar debías coger la góndola—y para subir, pero únicamente los más inteligentes parecían hacerlo—. Desde el mirador, se podía ver toda la ciudad de Vancouver a nuestros pies, el Lion's Gate Bridge, Stanley Park, así como parte del océano Pacífico. Matt comentó que habíamos tenido suerte, dado que no era habitual tener un día soleado, por lo que podíamos sentirnos realmente afortunados con las extraordinarias vistas.

Pero yo, no solo me sentía afortunada por el sol, por las vistas, o por el olor a naturaleza que inundaba mis fosas nasales, sino por estar compartiendo cada segundo de mis días con él. Un año atrás, no hubiera podido presentir que me encontraría allí, en la ciudad de Vancouver, con Matt a mi lado. La última visita a la ciudad fue un desastre, cuando Bárbara me mintió a la cara diciéndome que estaba esperando un bebé y la creí, por supuesto que la creí, porque era más fácil creer que él

había pasado página, que enfrentarme a la verdad. Había dejado que se fuera, sin luchar por nosotros, sin ni siquiera haberme despedido de él.

—Cam, ¿estás aquí?

Matt me trajo de vuelta de mis pensamientos.

—¡Es precioso Matt! Ha valido la pena el esfuerzo.

—Lo sé. Cada vez que subo aquí, vuelvo a sorprenderme.

—¿Cómo vamos de tiempo? —Matt miró el reloj en respuesta a mi pregunta.

—Bien, todavía tenemos un par de horas para volver a casa a acabar de recoger las cosas.

Tranquilamente, nos encaminamos hacia la góndola para hacer el camino inverso y volver al aparcamiento dónde teníamos el coche. El camino de vuelta a casa fue tranquilo, silencioso. Debíamos terminar de preparar la maleta, porque el vuelo salía a mediodía y no podíamos ni queríamos perderlo.

—Ya lo tengo todo —dije.

—¿Estás segura? —preguntó Matt, instaurando en mí la duda.

—Mmm, si, creo que si. —Me dediqué a pasear por la habitación, observándolo todo, por si me había olvidado alguna cosa.

—Yo creo que te dejas algo...

Mientras pronunciaba las palabras, se acercaba a mí, despacio, separando la distancia que había entre nosotros y que, desde hacía meses, preferíamos evitar. Llevábamos seis meses en Vancouver, después de haber pasado otros seis en mi isla, juntos. Sí, nos dimos la oportunidad, y este año a su lado había sido un constante aprendizaje, un camino lleno de dificultades pero que con voluntad habíamos podido solucionar. Juntos, todo había sido más sencillo. Juntos, todo había sido más.

—No sé de qué me hablas. —Me hice la despistada, aunque ya sabía que buscaba ese beso, el que no nos habíamos dado en los últimos minutos.

Sin miramientos, se agachó y me alzó, de manera que yo pude enroscar las piernas a su cintura. Sus manos apretaban mis nalgas, cogiéndome con fuerza, para que yo no cayera, pero también por su necesidad de sostenerme. Los besos cada vez empezaron a ser más profundos, más llenos de pasión y menos dulces que al principio.

Con maestría, me dejó caer en la cama, y fue dejando un reguero de besos en mi piel, siguiendo un camino solo conocido por él, que empezaba en mis labios y terminaba allí dónde sabía que podía tocar el cielo. Con sus manos aferradas a mis caderas, fue bajando poco a poco, saboreándome y dejando que mi excitación fuera creciendo por segundos.

—Matt... —susurré—, no aguanto.

Mis deseos parecieron órdenes y, casi sin darme cuenta, había llegado a destino y empezaba a lamerme con prisa, llevándome a la locura. Noté el cosquilleo y seguidamente llegó el clímax, antes de lo esperado, provocando que mi espalda se arqueara y yo gritara de placer, algo a lo que me había acostumbrado desde que Matt estaba a mi lado. Habíamos descubierto que nuestros cuerpos se acoplaban de una manera casi mística, como cuando en un rompecabezas encuentras la pieza que encaja, así, sin esfuerzo. Matt había ido descubriendo cada uno de mis rincones escondidos y yo había hecho lo mismo con su cuerpo.

—No pares —sentencié.

—No pienso hacerlo.

Y así fue. Me embistió con ímpetu, con fuerza, consintiendo que todo fluyera entre nosotros. En cada empujón, Matt decía una sílaba con voz ronca, dejándome caer varios <<te quiero>> antes de vaciarse por completo. Gritó mi nombre, gruñó y yo me sentí más enamorada que nunca. Cayó

exhausto encima de mi cuerpo, colocando sus labios en mi cuello y oliéndome como lo había pillado varias veces haciéndolo.

Rodó hacia mi derecha y se colocó a mi lado, girando su cuerpo y quedando cara a cara. Me perdí una vez más en esos ojos grises que desde el primer momento, me habían llamado la atención.

—Yo también te quiero.

Y lo dije de verdad, des de el fondo de mi corazón, sabiendo que eran ciertas cada una de esas letras. Lo quería. Me había enamorado de él sin poder remediarlo tiempo atrás y, una vez nos reencontramos, mi amor fue creciendo sin freno.

Horas más tarde, pisábamos de nuevo Kauai. No teníamos tiempo que perder, porque aquella misma noche era el gran evento, el que tanto había esperado. Roberto nos había recogido en el aeropuerto y fuimos hacia casa, nuestra casa. Allí, dejamos las maletas de cualquier manera y corrimos hacia la ducha, dónde de nuevo Matt me dejó exhausta.

—Me estás robando toda la energía —espeté—. No sé si podré aguantar despierta hoy.

—Lo harás —expresó con su sonrisa de medio lado—. Y más te vale recuperarla, porque me pasaré toda la noche deseando quitarte ese vestido tan bonito que te has comprado para la ocasión y que, por supuesto, haré cuando abramos de nuevo esta puerta. —Hizo un silencio meditado—. Eso si no te lo quito antes.

Lo besé una vez más y, rápidamente, empezamos a vestirnos. Íbamos los dos de blanco, él con una camisa ancha y unos pantalones bombachos, yo con un vestido palabra de honor de falda larga. Me hice una trenza que rodeaba la parte baja de mi cabeza y me maquillé con tonos suaves, acorde con el atuendo que había decidido.

—Estás preciosa, Cam.

—Gracias amor.

—Lo que te digo, ya estoy deseando quitártelo.

Salimos de casa preparados para la gran noche. Me sentía nerviosa, pero a la vez, la dicha que me embargaba era digna de contemplar. Se me notaba en los ojos, brillantes y despiertos, los cuales deseaban captar y guardar cada detalle de lo que estaba por llegar. Fui a ver a mi padre, mientras Matt se acercaba a la playa a supervisar la organización.

—Oh cariño, estás preciosa.

—Gracias papá. Tú estás guapísimo. —Lo abracé, derramando una lágrima silenciosa por mi mejilla—. No puedo creer que haya llegado el día.

—Lo sé hija, el tiempo vuela.

—Sí, ¿verdad? Los seis meses en Vancouver nos han pasado muy rápido y ya estamos aquí de nuevo, para pasar otra temporada en el Magnolia's.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti papá.

El silencio nos envolvió, nos atrapó, pero al estar juntos, no pudo engullirnos. Los dos teníamos a la misma persona en mente, a mamá. La echaba tanto de menos que a veces aún dolía, aún sentía la pena dentro de mí, dificultándome la respiración. Hacía más de diez años que ya no estaba con nosotros, pero seguía pensando en ella cada segundo del día.

—Cariño, Magnolia fue el amor de mi vida. Sentíamos la vida igual, la vivíamos igual. Y su amor me dio el regalo más bonito, a ti. —Mi padre se limpió una lágrima de agradecimiento—. Doy gracias al destino por haberme cruzado con ella, porque sé que esté dónde esté, estará velando por nosotros, acompañándonos en este camino y sonriendo por todas las cosas buenas que nos pasen.

—Como el día de hoy.

—Así es, como el día de hoy.

—Yo también siento que si mamá nos viera, estaría orgullosa de lo que hemos conseguido y, sobre todo, de ver que seguimos adelante y vivimos la vida, como ella siempre nos enseñó.

Fue un momento muy emotivo. Nos abrazamos al terminar nuestra conversación y, de alguna manera, sentimos que ella estaba con nosotros, que nos daba la bendición y nos animaba a continuar viviendo.

Llegó la hora. Estábamos todos reunidos en la playa, cerca del mar, debajo de unas carpas blancas colocadas para ese día tan representativo. Las antorchas iluminaban el camino, mezclándose con la luz de un atardecer realmente precioso, de tonos naranjas y rosados, como tan acostumbrados nos tenía Kauai. Los invitados, nuestra familia, los que habían compartido con nosotros las alegrías y las penas, lucían el blanco orgullosos, felices de poder compartir ese momento tan delicado, tan íntimo y tan único.

La ceremonia salió como esperábamos. Fue emotiva, saltaron lágrimas entre los invitados, y yo no pude más que sonreír por tener la suerte de estar allí, intentando controlar el despliegue de lágrimas que se iban acumulando tras mis ojos. Mis palabras eran pronunciadas con dulzura y decisión, con seguridad, y brotaban de mis labios con amor, un amor inmenso y puro.

<<Querida familia,

Hoy estamos aquí reunidos para ser testigos del amor, de un amor en mayúsculas.

Esta unión, la de estas dos personas maravillosas, representa las vivencias, los sentimientos, las alegrías y las tristezas, sus caminos por separado y sus senderos juntos. Representa lo que han sido, lo que son y lo que serán. Representa el ayer, el hoy y el mañana. Pero sobre todo, esta unión representa las segundas oportunidades, el destino y la vida, más allá de cualquier convención social. Representa el amor.

Así que, sin extenderme más, procedo al momento más esperado de la noche:

—Papá, ¿quieres tomar a Olina como esposa?>>.

- *Mijita*: Forma cariñosa de llamar a alguien.
- *Amaneció con el moño virao*: De mal humor.
- *Ambia*: Amiga, persona de confianza.
- *Aseré ¿qué bolá?*: ¿Como estás?
- *Echar un palo*: Acto sexual rápido
- *Demorarse*: Retrasarse.
- *Jeva*: Chica
- *Hembrota*: Mujer hermosa
- *Bollo*: Órgano sexual femenino.
- *Bicha*: Mujer inteligente. Astuta. Lista.

AGRADECIMIENTOS

No imaginaba encontrarme aquí de nuevo pero, ya veis, aquí estoy, delante de los agradecimientos de mi segunda novela, mientras la emoción me embarga por haberlo conseguido, una vez más. En ocasiones, no nos permitimos hacer aquello que más nos llena, aquello que nos vibra por dentro y nos remueve. Muchas otras veces, somos nosotras mismas las que ponemos las barreras tan altas que ni siquiera la persona más espigada del planeta podría atravesar. Nos ponemos trabas, nos complicamos el camino, aún sabiendo que la luz que hay al final nos puede llenar. Y lo hace, ¡vaya, si lo hace! Nos pasamos la vida luchando entre nuestro ángel y nuestro demonio, entre lo que queremos verdaderamente hacer y lo que no nos atrevemos, entre los sueños y el miedo. Pero dejadme que os diga una cosa: hasta aquí hemos llegado.

Basta ya de dudas, de inseguridades, de miedos... ¡Basta ya! Magnolia's Paradise nace de mí, de mi empeño, de mi fuerza y solamente por eso, ya soy inmensamente feliz.

Para empezar, quiero dar las gracias a la VIDA. Por permitirme llegar hasta aquí, por allanarme el camino, por ayudarme a superar mi gran obstáculo: la inseguridad.

Agradezco, de todo corazón, a la Vanir Academy, por compartir conocimiento. A mí, personalmente, me ha servido de muchísimo y me ha ayudado a pulir esta novela para ofrecer, a mis lectores, un buen producto.

Me gustaría agradecer a Tania y a Conchi, por querer leer esta historia aun cuando no estaba terminada. Por darle valor a mis palabras y a esta historia. ¡Gracias!

Quiero agradecer a Marc las mil y una interrupciones para hablar de Camelia y Matt, por permitirme poner en voz alta mis dudas y escucharme, ayudándome a ordenar todos aquellos pensamientos revueltos.

A Vinyet, por haber llegado al mundo para ofrecerme la fuerza que necesitaba. Dedicaré mi cuerpo y mi alma a mostrarte el camino de la felicidad.

Y por último, y en este caso más importante, GRACIAS A TI. Por darme una oportunidad, por dedicar tiempo de tu vida a leer esta historia y por ayudar a que mi sonrisa crezca un poco más.

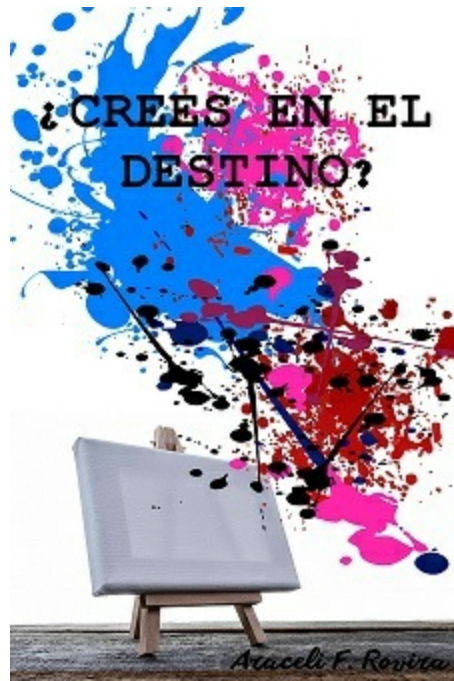
TU OPINIÓN ES IMPORTANTE PARA MÍ.

Cualquier comentario será bienvenido, siempre que entre dentro de los límites del respeto. Además, si dejas tu comentario en Amazon, más lectores podrán saber que te ha parecido y así, darle una oportunidad. O lo que es lo mismo, darme una oportunidad.

Redes sociales:

Facebook: **Araceli F. Rovira**

Instagram: **aracelif.rovira**



¿Qué pasaría si la noche de tu despedida de soltera, te das cuenta de que vas a casarte con el hombre equivocado?

Carlota conoce a Nico en su despedida de soltera y se da cuenta de que es un error casarse con Sergio. Su relación hace tiempo que está rota pero se niega a ver la verdad, hasta que lo conoce a él.

¿Qué pasaría si una noche cualquiera, conoces a la mujer de tu vida?

Nico, después de una ruptura de lo más dolorosa con Laura, conoce a Carlota, una chica que le devuelve las ganas de vivir.

¿Puede el amor cambiar tu vida en una sola noche?

¿Crees en el destino?